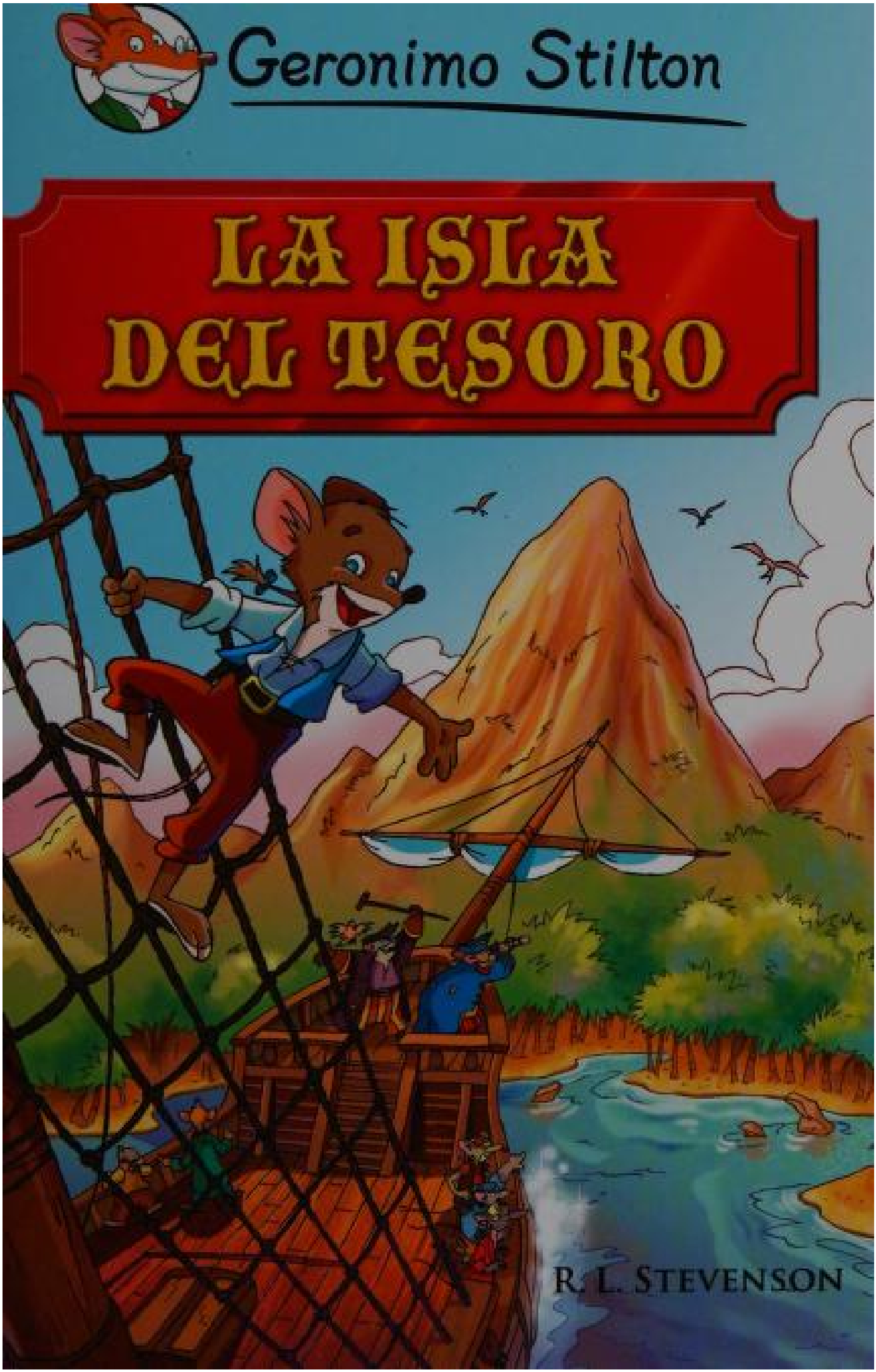
Geronimo Stilton

LA ISLA DEL TESORO



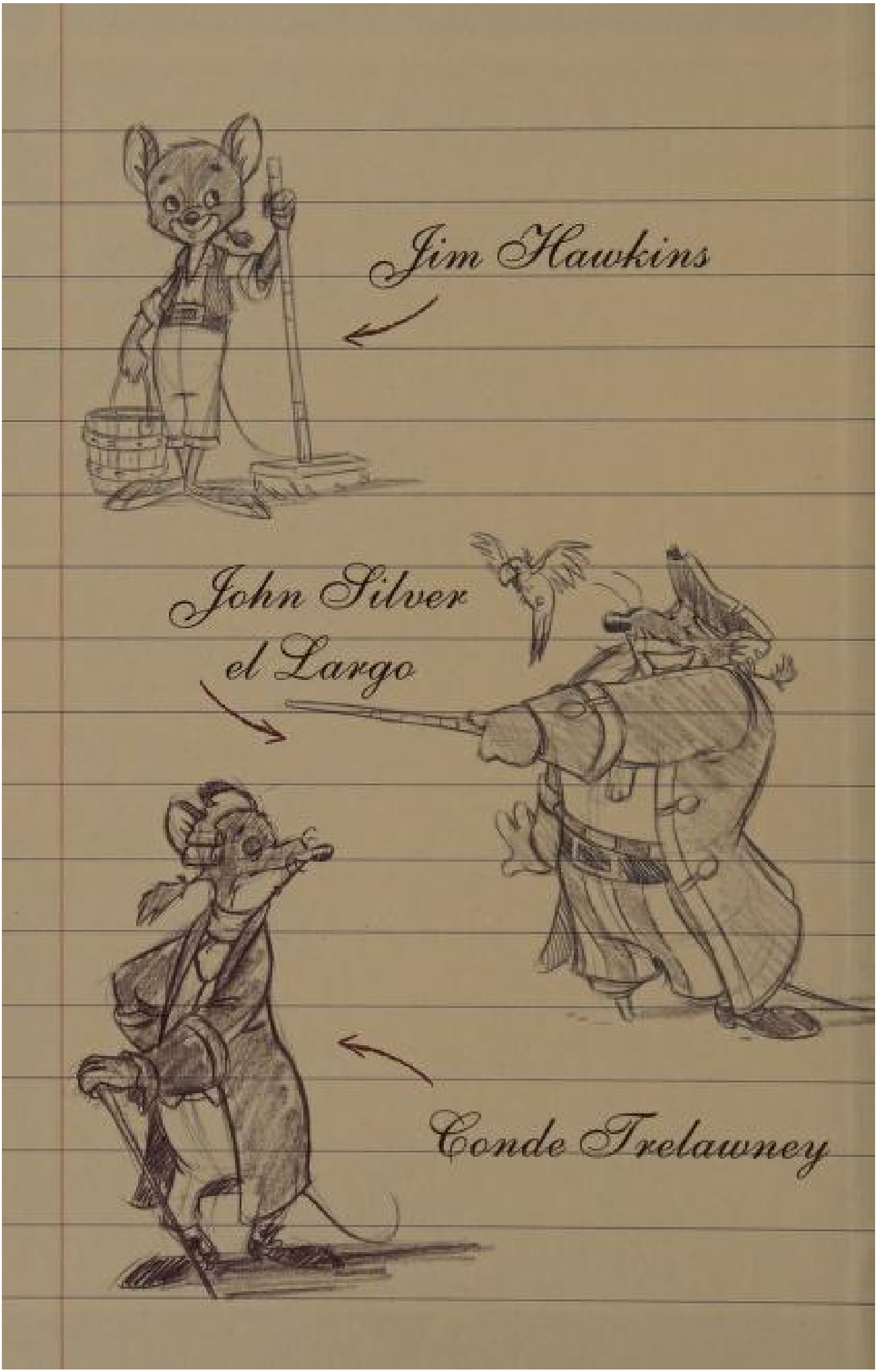
R. L. STEVENSON

LA ISLA DEL TESORO

DE R. L. STEVENSON

ROBERT LOUIS STEVENSON
(Edimburgo, 1850–
Upolu, Samoa, 1894)

Descubre muy temprano su vocación por la literatura y se hace célebre con las novelas *La isla del tesoro* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Pasa los últimos años de su vida en la isla de Samoa rodeado del afecto de su familia y de los habitantes del lugar.


Jim Hawkins
John Silver
el Largo
Conde Trelawney

apitán Smollet

Doctor Livesey

Madre de Jim

Geronimo Stilton

La Isla del Tesoro

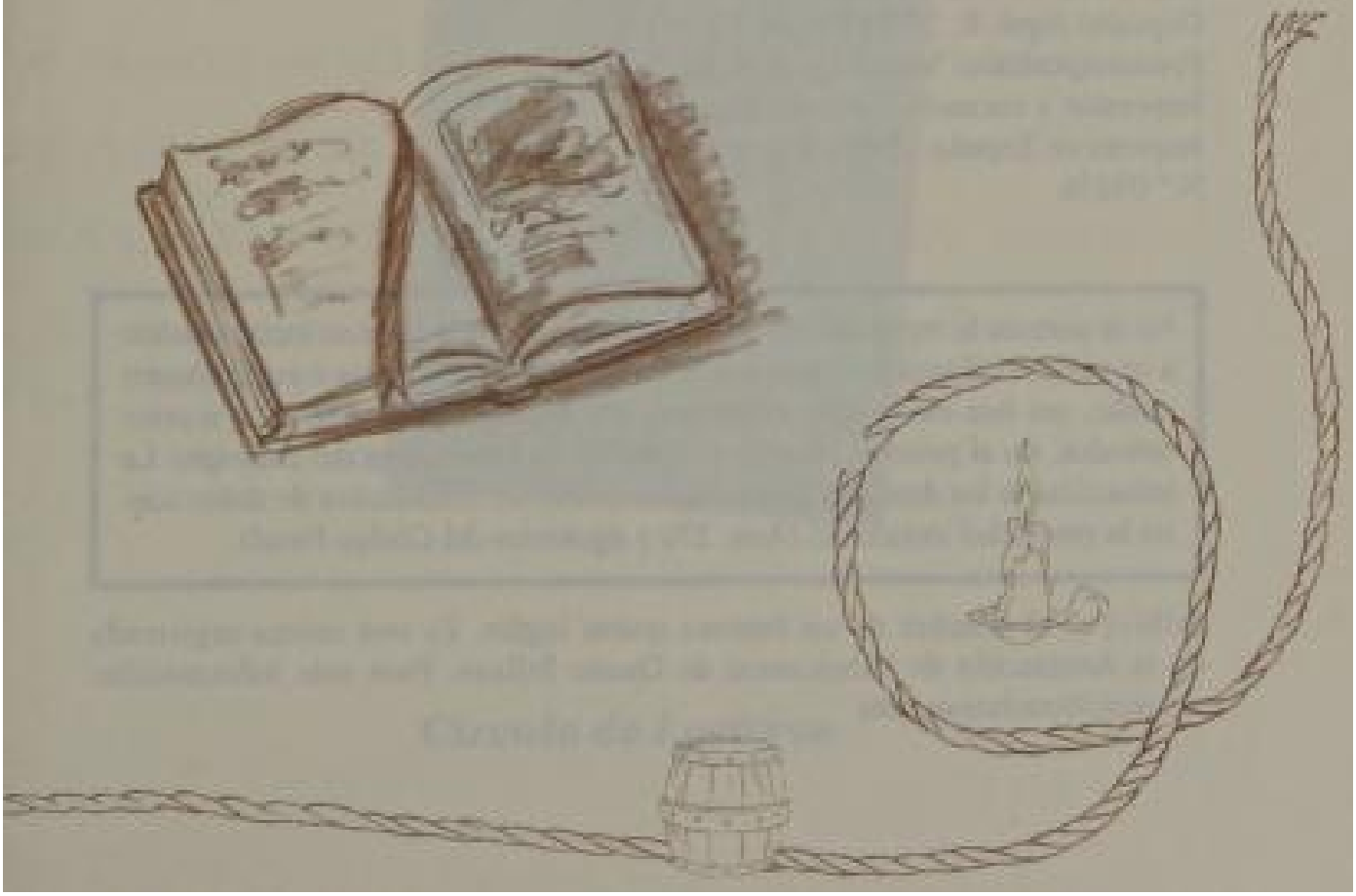
Queridos amigos roedores,

debéis saber que mi pasión por la lectura comenzó hace mucho tiempo, cuando aún era pequeño. Pasaba horas y horas leyendo novelas muy bonitas, que me hicieron vivir fantásticas aventuras y conocer lugares lejanos y misteriosos. ¡Es verdad que leer le da alas a la fantasía!

Así que he pensado regalaros también a vosotros las mismas emociones que sentí yo años atrás, contándoos las obras maestras de la literatura infantil.

¿Os gustan las historias de piratas, de tesoros escondidos y de mapas misteriosos? Entonces preparaos para vivir una increíble aventura en compañía del joven Jim, que os conducirá en el más fantástico viaje por mar que nunca hayáis imaginado, ¡en busca de *La isla del tesoro*!

Geronimo Stilton



El nombre de Geronimo Stilton y todos los personajes y detalles relacionados con él son *copyright*, marca registrada y licencia exclusiva de Atlantyca SpA. Todos los derechos reservados. Se protegen los derechos morales del autor.

Texto original de R. L. Stevenson
Adaptación libre de Geronimo Stilton
Ilustraciones de Sergio Algozzino, Massimo Asaro, Riccardo Bogani, Francesco D'Ippolito, Claudia Forcelloni, Marino Gentile, Maria Claudia, Andrea Greppi, Andrea Goroni, Marco Meloni y Luca Usai
Diseño gráfico de Merenguita Gingermouse y Super Pao

Título original: *L'Isola del Tesoro*
© de la traducción: Manuel Manzano, 2009

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
www.circulo.es
90109876543

© 2006 - Edizioni Piemme S.p.A., Via Galeotto del Carretto 10 - 15033 Casale Monferrato (AL) – Italia
www.geronimostilton.com
© 2009 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Derechos internacionales © Atlantyca SpA, via Leopardi 8, 20123 Milan, Italia – foreignrights@atlantyca.it
www.atlantyca.com

ISBN: 978-84-672-3491-6
Depósito legal: B. 27.742-2009
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Egedsa
Impreso en España - Printed in Spain
N.º 05256

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Stilton es el nombre de un famoso queso inglés. Es una marca registrada de la Asociación de Fabricantes de Queso Stilton. Para más información: www.stiltoncheese.com

Geronimo Stilton

La Isla del Tesoro

DE R. L. STEVENSON

Traducción de Manuel Manzano

Circulo de Lectores

El huésped indeseado

Recuerda, Jim Hawkins, gatos y marineros sólo dan PROBLEMAS! Eso decía mi abuelo, y el día en que vi llegar al CAPITÁN Bill Bones con su **pesado** baúl de madera, no pude menos que pensar en aquellas palabras...

Entonces yo era un joven inexperto y vivía en la ADMIRAL BENBOW, la solitaria posada de mis padres, a pocos pasos del arrecife. Cuando encontré al Capitán, me impresionaron sobre todo las HORRIBLES cicatrices

de su mejilla izquierda, y luego su voz CAVERNOSA diciendo:

—¡Bien, he aquí el lugar ideal para lanzar el ancla!

¡Al parecer, había decidido QUEDARSE en la posada!

—Creo que esto bastará para pagar una temporadita sin sorpresas... —añadió LANZANDO un puñado de monedas de oro encima de la mesa.

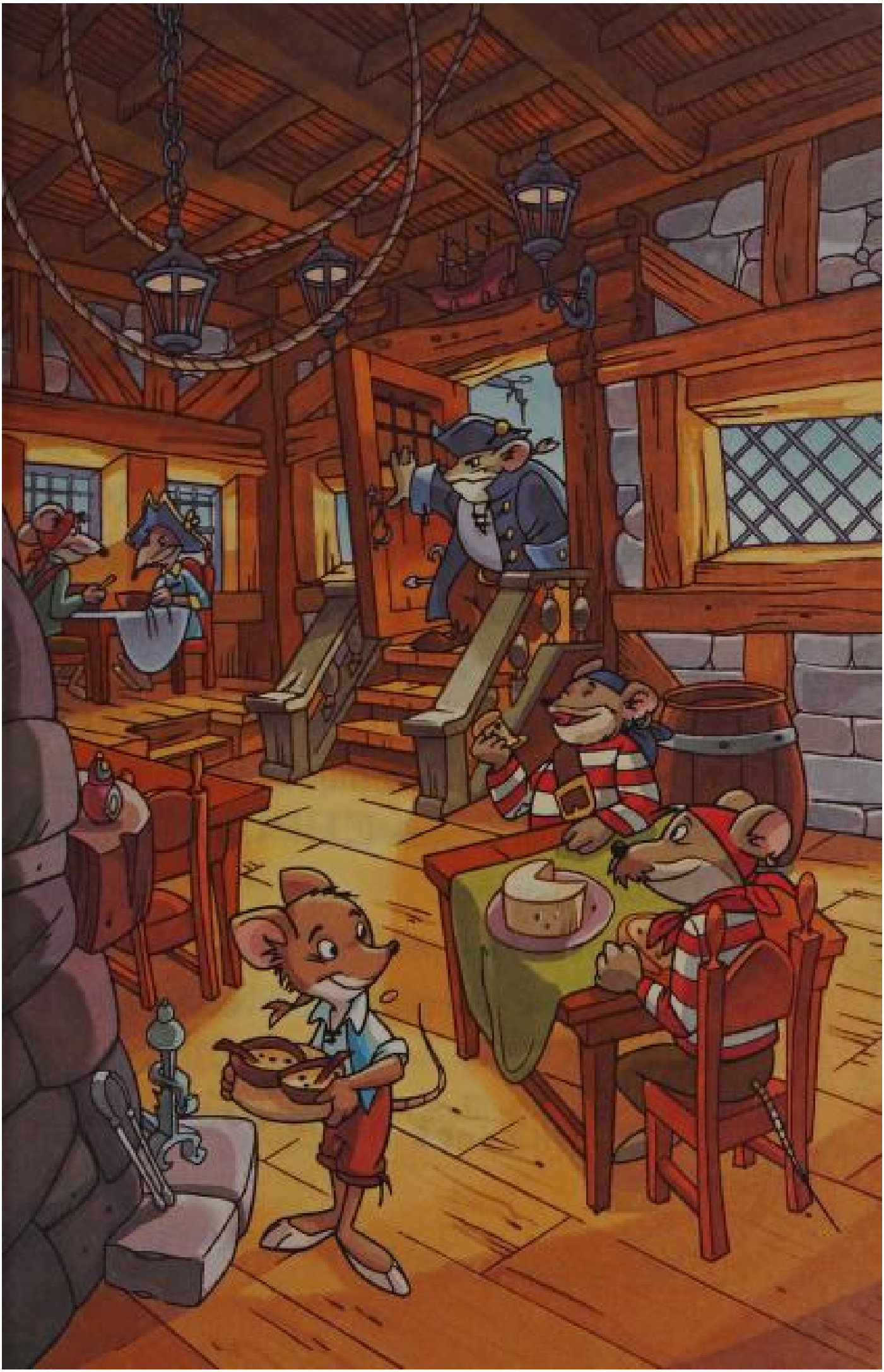
¿Qué quería decir? ¿Qué sorpresas le preocupaban?

Comprendí lo que pretendía cuando me llevó aparte:

—Escucha, JOVENCITO... ¿te gustaría ganar todos los meses cuatro monedas de plata sin esfuerzo alguno?

—Cla-claro, señor... —respondí ASUSTADO.

—Si ves a cualquier forastero por aquí cerca, avísame en seguida.



—¡Y presta especial atención a un tipo de una sola pata!

Entonces supe quién sería el protagonista de mis próximas PESADILLAS: ¡el tipo de una sola pata!

Y así el Capitán se instaló en la mejor habitación de la posada. Se pasaba el rato oteando el horizonte con su catalejo de marinero, con aire preocupado. Y a menudo lo oía repetir:

—Antes o después me encontrarán...

Por la noche se sentaba siempre a la misma mesa cerca de la puerta, pedía COMIDA a voluntad y comía por diez.

En ese momento se ponía a cantar una canción de piratas que siempre me provocaba escalofríos:

¡¡¡Quince hombres...

Quince hombres sobre el cofre del muertooo!!!

Y si los demás clientes no se unían a él, golpeaba la mesa con los puños.

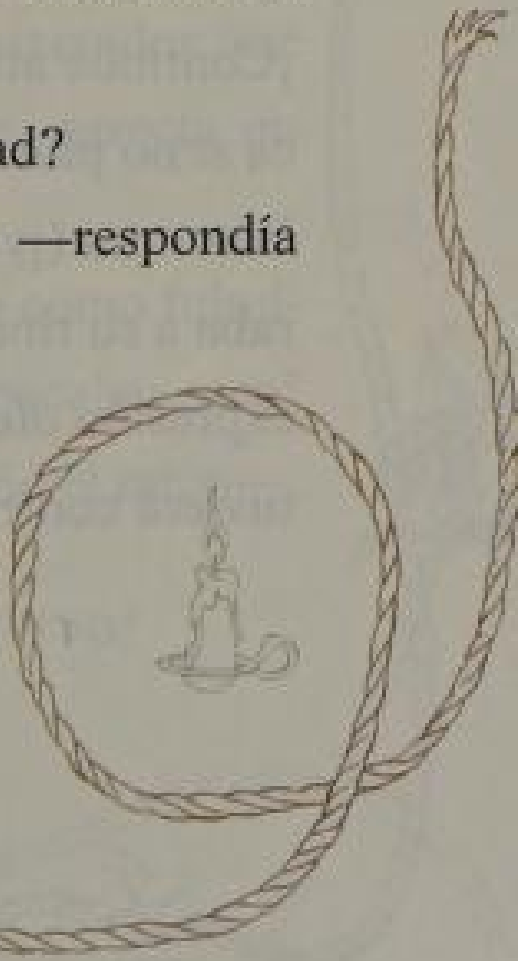
—¡Por mil filibusteros! —gritaba—. ¡A qué esperáis para cantar?

En aquellos momentos era verdaderamente aterrador. Hubiera preferido lavar los platos durante un año entero, antes que tener que acercarme a él. Pero no estaba a salvo, siempre me llamaba con voz atronadora.

—Así que, Jim, ¿hay alguna novedad?

—No... nada, señor. Calma chicha —respondía temblando.

—¡Bravo, jovencito! ¡Siempre alerta! —añadía con aire cómplice, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos rendijas.



Sólo el doctor Livesey, el médico de cabecera que venía a menudo a la posada y que había cuidado a mi padre hasta su muerte, era capaz de mantener a raya a aquel tiparraco sospechoso:

—¡Por todos los quesos del barrio!

¡Continúe atiborrándose así y me como la peluca si no pilla una indigestión de elefante!

Entonces (¡y sólo entonces!), el Capitán se retiraba a su rinconcito con el rabo entre las patas y expresión ofendida, como si el mundo entero estuviera contra él.

¡Perro Negro ha llegado!

En una heladísima **BRUMOSÍSIMA** y mañana de otoño, un marinero corpulento llegó a la posada. Llevaba un pañuelo en la cabeza y una **enorme** espada en la cintura, y tenía un aspecto tan aterrador que el Capitán Bones, en comparación, parecía un verdadero *petimetre*.

Cuando el Capitán lo vio, se quedó como fulminado. ¡Quieto, inmóvil como un bacalao seco!

—Mira a quién tenemos aquí —gruñó el ratón—.

¡El viejo Bill Bones en carne y hueso!

—¿Qué quieres de mí? —siseó el Capitán.

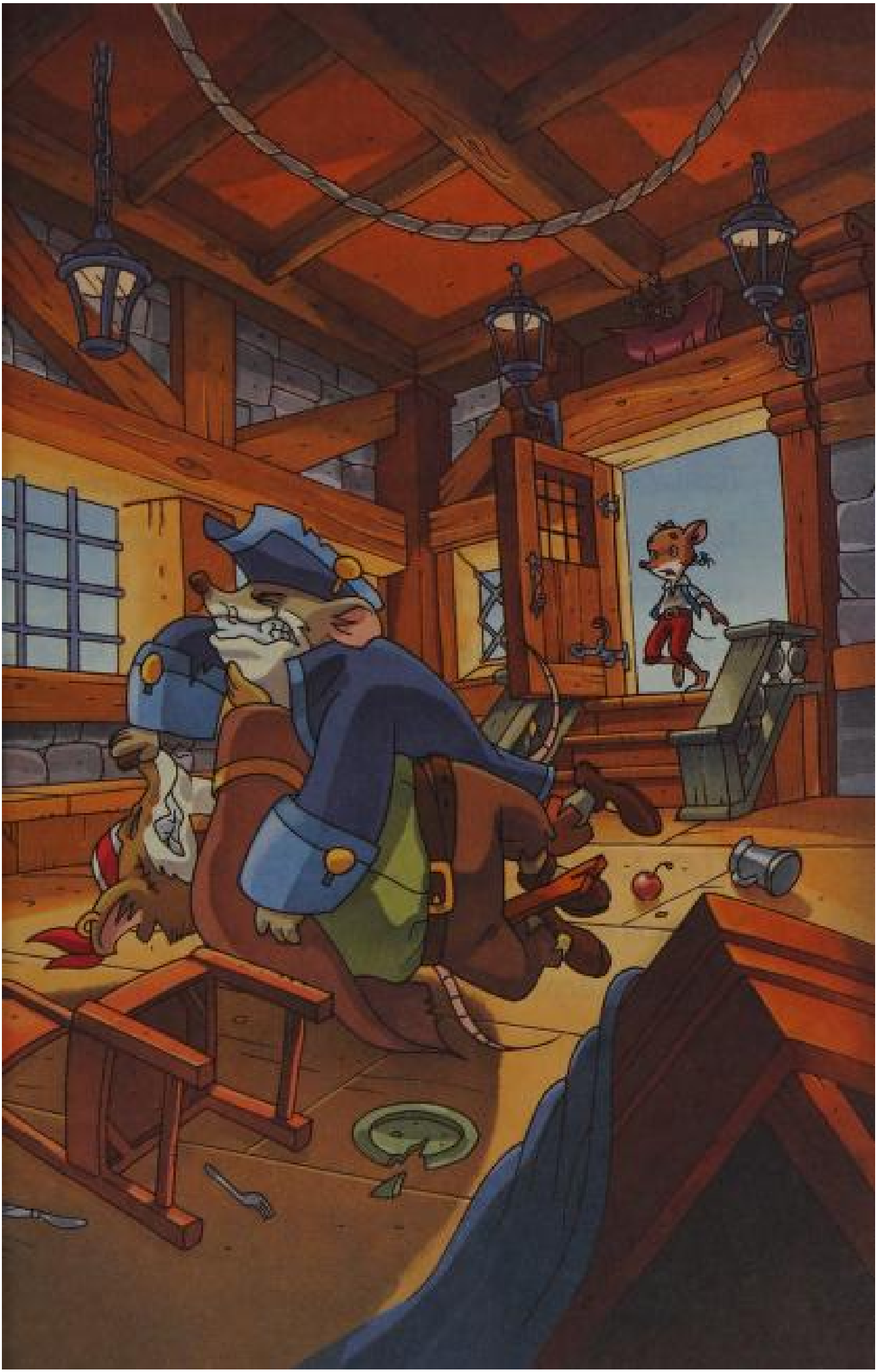
—¡Veo que tu carácter no ha mejorado! Pero ¿ésta es manera de recibir a tu viejo amigo **Perro Negro**?

Los dos se miraron de reojo durante unos instantes, después Perro Negro se volvió hacia mí:

—Ahora este jovencito nos traerá una porción doble de **queso**... Y nosotros tendremos una bonita conversación, ¿verdad, Bill?

¡Salí corriendo más **VELOZ** que una flecha! Al cabo de unos segundos oí gritos, **golpes** y un ruido de mesas volcadas. Aunque temblaba de **MIEDO**, me asomé a la puerta

de la entrada y los vi **luchando** furiosamente.



Al final, después de un par de tremendos golpes, Perro Negro tuvo suficiente y huyó.

—¡Pronto tendrás noticias mías, Bill Bones! —gritó mientras se alejaba cojeando.

También el Capitán había salido bastante malparado. Por suerte, en aquel momento LLEGÓ el doctor Livesey.

—¡Ajá! ¡Justo como pensaba, por mil filibusteros! —dijo señalando el cuerpo de Bill Bones **desparramado** por el suelo.

—Ya decía yo que este tiparraco ACABARÍA MAL...

Y juntos metimos al Capitán en la cama.

Al día siguiente, cuando se despertó, Bones me llamó al lado de su cama para hablarme.

Con su voz cavernosa me dijo:

—Escucha, jovencito... como me temía, ¡ELLOS me han encontrado!

—¿ELLOS, quiénes? —pregunté con los bigotes que me temblaban de miedo.

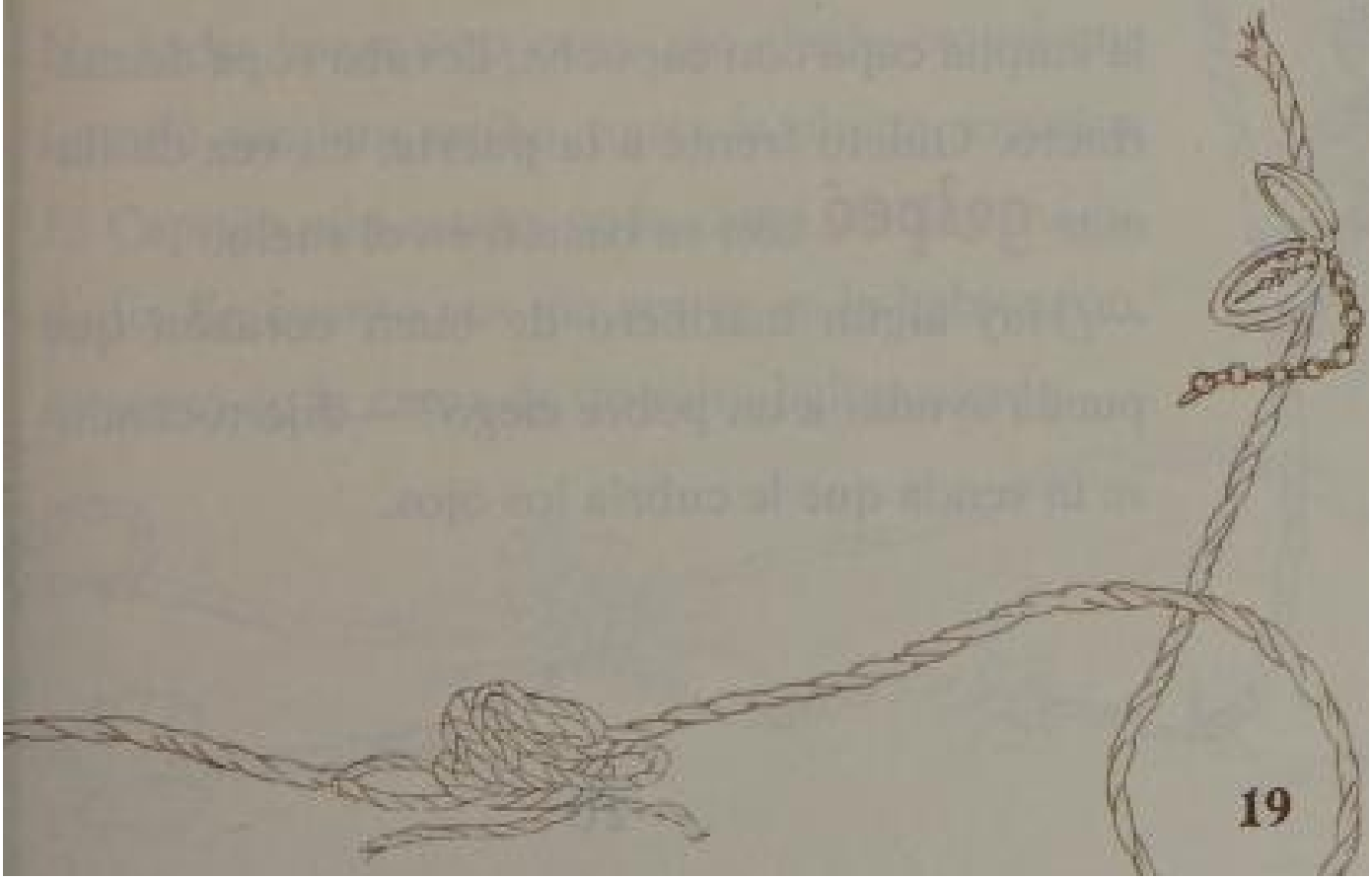
—Los que querrían usar mi PELLEJO como bayeta para el suelo —susurró—. Tipos dispuestos a todo para apoderarse de mi secreto... En suma, ¡los piratas del Capitán ¡FLINT! ¡Ese nombre explotó como un trueno!

Di un *salto atrás del susto.*

—¡Jim, sólo tú puedes ayudarme! —dijo ansiosamente el Capitán—. Mantén los ojos abiertos y avísame antes de que llegue

LA
MANCHA
NEGRA...

¿¿¿La Mancha Negra??? ¡¡¡BRRRRRRRRR!!!



¡Llévame con el Capitán en seguida!

¡Si hay algo que no soporto, son precisamente los **MISTERIOS**!

¿Qué era ese asunto de la Mancha Negra?

Tuve la respuesta al cabo de unos días, cuando vi llegar por el camino a un tipo harapiento y sucio. Parecía un **MENDIGO**, pero escondida bajo la amplia capa con capucha, llevaba ropa de marinero. Quieto frente a la puerta, en vez de llamar **golpeó** con su bastón en el suelo.

—¿Hay algún marinero de buen corazón que pueda ayudar a un pobre ciego? —dijo tocándose la venda que le cubría los ojos.

—¡Ni siquiera sé dónde me encuentro, *pobre de mí*!

Conmovido, me adelanté.

—Está en la posada Admiral Benbow, señor.

—Oh, qué vocecita tan amable —respondió—. ¿Me ayudarías a entrar, querido mío?

Yo le tendí el brazo para que pudiese apoyarse, pero él me lo aferró con dedos de acero y apretó tan fuerte que me hizo daño.

—¡Ay ay, oy oy, uy uy! —grité de dolor.

El ciego me **gruñó** al oído:

—¡Llévame con el Capitán en seguida!

No podía hacer otra cosa que obedecer, así que lo guié escalera arriba, hasta la planta superior. El Capitán aún estaba en la cama, débil y magullado. En cuanto nos vio entrar en la habitación, se sentó en la cama de un salto balbuceando.

—Pe... pero ¿qué pasa...?

—Tranquilo, Bill —siseó el ciego.

Le aferró firmemente la muñeca y le puso algo en la mano a la fuerza.

—Ésta es tu Mancha Negra —dijo con un gruñido **MALVADO**.

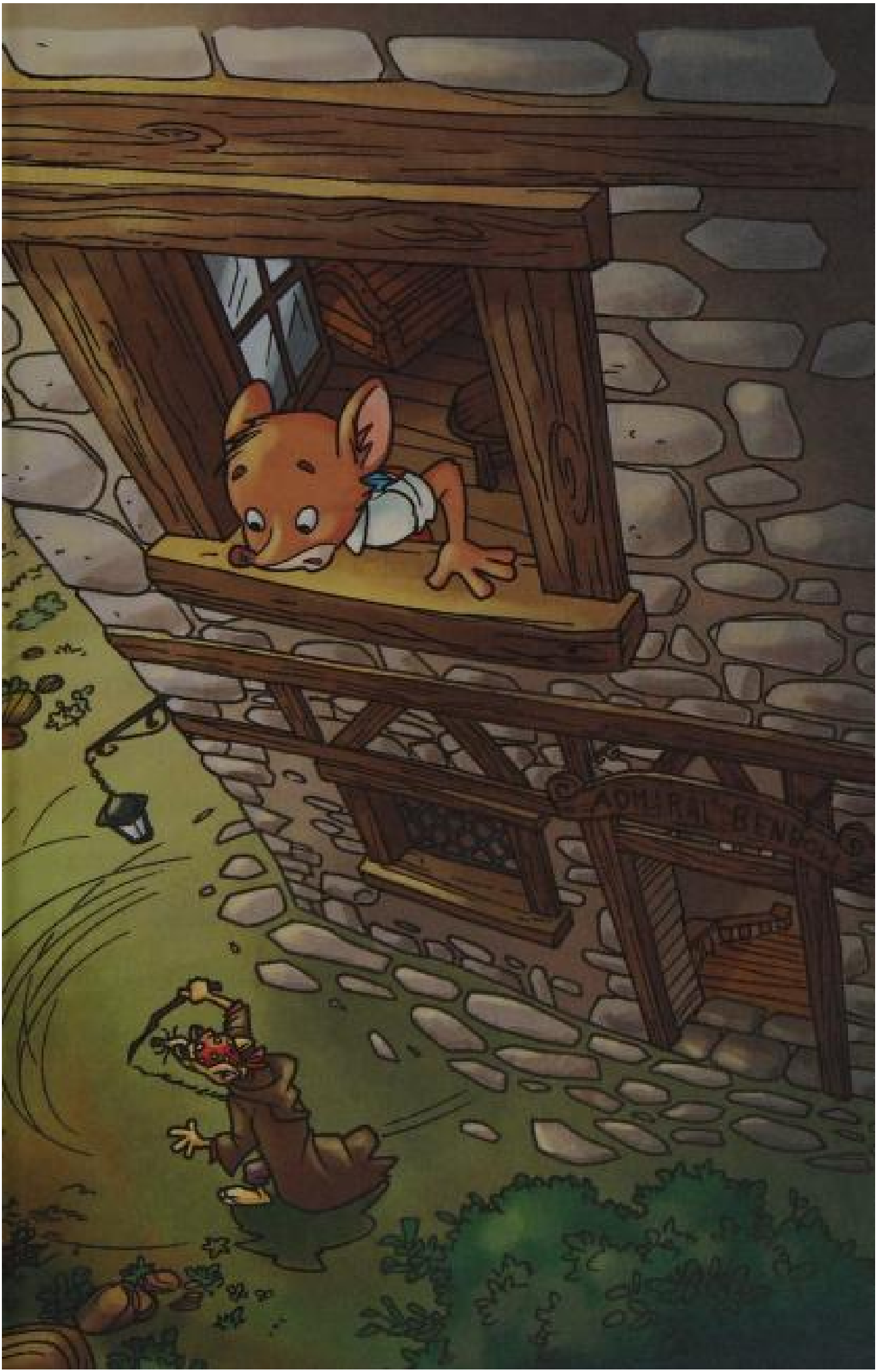
El Capitán, paralizado de terror, ni siquiera se dio cuenta de que el ciego ya se había alejado ayudándose de su bastón.

También yo estaba asustado y no pude menos que preguntarle en seguida:

—Pero ¿qué es eso de la Mancha Negra?

—Es una antigua tradición de los piratas —respondió mirando al vacío con voz de **ULTRATUMBA**—. Un pedazo de papel donde está escrito el destino de quien lo recibe. Su condena. Su fin... y yo ya tengo las horas contadas.

Cogí el papel con manos temblorosas.



«¡Tienes tiempo hasta las diez de la noche!», leí. En vez de firma había una simple mancha de TINTA negra.

—¿Y ahora? —pregunté.

Nunca obtuve respuesta. El Capitán se puso en pie de un salto, pero después de dar un paso, se detuvo en medio de la habitación, inmóvil como una ESTATUA de sal. La emoción había sido grande... ¡demasiado grande para él! Permaneció unos instantes con la mirada fija en el vacío, después trastabilló y cayó al suelo sin vida.

¡El baúl del Capitán!

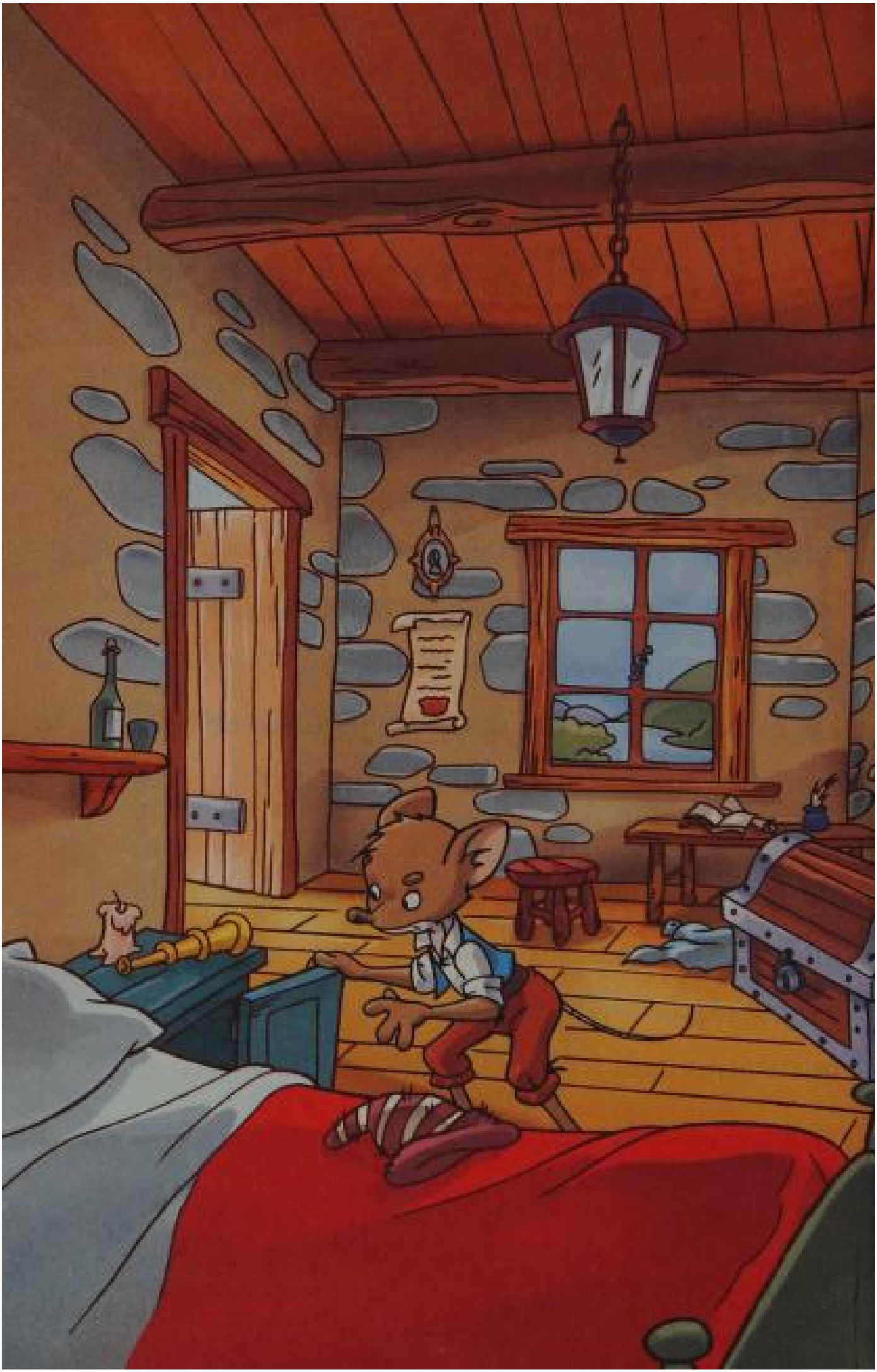
En la posada aún quedaban todas las cosas del Capitán.

En la cama había un gorrito de lana para dormir (poco interesante).

De la percha colgaba una vieja chaqueta de marinero totalmente roída (un poco más interesante).

En la mesilla de noche descubrí un catalejo de latón (¡muy interesante!).

En un rincón de la habitación estaba su viejo y misterioso baúl (¡interesantísimo!).



CONFUNDIDO y ASUSTADO, llamé inmediatamente a mi madre:

—¡Mamá, SUBE en seguida! ¡¡¡El Capitán está MUERTO!!!

Mi madre subió pitando, y sin perder tiempo le conté todo lo que había pasado. Ella me escuchó. Después, *acariciándome* la cabeza, dijo:

—Cálmate, Jim. Ya ha acabado todo, ¿qué más puede suceder?

—¡Que una horda de piratas pase por la posada a sangre y fuego! — **GRITÉ** con todo el aire que tenía en el cuerpo.

—¡Tienes razón! ¡Debemos **CORRER** a la aldea a pedir ayuda! —asintió mi madre convencida.

Cogimos una LINTERNA y nos pusimos en camino en seguida. En cuanto llegamos al pueblo, paramos a un tipo que pasaba por la calle.

—Por favor, señor, ayúdenos. ¡Los piratas van a atacar nuestra posada!

—¿Piratas? —dijo él alejándose a la **CARRERA**.

—¡Lo siento, pero esta noche tengo quehacer!

—¡Estamos en **PELIGRO**! ¡Vienen los piratas! —probamos con otro señor.

—¿Piratas? ¡Querría ayudaros, pero viene a **CENAR** el primo del tío de mi abuelo! También el último intento fue un **FRACASO**

—¿Piratas? ¡Por mil ratoneras, no hay un minuto que perder, corro a hacer testamento!

¡Estaba claro que nadie quería ayudarnos!

Fue en ese momento cuando mi madre sacó su virtud más grande: ¡la valentía!

—Bien, si nadie quiere ayudarnos, volveremos a la Admiral Benbow **SOLOS**. Así, antes de que lleguen los PIRATAS podremos al menos coger lo que nos corresponde. ¡El Capitán aún nos debía la cuenta del último mes!

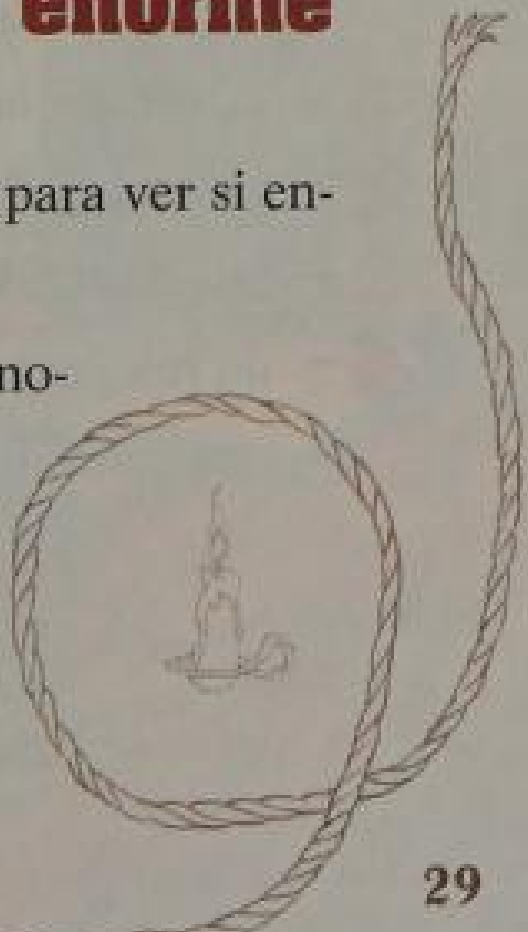
Volvimos a la posada y subimos rápidamente a la habitación de Bones.

El cuerpo del Capitán aún estaba allí.

Cada vez que mis ojos se posaban en él, un **escalofrío** helado me recorría la espalda. Además, había un problema: ¿cómo abriríamos el baúl si estaba cerrado con un **enorme candado** oxidado?

Empecé a buscar por todos lados para ver si encontraba la llave.

Hasta miré dentro del gorrito de noche. ¡NADA!



Metí una mano dentro del bolsillo de su chaqueta.

¡NADA DE NADA!

Después, venciendo el miedo, me acerqué al cuerpo de Bones y le abrí la camisa.

¡AHÍ ESTABA!

En el cuello del pirata había un cordoncillo con una llave colgando.

Abrimos el baúl con cautela, y un tufo nauseabundo llegó a nuestras narices.

Era un olor muy penetrante.

Tapándonos la nariz, empezamos a sacar objetos del baúl.

Encontramos:

1- dos trajes anticuados pero casi nuevos;
2- una concha de Sevilla;
3- una escudilla de lata;
4- un reloj español y cuatro brújulas rotas (¡cada una señalaba un punto cardinal distinto!).

Parecía que allí dentro no hubiera nada **interesante**...

Pero qué equivocado estaba: ¡lo mejor aún tenía que llegar!

La larga noche de los piratas

Creía que el **secreto** del Capitán estaría encerrado allí, en el baúl. ¡En cambio, no había nada!

—¿Crees que conseguiremos descubrirlo? —pregunté.

—No lo sé, Jim. Por ahora contentémonos con esto —respondió mi madre sacando un saquito REPLETO.

Lo abrió, lo vació sobre el suelo y...

¡Monedas! ¡Una cascada de monedas!

Un celestial y armonioso tintineo resonó en la habitación.

Guineas de plata, ¡TING!
Monedas de oro, ¡TENG!
Doblones, ¡TONG!
¡En suma, un **concierto** en toda regla!
—Cogeré sólo lo que el Capitán me debía por su estancia en la POSADA.

¡Yo soy una persona honesta!

—dijo mi madre, y empezó a contar el dinero con toda *calma*. Yo, en cambio, estaba cada vez más inquieto.

—Date prisa, mamá. ¡Dentro de poco llegarán los PIRATAS!

—Ten paciencia, Jim: no es fácil contar con todas estas monedas tan distintas —respondió ella.

Esparció el dinero por el suelo:

tin... tin... tin...

Sería el MIEDO, o quizá los terribles sucesos de ese día, el caso es que seguía oyendo aquel tintineo incluso cuando las monedas se quedaron quietas en el suelo.

tin... tin... tin...

Es más, parecía que el tintineo se hubiera transformado en algo distinto...

TIC... TIC... TIC... TIC...

¡Un golpeteo! El golpeteo de un bastón en la calle adoquinada.

¡El PELAJE de la nuca se me erizó de miedo! ¡Era un bastón de verdad! ¡El bastón del ciego! Balbuceé aferrando el brazo de mamá:

—¡LOS PIRATAS Y-YA ESTÁN AQUÍ!

Nos quedamos inmóviles un instante. Después, en el silencio, oí una especie de RUIDO que lentamente se hacía cada vez más fuerte.

TU-TUM, TU-TUM. TU-TUM, TU-TUM

¡Era mi corazón a todo latir!

—¡Démonos prisa, mamá! —susurré intentado LLEVÁRMELA de allí.

—Ya casi he acabado, Jim —respondió ella guardándose la última moneda.

Ahora ya podíamos oír las voces de los piratas...

—¡Tontos de capirote! ¿A qué esperáis para echar la puerta abajo? —gritaba el ciego.

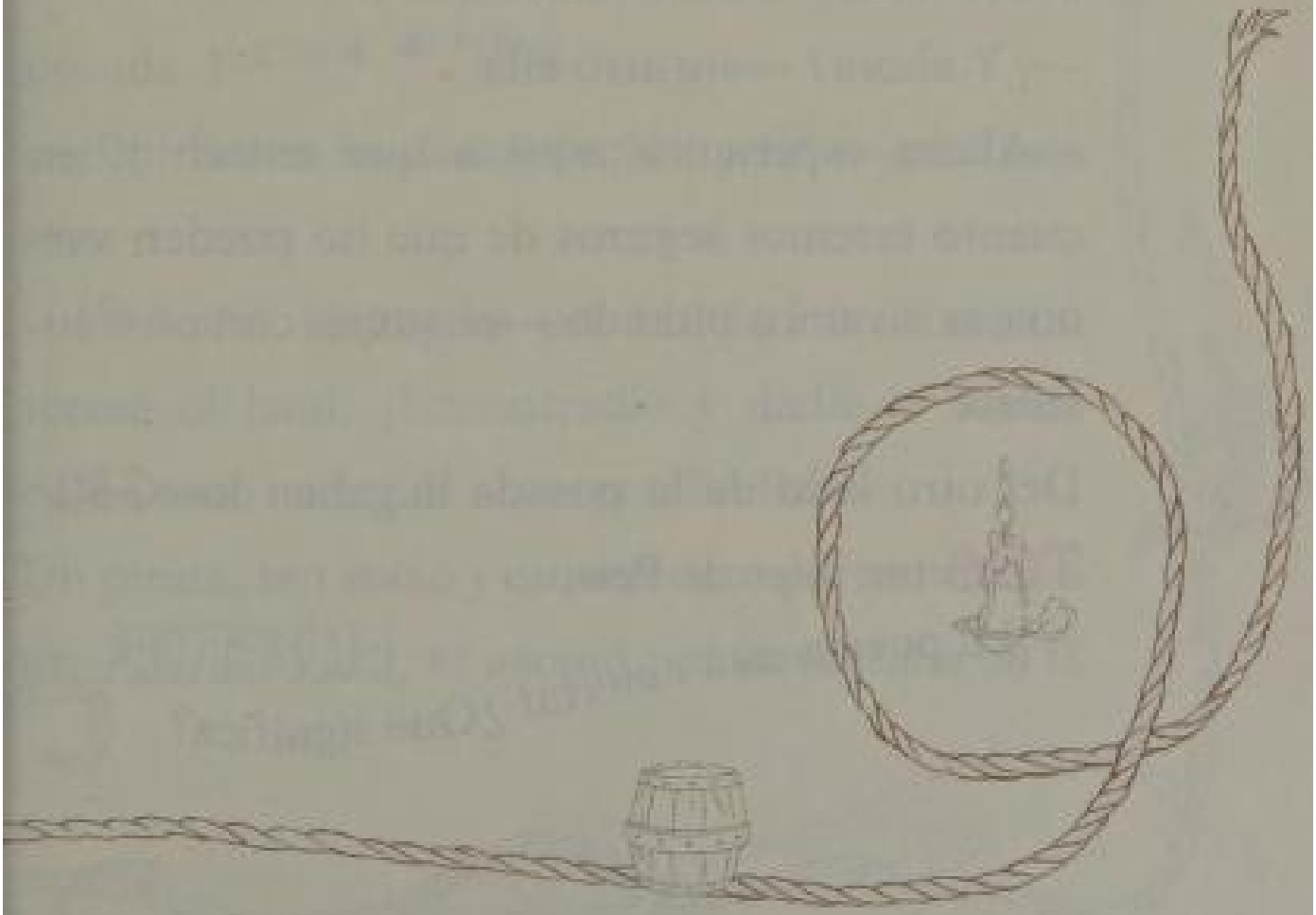
—¡Cálmate, Pew! ¡No pueden escapar!

'Así que el ciego se llama Pew', pensé. Justo en ese momento llamó mi atención un paquete envuelto en una tela encerada, semiescondido en el fondo del baúl del Capitán Bones.

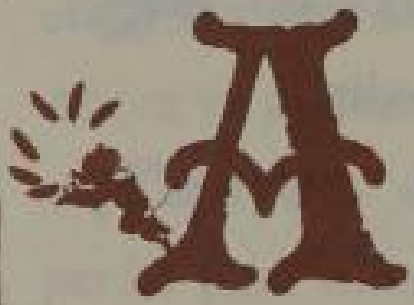
No sabría decir por qué, pero inmediatamente comprendí que había encontrado lo que los piratas buscaban con tanta obstinación.

Sí, en el paquete debía de estar el secreto del Capitán, el objeto misterioso que él custodiaba con tanto cuidado.

Sin pensarlo dos veces, AGARRÉ el paquete y salté por el alféizar de la ventana: mi madre me siguió de inmediato.



¡Estamos a salvo!



Aterrizamos sobre un mullido montón de hojas bajo la ventana. Me puse en pie de un salto para ayudar a mi madre a levantarse.

—¿Y ahora? —susurró ella.

—Ahora esperamos aquí a que entren y, en cuanto estemos seguros de que no pueden vernos, nos vamos pitando —respondí con otro susurro.

Del otro lado de la posada llegaban los GRITOS terribles de Pew.

—¡La puerta está abierta! ¿Qué significa?

—¡Significa que aquí no hay una alma viva! —respondió un pirata.

—**¡Esto no es lo que yo esperaba!** —se enfureció el ciego—. ¡Subid a la planta de arriba y buscad por todos lados!

—¡A las órdenes, jefe! —respondieron a coro los demás PIRATAS. Oímos sus pasos precipitarse escalera arriba.

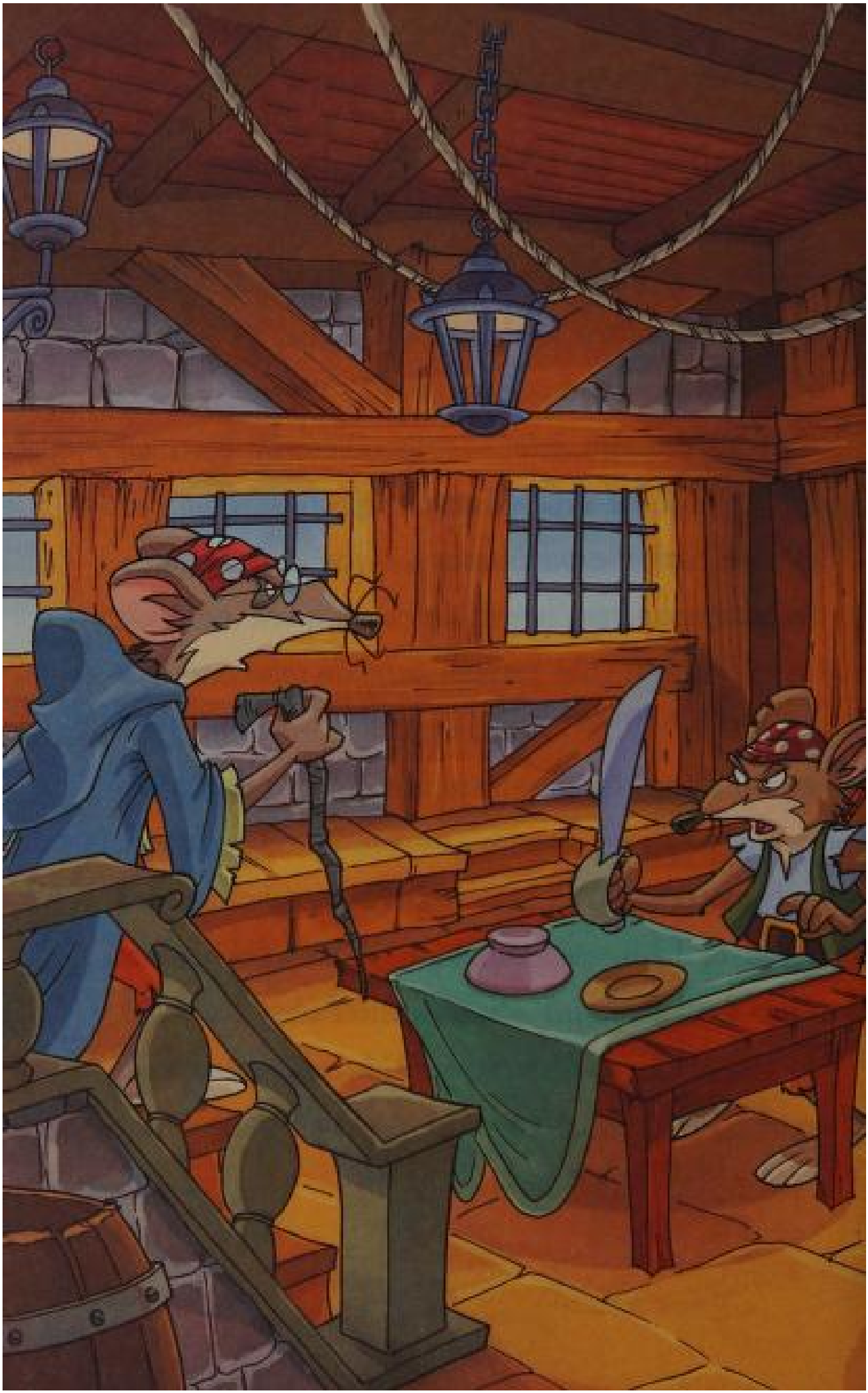
'¡Si las caras se parecen a las voces, no me los quiero encontrar!', pensé.

En el interior, los piratas estaban poniendo la posada **patas arriba**.

—¡Bill Bones ha desaparecido, jefe! —gritó una voz.

—**¡Bill me importa un bledo!** A mí me interesa el baúl. ¡Encontradlo y dadle la vuelta como a un calcetín! —respondió Pew.

Un pirata, tan sucio y esquelético que asustaría a un FANTASMA, se asomó por la ventana de la



planta superior, y nosotros nos apretamos contra el muro de la posada.

—¡El baúl está más vacío que una calabaza hueca! ¡Del mapa no queda ni sombra!

—¡Ha sido el CHICO DE LA POSADA! ¡Lo ha cogido él, estoy seguro! —ululó Pew agitando su bastón hacia el cielo.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó otro PIRATA.

—No puede estar **lejos**. ¡Buscadlo por todos lados!

Al oír esas palabras, nuestras patas echaron a correr solas.

Sin embargo, tras unos minutos, mi madre estaba **agotada**.

—No puedo más, Jim —susurró exhausta—. ¡Sigue tú solo! ¡Ponte a salvo!

—¡No lo digas ni en **broma**, mamá! —la regañé.

¡Estamos a salvo!

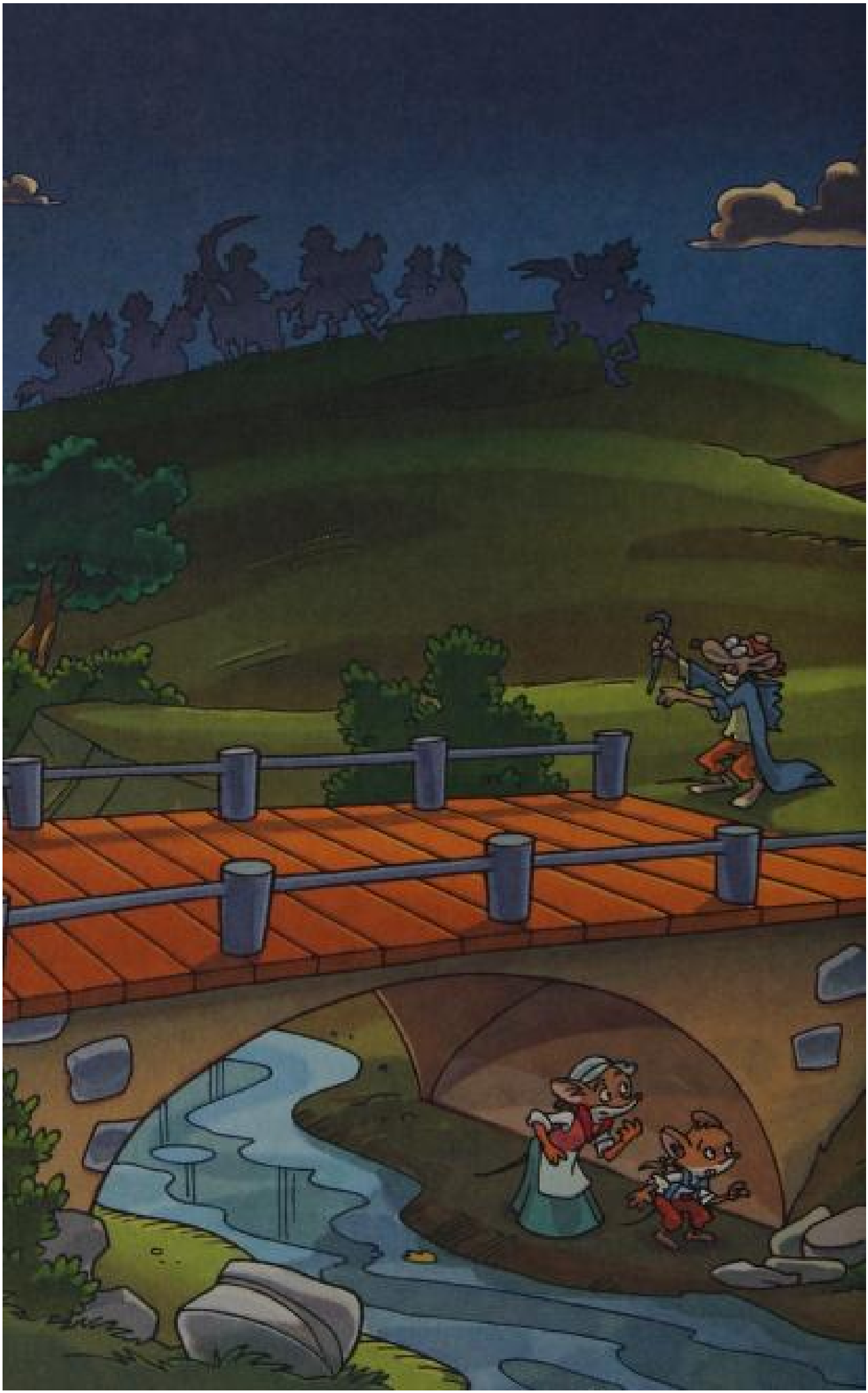
Por suerte, allí cerca había un viejo puente. Nos escondimos **DEBAJO** para recobrar el aliento, manteniéndonos en silencio.

—¡No pueden haber desaparecido! ¡Todos afuera, busquémoslos! —gritó Pew.

Su voz sonaba más cerca, cada vez más cerca... los piratas ya estaban a pocos metros del puente... Oímos sus pesados pasos y el **TIC TIC** del bastón justo encima de nuestras cabezas.

Contuvimos la respiración abrazándonos el uno al otro. Entonces, de repente...

¡TARA-TA-TATARATAAAAAAAA!



¡El sonido de una **TROMPETA** rompió el silencio de la noche!

'¡Estamos a salvo!', pensé asomándome con prudencia para observar el camino.

Un pelotón de soldados a caballo **DESCENDÍA** de las colinas en persecución de los piratas que, cogidos por sorpresa, **HUYERON** en todas direcciones.

Sólo Pew, el ciego, se quedó inmóvil en medio del camino.

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Dónde os habéis metido?

Tocaba el **SUELO** con el bastón, buscando en vano un lugar para esconderse, pero ya era demasiado tarde.

El final de Pew

Por primera vez en su vida, Pew fue presa del **pánico**.

—¡Deteneos! —gritó mientras los caballos pasaban por su lado a toda velocidad.

Un caballo lo embistió haciéndolo volar diez metros.

—¡Ay-ay! ¡Oy-oy! ¡Uy-uy! ¡Qué DOLOR! —gimoteó intentando levantarse.

Pero justo en ese instante, veloz como un rayo, llegó al galope otro caballo.

El PIRATA dio otro salto de veinte metros y esta vez ya no se levantó.

Todo había acabado.

Por fin podíamos salir de nuestro escondite.

Uno de los soldados vino a nuestro encuentro. Era el COMANDANTE Dance.

—¿Todo bien? —preguntó con *amabilidad*.

—¡Mejor que bien, diría yo! ¡Sin ustedes habríamos tenido un feo final! —le agradeció mamá. El comandante nos acompañó a la posada y una vez allí...

¡QUÉ DESASTRE!

Parecía que hubiera pasado un huracán por todas las habitaciones.

—Dime, Jim... ¿qué buscaban esos truhanes? —me preguntó Dance.

—¡Esto! —y me saqué del bolsillo el paquete de tela encerada—. Creo que se trata de un **MAPA** —concluí, recordando las palabras de los piratas.

—Mmm... será mejor ponerlo a buen recaudo. Y vosotros dos necesitáis un **REFUGIO**, no podéis quedaros aquí. Es muy peligroso —observó el comandante—. ¿Conocéis a alguien que pueda hospedaros?

—¡En la aldea tenemos amigos! Y por lo que concierne al mapa, estoy seguro de que el doctor Livesey sabrá qué hacer —respondí muy ***tranquilo***.

El comandante Dance lo aprobó. Decidimos que mi madre dormiría en el pueblo, mientras que nosotros iríamos a casa de Livesey.

Una vez allí, descubrimos que el doctor había ido a ver al conde Trelawney. Era un rico y ancia-

no *gentilhombre*, de aire noble, a pesar del aspecto austero de su vestuario, y de porte ***aristocrático***. El conde y el doctor nos acogieron con gran cortesía. Sentados frente a la chimenea, estaban royendo queso curado.

—¡Por mil filibusteros, Jim! ¡Qué hacéis aquí? —exclamó el doctor cuando me vio entrar en compañía de Dance.

Después, dirigiéndose al conde, añadió:

—¡Querido conde, le presento a Jim Hawkins, un muchacho como debe ser!

—¡Es un verdadero placer conocerte, Jim! —me dijo Trelawney con una sonrisa.

Tras las presentaciones, expliqué los sucesos de aquella terrible noche. Ambos escucharon con gran atención, soltando un '¡Oooooohhhhh!' de estupor de vez en cuando, o gri-

tando '¡Bien hecho!'. Terminada la explicación, Dance se volvió al pueblo. A mí, en cambio, me invitaron a cenar y después a quedarme a dormir en casa del DOCTOR.

—¡FELICIDADES, JIM! —dijo el conde—, te has merecido esta cena *exquisita*.

Me sentía seguro, tranquilo y con el estómago completamente **lleno**.

¡Y ahora, por fin, podíamos ocuparnos del misterioso paquete!

¡El mapa del tesoro!

Debo admitirlo, ¡no cabía en mi pellejo de curiosidad! ¡El secreto del Capitán estaba a punto de ser revelado! Me saqué el paquete del bolsillo y se lo di al doctor Livesey.

—La tela que lo envuelve ha sido cosida con puntos muy prietos —observó el doctor—. Tendré que usar mis tijeras de cirujano.

Cuando conseguimos abrir el paquete, encontramos un pequeñoo cuaderno y un pergamino.

Lo primero que hicimos fue examinar atentamente el cuaderno.

—Las páginas están llenas de números y de nombres —dijo el doctor.

—Se diría que es un registro de cuentas. Éstos son nombres de barcos y los números indican las sumas de DINERO recibidas por el Capitán —observó el *conde*.

—¡No entiendo nada! —admitió el doctor.

—Es sencillísimo —intervino el conde con su aire de viejo sabio—. Bill Bones ha registrado en este cuaderno toda una vida de PIRATERÍA: treinta años al lado del célebre Capitán Flint.

¡Al doctor por poco no le da un pasmo

—¡Por mil filibusteros! ¡El Capitán Flint!

—Cierto, doctor, precisamente él. ¡El pirata más pirata que haya existido nunca! ¡El TERROR de

los siete mares y medio! —exclamó el conde subrayando sus palabras con amplios gestos de las patas.

Nos miramos durante unos instantes, entonces Livesey abrió el pergamino plegado.

Frente a nuestros ojos estupefactos apareció ella: la magnífica, fascinante, misterioso... ¡Isla del tesoro!

—Qué forma tan extraña —observó el conde con curiosidad—, parece un dragón rampante.

En el centro de la isla se elevaba una enorme colina llamada el CATALEJO.

—Y eso, ¿qué es? —pregunté señalando tres crucecitas trazadas con tinta roja.

—¡Esto, querido Jim, es la solución del misterio! —dijo el doctor. Después señaló una solitaria ✕ en la parte central de la isla y aña-

dió—: Ahora observa mejor este signo. ¡Por todas las anguilas de las Antillas! Al lado de la ✖ hay algo escrito:

¡Aquí está el tesoro!

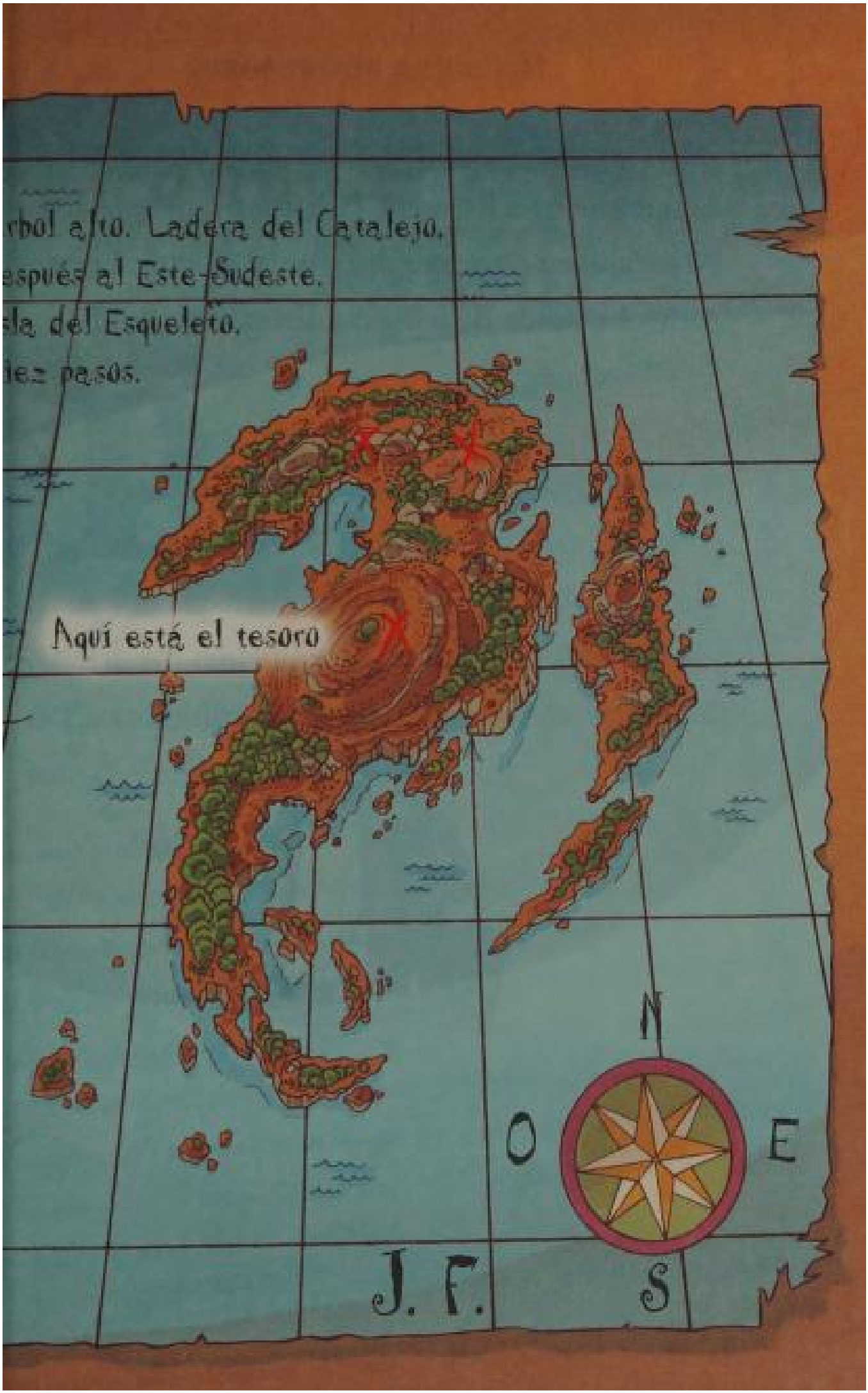
El conde estaba fuera de sí de **alegría**:

—¡Oh, gozo! ¡Oh, alegría! ¡Oh, felicidad! —empezó a gritar **agitadísimo**—. ¡Ésta es la ocasión de nuestra vida!

El doctor y yo nos miramos un poquito perplejos.

—Lo primero que haré es comprar el barco más bello y **VELOZ** que se haya visto nunca —dijo recorriendo la habitación a pasos largos y decididos—. ¡Después partiremos en busca de la isla! ¡El tesoro del capitán Flint nos espera!

Se detuvo de golpe, se puso una pata en el pecho y anunció:


rbol alto. Ladera del Catalejo.
espués al Este-Sudeste.
sla del Esqueleto.
iez pasos.
Aquí está el tesoro
N
O
E
S
J. F.

—¡Yo seré el almirante y vosotros dos seréis mi fantástica TRIPULACIÓN!

Naturalmente, se decidió que el doctor Livesey sería el médico de a bordo. En cuanto a mí,

¡desde aquel momento me convertí en el grumete Jim Hawkins!

John Silver el Largo

Pasaron algunas semanas, pero ¡al final llegó el gran día! Los preparativos y la espera habían sido **larguísimos**. Ahora, sin embargo, tenía la tan esperada carta del conde, dirigida al doctor Livesey, que decía así:

Querido doctor:

Finalmente he encontrado el barco. Se llama 'Hispaniola'. Es la reina de las goletas y la tripulación es de primer orden. En particular estoy muy satisfecho del cocinero: un tipo como debe ser (aunque solo tiene tres patas) que se llama John Silver el Largo. Reuníos conmigo lo antes posible en Bristol, en la 'Vieja Ancla'. No quepo en la piel de impaciencia por partir.

Vuestro John Trelawney

Convencer a mi madre no fue fácil, pero al final aceptó establecerse en el pueblo hasta mi retorno.

Estaba tranquilo, porque allí estaría *segura*.

Llegué a Bristol junto a Redruth, el viejo guarda de la finca del conde: el viaje me pareció interminable, ¡porque no veía la hora de zarpar! Trelawney me recibió con grandes FIESTAS y me dijo que el doctor había llegado ya la tarde anterior.

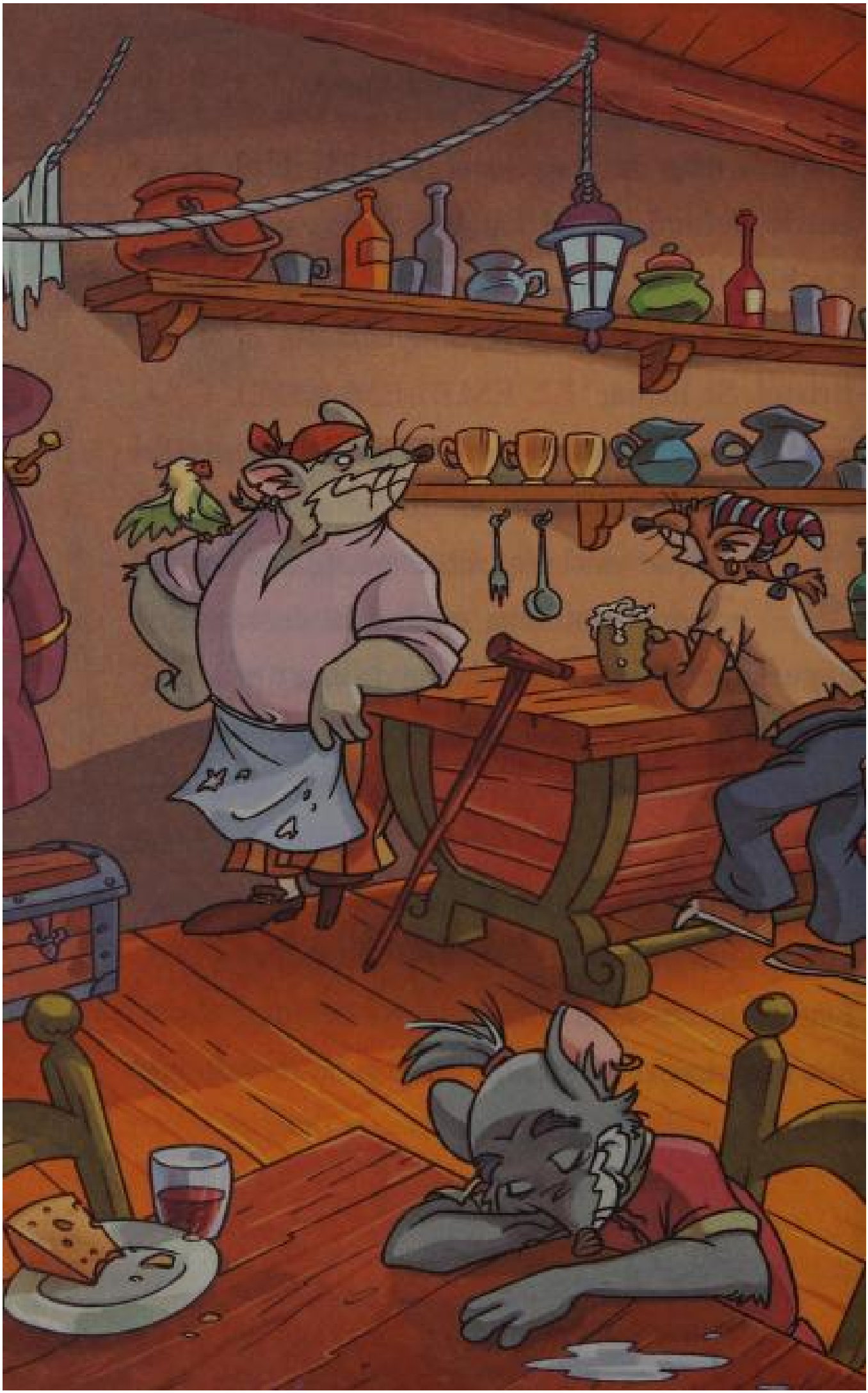
—¿Cuándo partimos? —fue lo que le pregunté inmediatamente.

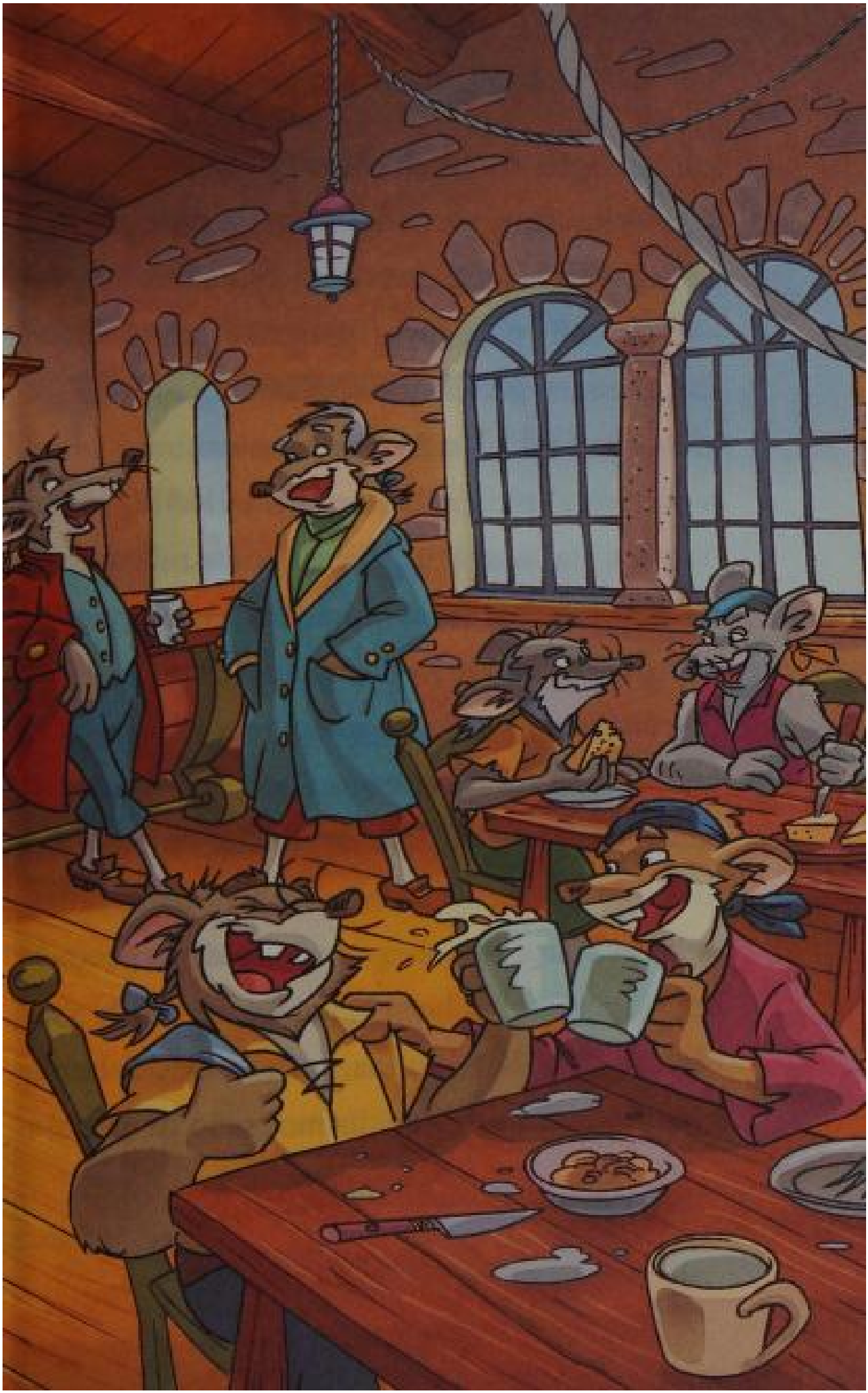
—¡Cuánta impaciencia, querido muchacho! —respondió alegremente el conde—. Pero me temo que tendrás que esperar hasta mañana. Mientras tanto, no obstante, podrías hacerme un pequeño servicio —continuó, y me tendió un papel.

—Lleva este mensaje al COCINERO de a bordo, John Silver el Largo. Aunque no conozcas bien la ciudad, lo encontrarás fácilmente: regenta una **POSADA** muy famosa aquí en Bristol. Se llama: **'EL EMBLEMA DEL CATALEJO'**. Encontré el sitio cerca del puerto de Bristol sin mucha dificultad, también porque era imposible no fijarse en el enorme emblema en forma de catalejo expuesto en la calle. Se trataba de una típica posada de marineros, como hay en todos los puertos, y en cuanto entré, reconocí a Silver de inmediato.

Era un ratón alto y muy **ROBUSTO**, con una pata de palo.

Estaba detrás de la barra y servía bebida a algunos marineros. En su hombro estaba posado un loro.





—¿Es usted el señor Silver? —pregunté tímidamente. Aquel tipo grande y gordo me intimidaba un poco.

—¡Por mil papagayos flacos! ¡Craaa...! Es precisamente él, John Silver el Largo! —gritó el loro en su hombro.

—¡Cierra el pico, pillastre EMPLUMADO! ¡Uno de estos días usaré tus plumas como relleno para mi almohada! ¡Me disculpo en nombre de mi insoportable loro! Se llama *Capitán Flint* y no consigue tener la lengua quieta —añadió Silver con una gran sonrisa.

Cuando vio la nota que le tendía, se puso aún más alegre:

—¡Pues claro, tú debes de ser el nuevo grumete del *Hispaniola*! ¡Choca la pata, jovencito!

Mientras me la trituraba, un cliente del bar se levantó de golpe y, rapidísimo, salió de la posa-

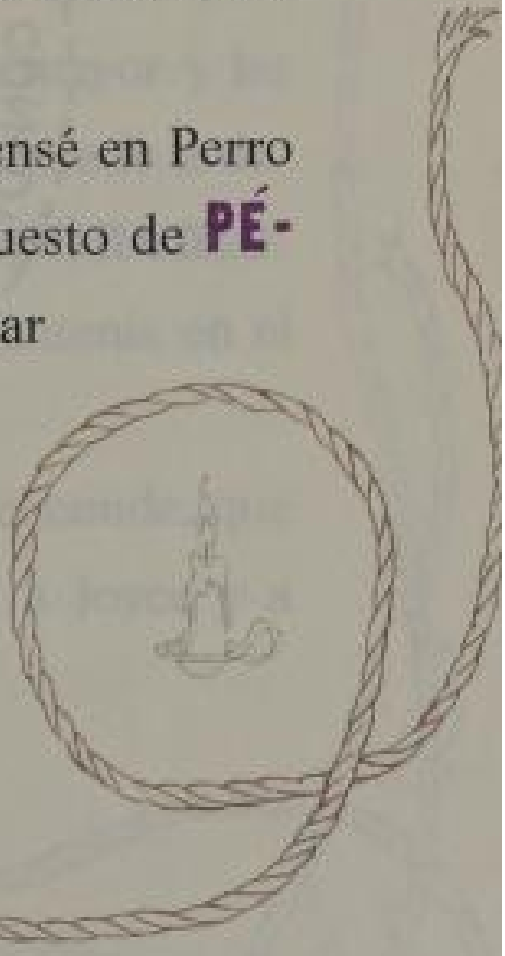
da. Pero ¡yo había tenido tiempo de reconocerlo!

—¡Detenedlo! —grité mientras un escalofrío gélido me descendía por la espalda—. ¡Ése es el pirata **Perro Negro**!

Silver llamó **INMEDIATAMENTE** a uno de los suyos y ordenó agarrar al pirata. Desafortunadamente, la persecución no tuvo éxito. ¡Perro Negro parecía **haber desaparecido**!

Silver y yo no podíamos hacer nada más que dejar la posada y encaminarnos hacia el hotel del conde.

A lo largo del camino pensé y repensé en Perro Negro: su reaparición me había puesto de **PÉSIMO** humor, haciéndome recordar al Capitán Bones y su gran terror a ser descubierto por los piratas.



Y al rato, caminando al lado de John Silver el Largo, una terrible sospecha empezó a rondarme por la cabeza: ¿Y SI EL FAMOSO TIPO CON UNA SOLA PATA?

Un encuentro difícil

En cuanto llegamos al *Hispaniola*, mis FEOS pensamientos se desvanecieron de golpe.

¡Qué maravilla! Me parecía el barco más bonito jamás construido. El altísimo palo mayor y las dos filas de cañones dispuestos a cada lado le daban un aspecto verdaderamente **imponente**. Subí a bordo mientras Silver se mantenía en el embarcadero.

—¡Oh, ya estás aquí! —me saludó el conde, que estaba dando las últimas órdenes a Joyce y a

Hunter, sus criados. Después me invitó a descender bajo cubierta:

—¡Ven! El doctor Livesey no ve la hora de saludarte.

En cuanto acabamos de estrechar-nos las manos y de abrazarnos, un marinero nos dijo que el Capitán Smollet pedía ser recibido. De la reacción del conde Trelawney, comprendí que entre él y el Capitán Smollet no había una buena relación.

—¡Qué querrá ahora? —protestó, bastante fastidiado. Después, en voz alta, añadió—: Está bien, hacedlo entrar.

El Capitán era un ratón de una pieza, de esos que dicen siempre lo que piensan, aun a costa de resultar ANTIPÁTICOS.

—Así pues, Capitán... ¿qué puedo hacer por usted? —fue la fría acogida del conde.

El Capitán nos saludó y anunció:

—Señores, no me gustan los misterios.

'¡Ajá! Entonces no soy el único', pensé.

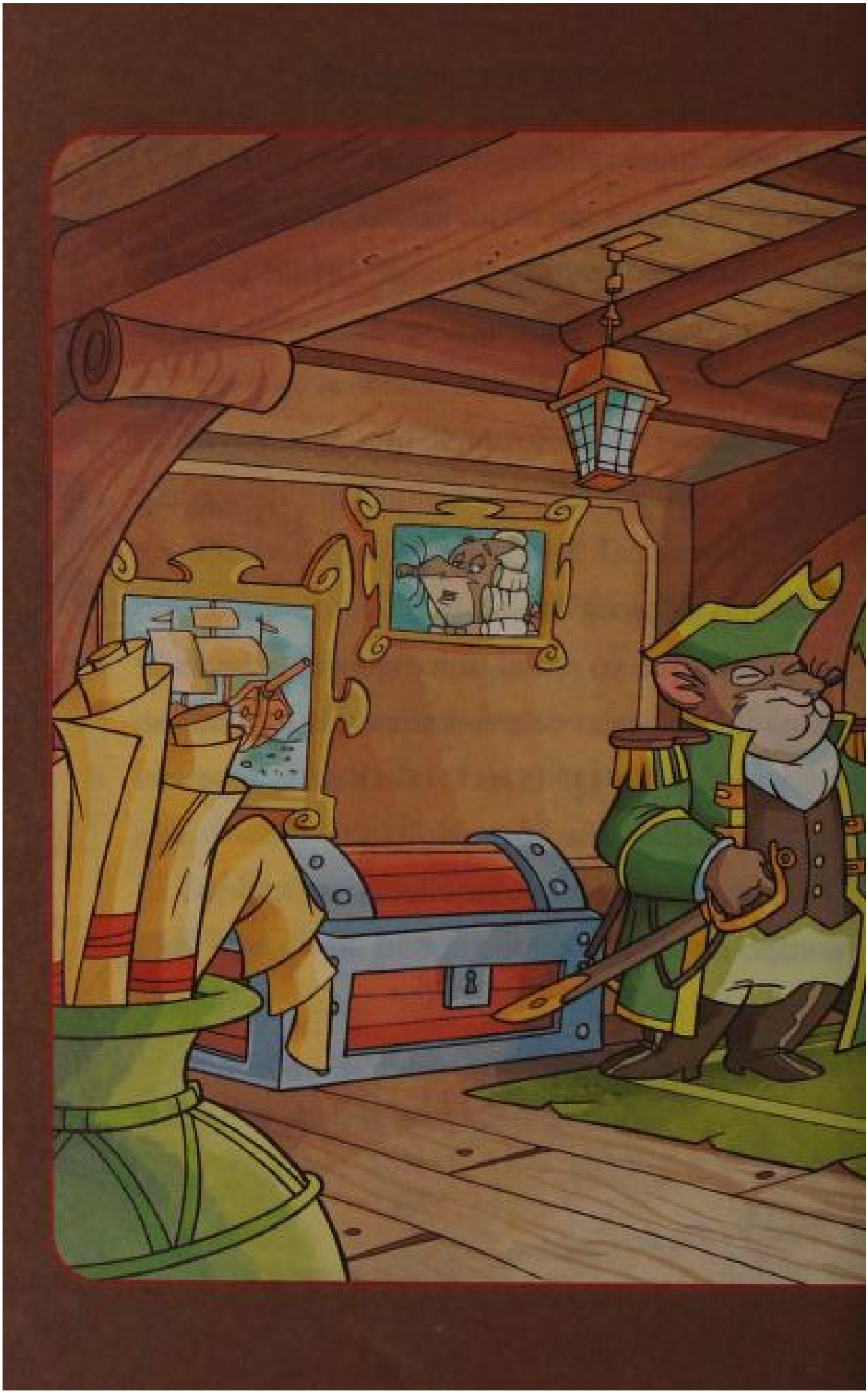
—Perdone, pero ¿qué quiere decir, por favor? —lo interrumpió el conde.

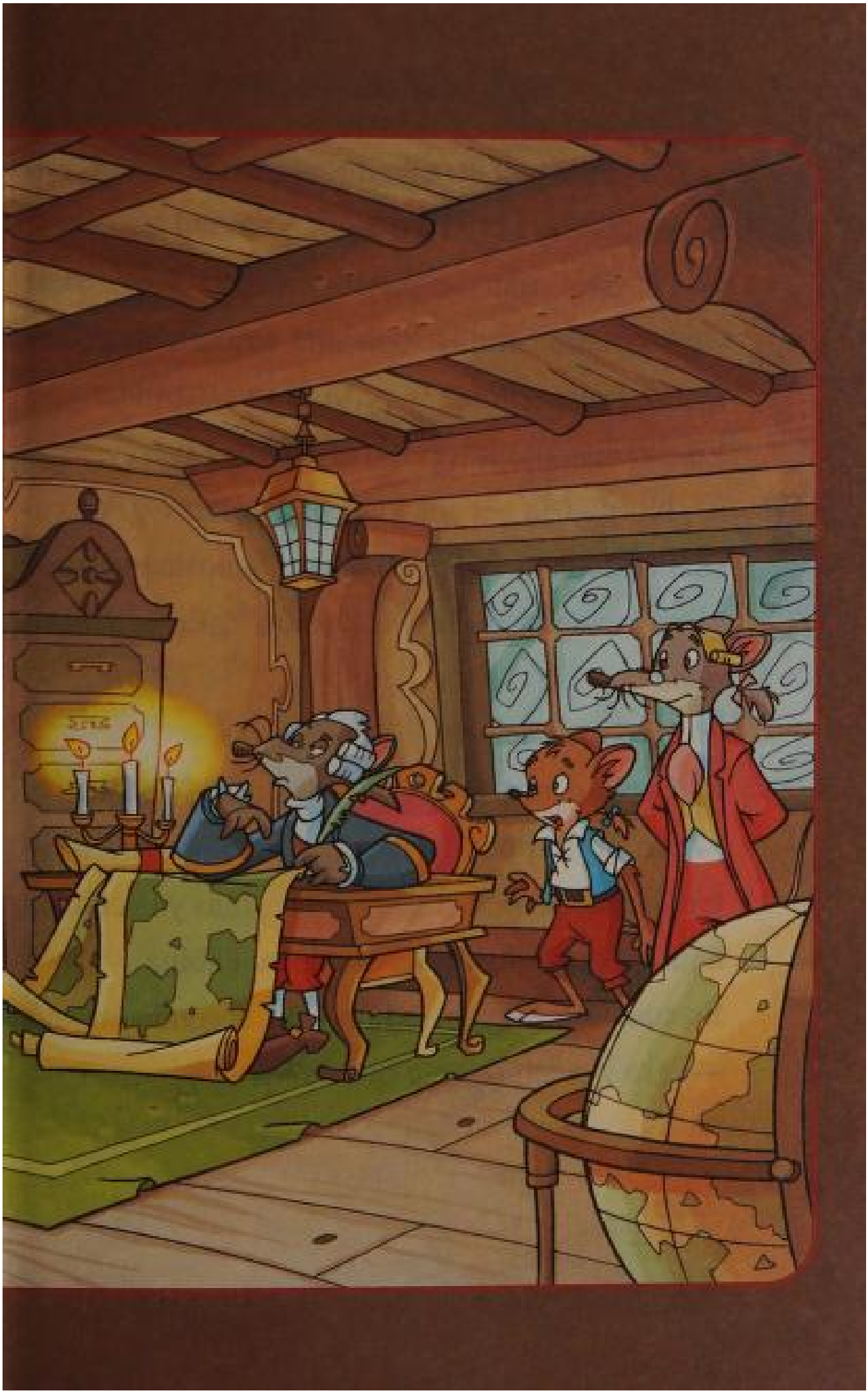
—Es simple. He oído decir que el objetivo de

es la recuperación de un TESORO —y continuó—:

¡Y parece que yo sea el único que no sabe nada de nada! Además, debo manifestarle que no me gustan ni la tripulación ni el segundo de a bordo... —añadió.

¡Al parecer, el Capitán Smollet era un tipo de *gustos difíciles*!





—¿Es la nave de su agrado, al menos? —intervino Trelawney **irritado**.

—¡Le daré una respuesta cuando zarpemos! —respondió Smollet con una calma verdaderamente exasperante.

En ese instante intervino el doctor Livesey:

—¿No podría ser más claro, Capitán? ¿Por casualidad tiene **MIEDO** de un amotinamiento? ¿Una revuelta de la tripulación? ¿En el *Hispaniola*?

La idea me hacía temblar las patas.

El Capitán respondió de un modo **tranquilo**:

—Eso no lo puedo saber... pero si yo fuera usted, haría colocar la carga de armas y la comida aquí en popa, justo debajo de su cabina.

En cuanto el Capitán se hubo ido, el conde explotó:

—Pero ¿quién se cree que es? ¡*No lo soporto*!

—Tiene razón, *conde* —dijo el doctor—, pero ¡creo que haremos mejor si seguimos su consejo!

—Está bien —se rindió el conde—, pero ¡sigo pensando que el capitán no vale ni uno de los pelos de John Silver el Largo!

¡Por fin zarpamos!

Mientras salía del camarote del conde, vi a John Silver el Largo que subía a bordo, ágil como si tuviese las dos patas. Usaba su muleta con gran habilidad.

"MEJOR QUE UNA PATA DE VERDAD", PEN

Mientras yo me quedaba al lado de la escotilla de proa, oí una voz a mis espaldas:

—¿Y qué, **grumete** Hawkins, haciendo el vago?

Me volví y vi al Capitán Smollet que me miraba con aire SEVERO.

—No hay PRIVILEGIADOS en mi barco. ¡Y sobre todo, nada de PUSILÁNIMES!

—S-sí mi capitán, pero yo... —intenté justificarme.

No me dio tiempo a acabar:

—¡Silencio! ¡Ponte a las órdenes del cocinero Silver y sé útil!

¡Qué carácter! ¡Aquel Capitán era INSOPORTABLE!

En todo caso, no me quedaba otra que obedecer. Descendí bajo cubierta y me reuní con John Silver el Largo en las cocinas. Al entrar me llegó a la nariz un tufo a cebolla frita con queso. Era evidente que el rancho no era gran cosa en el *Hispaniola*...

John, sentado pelando patatas, me recibió con su habitual alegría:

—¡Vaya! ¡Se presenta el grumete Hawkins!

También el loro, posado en su hombro, me hizo un recibimiento.

—Craaa... ¡Al abordaje! ¡Por mil papagayos flacos! Craaa... ¿Quién osa entrar en el reino del *Capitán Flint*? —chilló agitando las alas.

—¡Cállate, charlatán! —intentó acallarlo Silver.

—¿Así recibes a los invitados?

—Craaa... ¡por todas las galletas saladas! —fue la respuesta de *Capitán Flint*.

En seguida informé a John Silver de que, por órdenes del Capitán, había sido destinado a la cocina para ponerme a su servicio.

—¿Quieres ser útil de verdad, JOVENCITO? —dijo mirándome con expresión irónica—. Entonces sube al puente de mando y disfruta de la partida... ¡y esto es una orden!

Hice lo que me había dicho y no me arrepentí.

¡QUÉ ESPECTÁCULO TAN INOLVIDABLE!

Apoyado en la borda, vi las enormes velas del *Hispaniola* hincharse con el viento, inflándose como globos. La tierra firme empezó a a l e j a r s e, primero lentamente, después cada vez más de prisa, y pasados unos pocos minutos las casas no fueron más que puntitos de **colores**.

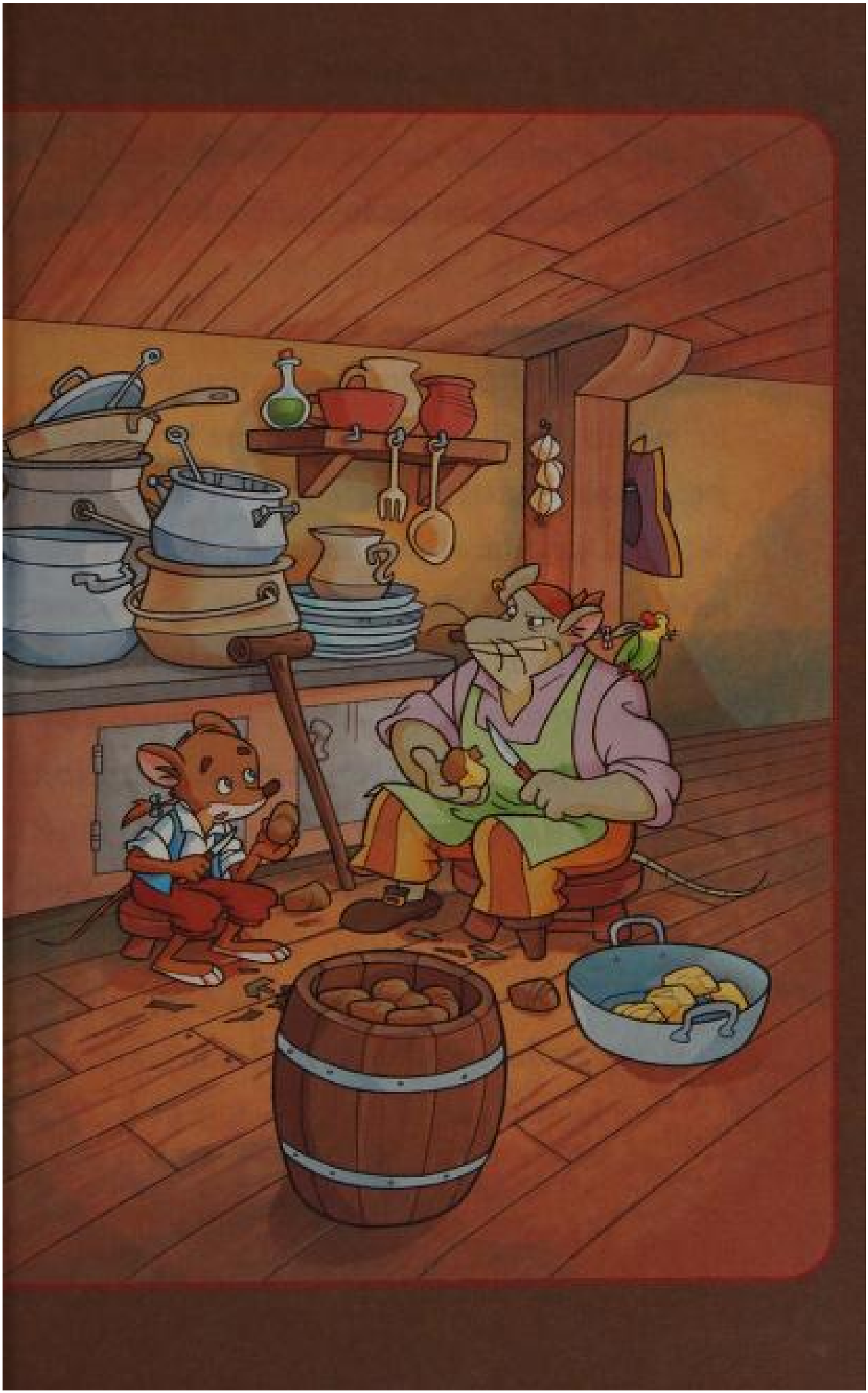
Cerré los ojos y respiré a pleno pulmón el aire **CHISPEANTE** que me erizaba el pelaje.

¡Mi primer viaje por mar había comenzado por fin!

¡PATATAS, PATATAS Y MÁS PATATAS!

Pelé más patatas en aquel viaje que en todo el resto de mi vida. ¡Qué rollo de tarea me había asignado el cocinero Silver! En el fondo, sin embargo, aquel trabajo no me disgustaba. John Silver sabía contar *maravillosas* historias de piratas, de tempestades y naufragios, y yo lo escuchaba con la boca abierta.

—¡Recuerdo el abordaje al *Virrey de las Indias* como si fuera ayer! —empezaba con voz soñadora, mientras pelaba patatas.



—¡Qué batalla! Aún ahora oigo el **RUIDO** ensordecedor de los cañones y los gritos de los PIRATAS.

—¡Retirada! Craaa... ¡Atrás toda! —intervenía el *Capitán Flint* batiendo las alas. En ese punto, Silver perdía siempre la paciencia y empezaba a gritar:

—¡Calla, pajarraco! ¡Nadie te ha pedido tu opinión!

Después, en voz baja para que el loro no lo oyera, añadía:

—Ya ves, Jim, a veces el *Capitán Flint* es un poco... ¡CHARLATÁN!

—Craaa... ¡Retirada!... Craaa... ¡Retirada!

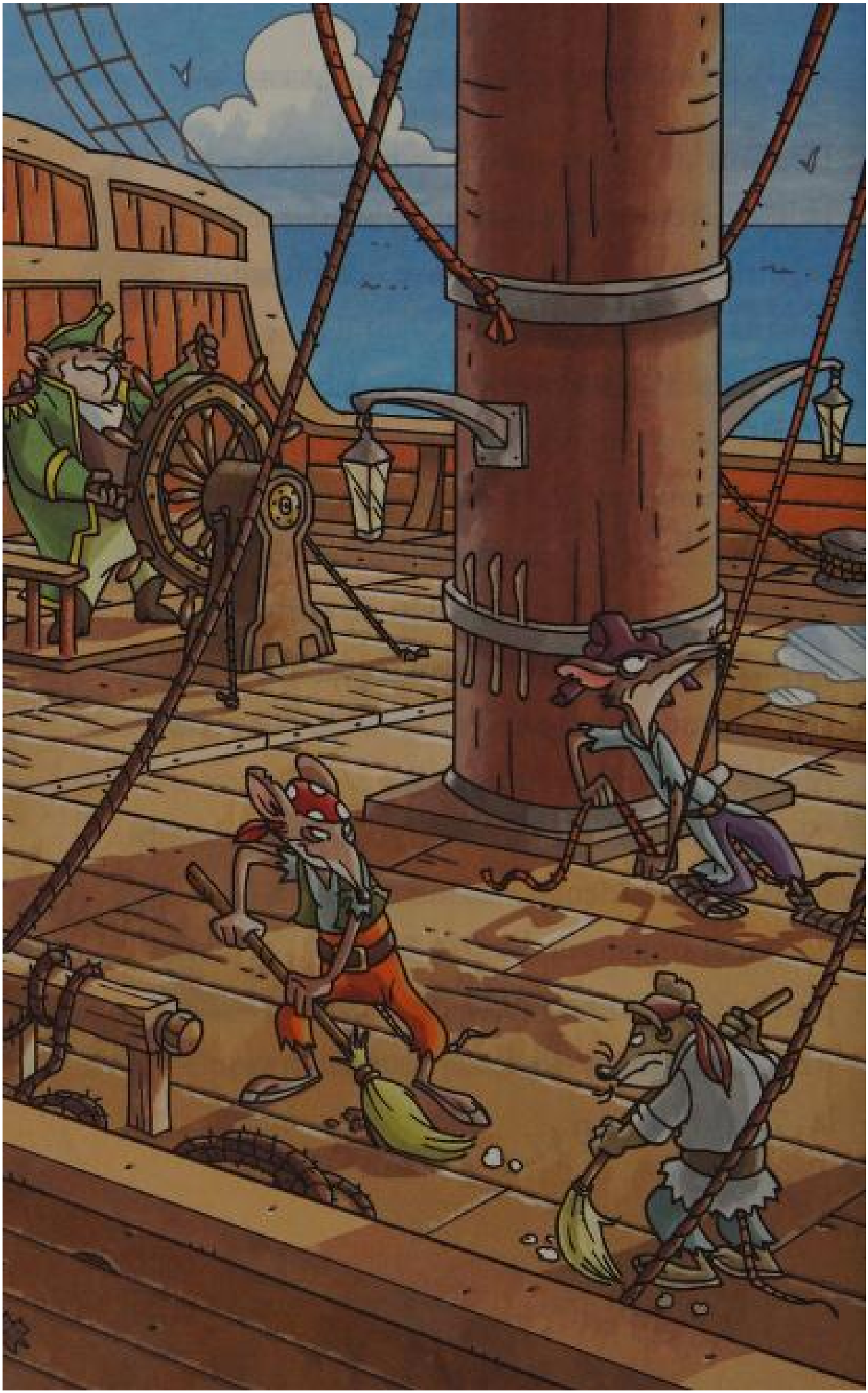
Cada vez la misma historia. El *Capitán Flint* siempre conseguía hacer perder la paciencia a John el Largo.

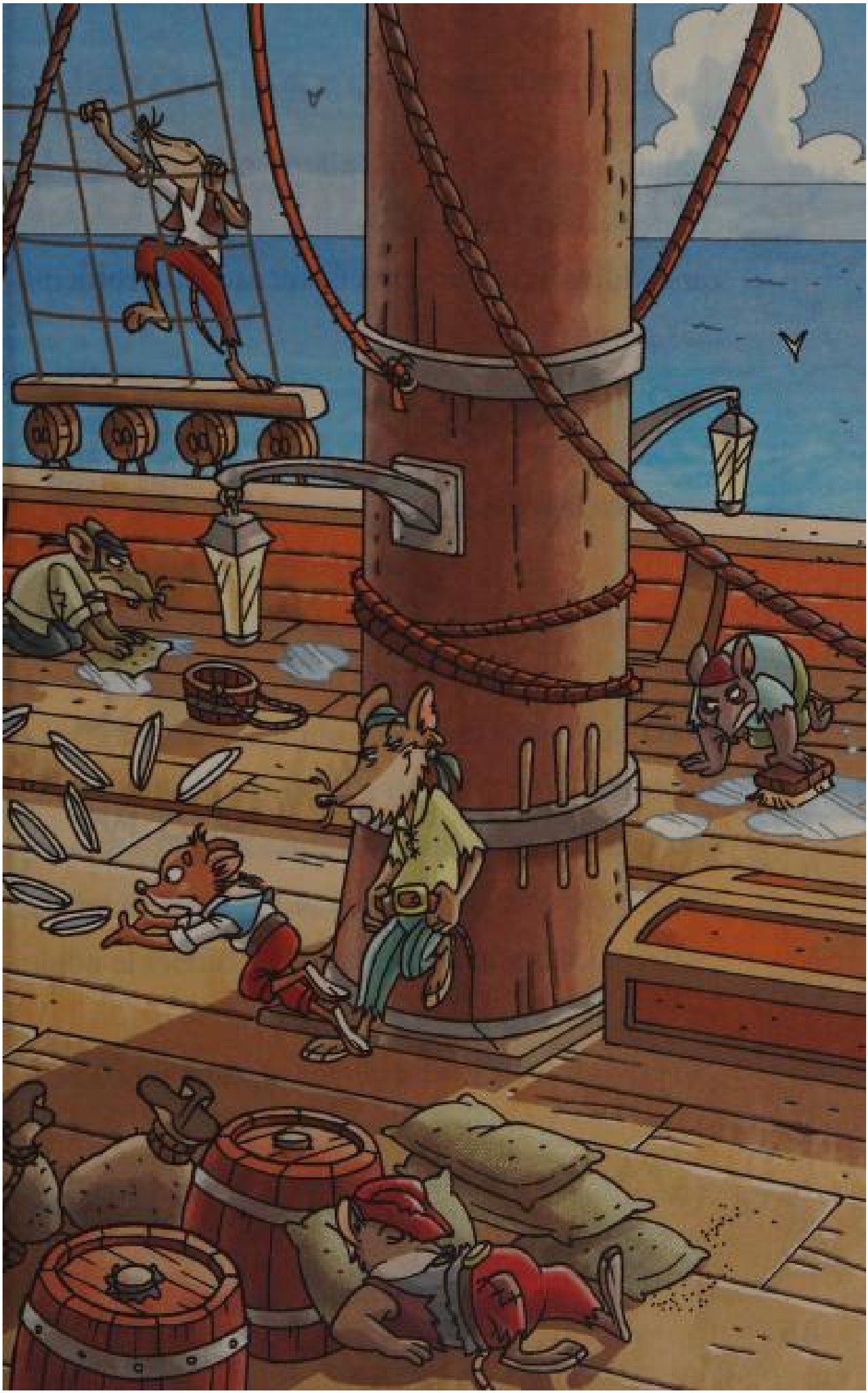
Después de haber oído por enésima vez la palabra 'retirada', el cocinero empezaba a perseguirlo por toda la nave empuñando un **ENORME** cazo.

—¡Si te pillo, esta noche comeremos estofado de LORO!

En los momentos de libertad (¡poquísimos!), subía al puente y disfrutaba del viaje. El mar parecía una enorme extensión de aceite. El *Hispaniola* se deslizaba sobre el agua calmada y suave como un pingüino resbalando por el hielo. El cielo era azul y límpido.

'Nada podrá estropearme el viaje', pensaba observando a los demás marineros ocupados en el trabajo de limpieza del puente. '¡Ni siquiera el fastidioso de Anderson, que se divierte poniéndome la ZANCADILLA





cuando llevo la pila de platos al camarote del conde!'. Pero me equivocaba una vez más: las zancadillas no eran precisamente el problema más *grave*.

¡NO HABÍA CONTADO CON EL ENEMIGO, O MÁS BIEN CON EL BARRIL DE MANZANAS!

¡Amotinamiento!

Una manzana al día aleja al médico y a la cirugía!

Y además salva al barco del **amotinamiento**...

¿No os lo creéis? Entonces escuchad.

Llevábamos viajando un mes cuando, como cada noche antes de ir a dormir, subí al puente para **refrescarme** un poquito. Era una noche de luna llena, como se ven pocas. No soplaba el viento y el mar estaba plano e INMÓVIL.

Pasado un rato, oí un extraño **ruido**.

¡Brrrruuurgrrrrrruuum!

¿Qué era? El cielo estaba *sereno* y sin nubes. No podía tratarse de una tormenta.

¡Claro, era mi estómago, que reclamaba un bocado antes del merecido reposo!

Mientras pensaba cómo llenarlo, choqué contra algo.

¡TONK!

Con una pata dolorida, reconocí el pesado barril de *manzanas* que el conde había puesto a disposición de la tripulación.

¡Una manzana! ¡Eso era lo que quería!

Sin preocuparme mucho de la buena educación, me metí en el barril casi vacío y cogí una bonita y jugosa manzana. Y después otra, y otra más...

¡Brrrruuurgrrrrrruuum!

¡De nuevo aquel ruido! Esta vez reconocí en seguida la voz de mi estómago.

Parecía que me estuviera dando las gracias.

Al acabar de comer, empezaron a pesarme los párpados. El lento movimiento del barco y el murmullo del mar me dieron el golpe de gracia, y en un pestañeo me dormí.

¡Habría podido quedarme allí toda la noche si un golpe seco contra las paredes de barril no me hubiera despertado con un SOBRESALTO!

Estaba casi a punto de saltar afuera y decirle cuatro cositas al maleducado que me había arrancado del mundo de los sueños, pero por suerte no lo hice, porque las palabras que oí me helaron la sangre.

La voz era la de Silver, fría y CORTANTE.

—¡¿Os acordáis qué aventuras vivimos con el Capitán Flint?! ¿Y cuando perdí la pata?

—¡Flint sí que era un gran PIRATA! —dijo otra voz—. Nuestros barcos siempre estaban cargados de **ORO**!

—¡Y esta vez también será así! —continuó Silver—. ¿Somos o no somos los piratas de Flint?

—¡Claro que los *somos*! —fue la respue

—¡Y aparte del viejo Pew, ahora estamos todos aquí, a bordo del *Hispaniola*!

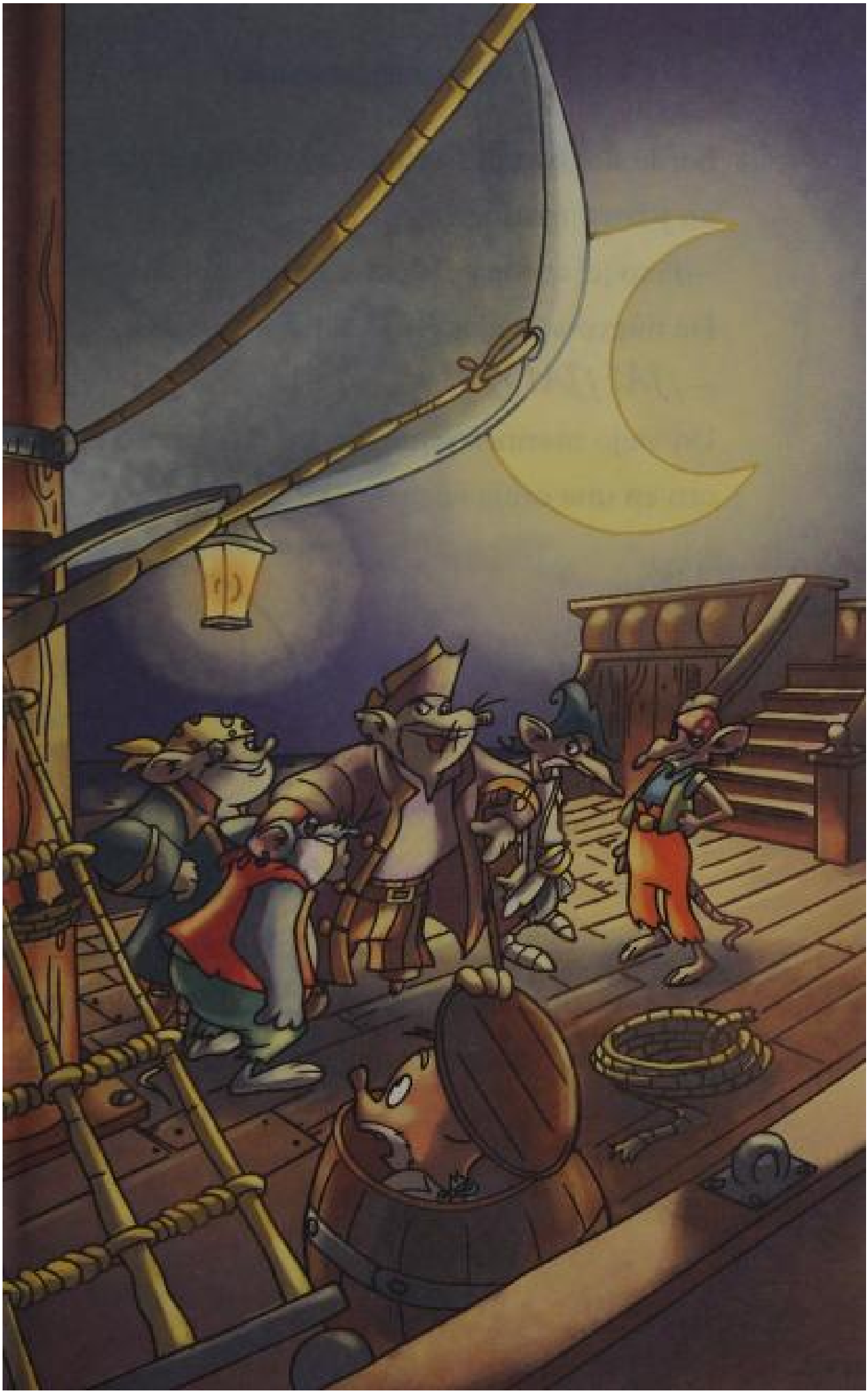
Explotó un coro de risotadas que me hizo ESTREMECER.

—¡JA! ¡JA! ¡JO! ¡JO! ¡JA! ¡JA! ¡JU! ¡JU!

Después Silver volvió a hablar:

—¿Sabéis lo que os digo? Si el tesoro de Flint está aún en esa isla... bueno, ¡os garantizo que será nuestro!

Hice acopio de toda mi VALENTÍA y miré por el



borde del barril. Cerquísima de mí estaba Dick, un joven marinero:

—Pero ¡el conde y el doctor no estarán de acuerdo!

De nuevo aquellas **HELADAS** risotadas.

—¡JA! ¡JA! ¡JO! ¡JO! ¡JA! ¡JA! ¡JU! ¡JU!

Un viejo marinero que llevaba un grueso aro de oro en una oreja se puso en pie y

¡miró a Dick con expresión FEROZ!

—No te preocupes, muchacho... El conde y el capitán no son un problema. Y si no están de acuerdo...

¡No había duda! ¡Estaban preparando un amotinamiento!

Estaba **ATERRORIZADO** y, mientras pensaba cómo salir de allí, a alguien le entró hambre.

—Quiero una manzana —dijo Dick, metiendo una mano en el **BARRIL** y rozándome la punta de las orejas.

—¡Deja eso! —ordenó Silver.

—Yo tengo algo especial para la ocasión. ¡Un queso *supercurado* entero, para relamerse los bigotes!

La mano se retiró.

ME HABÍA LIBRADO POR UN PELO...

... ¡POR EL MOMENTO!

¡¡¡TIERRAAA!!!

Habéis estado alguna vez dentro de un barril de manzanas durante horas y horas, **INMÓVILES**? Bueno, al poco rato se está verdaderamente incómodo.

Hubiera querido deslizarme fuera y correr a advertir al doctor Livesey del PELIGRO.

Pero tuve que quedarme allí hasta el final de aquella terrible reunión.

—No todos los ratones del barco quieren rebelarse —susurró Israel al oído de Silver.

FF! ¡QUÉ ALIVIO! Entonces el Capitán podía contar aún con la fidelidad de algunos marineros.

—¡No importa, somos mayoría! —respondió Silver.

¡Oh, no, eso sí que era un problem

Los PIRATAS festejaron la decisión atiborrándose de comida hasta que, bajo la luz gris del alba, el vigía gritó:

—¡¡¡TIERRAAA!!!

En un instante, el puente del barco se llenó de marineros.

—¡¡¡TIERRAAA!!! —repetían todos corriendo de aquí para allá y señalando un punto lejano.

Tras los primeros instantes de confusión, todos se reunieron en proa para escrutar el horizonte. Sin dejarme ver, me deslicé fuera del barril y me uní a ellos, a la espera del momento justo para contarle a alguien lo que había DESCUBIER

¡¡¡Tierraaa!!!

Lentamente vi emerger de la niebla tres montañas de cimas PUNTIAGUDAS. Las había visto sólo dibujadas en el **MAPA**, pero en seguida las reconocí: ¡era ella, la Isla del tesoro! El Capitán Smollet preguntó:

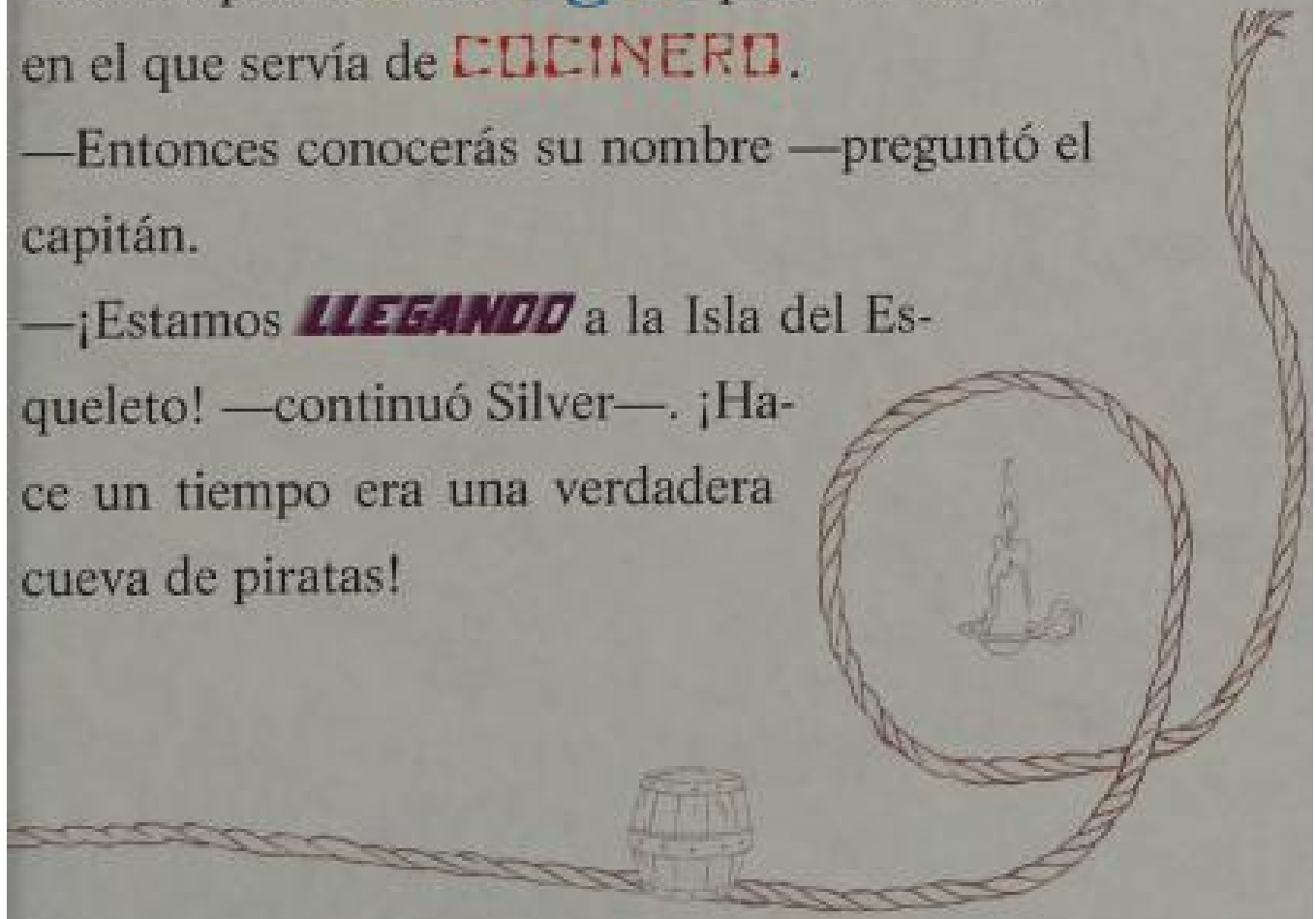
—¿Alguien ha estado antes en esa isla?

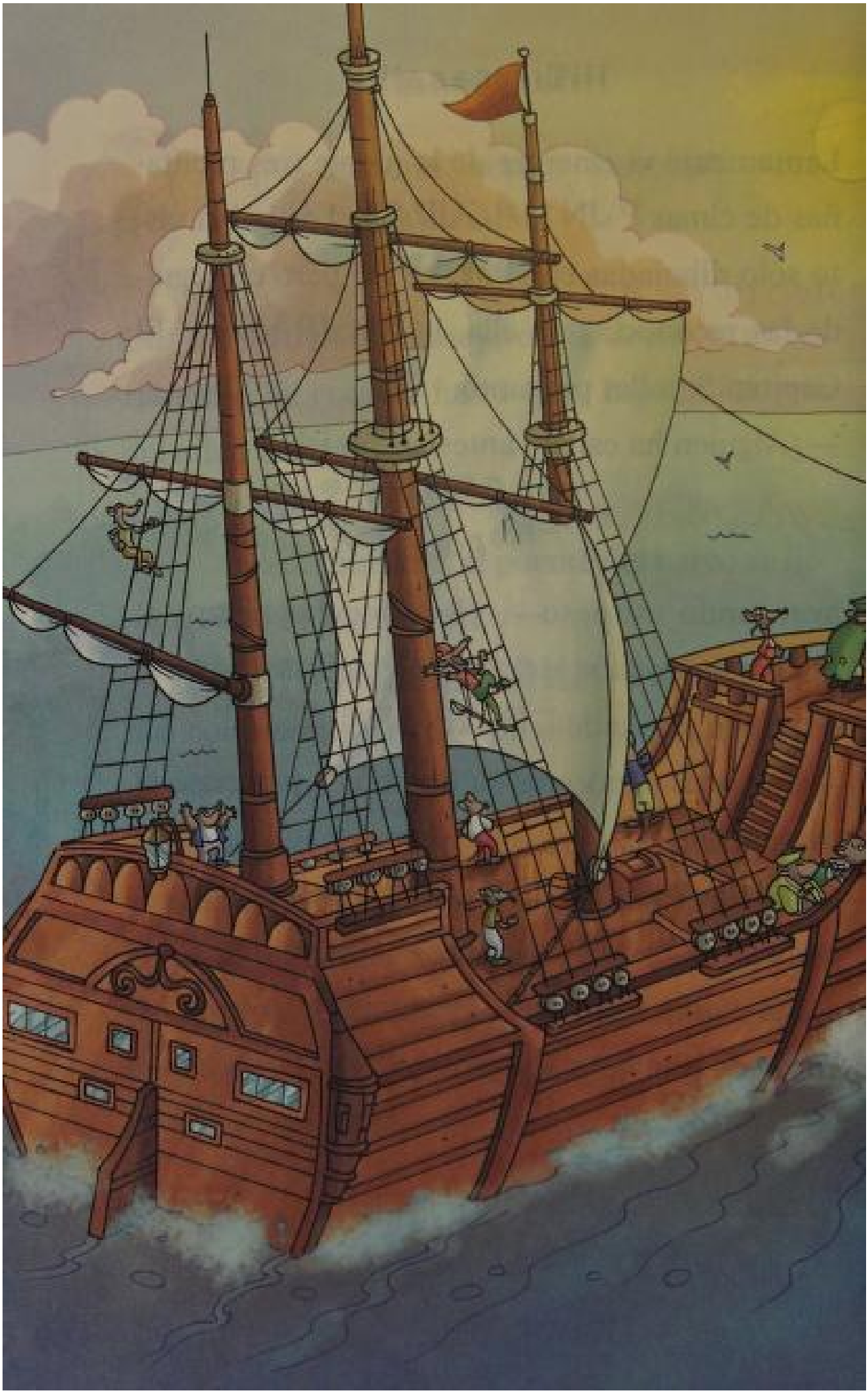
—YO, SEÑOR —respondió en seguida Silver,

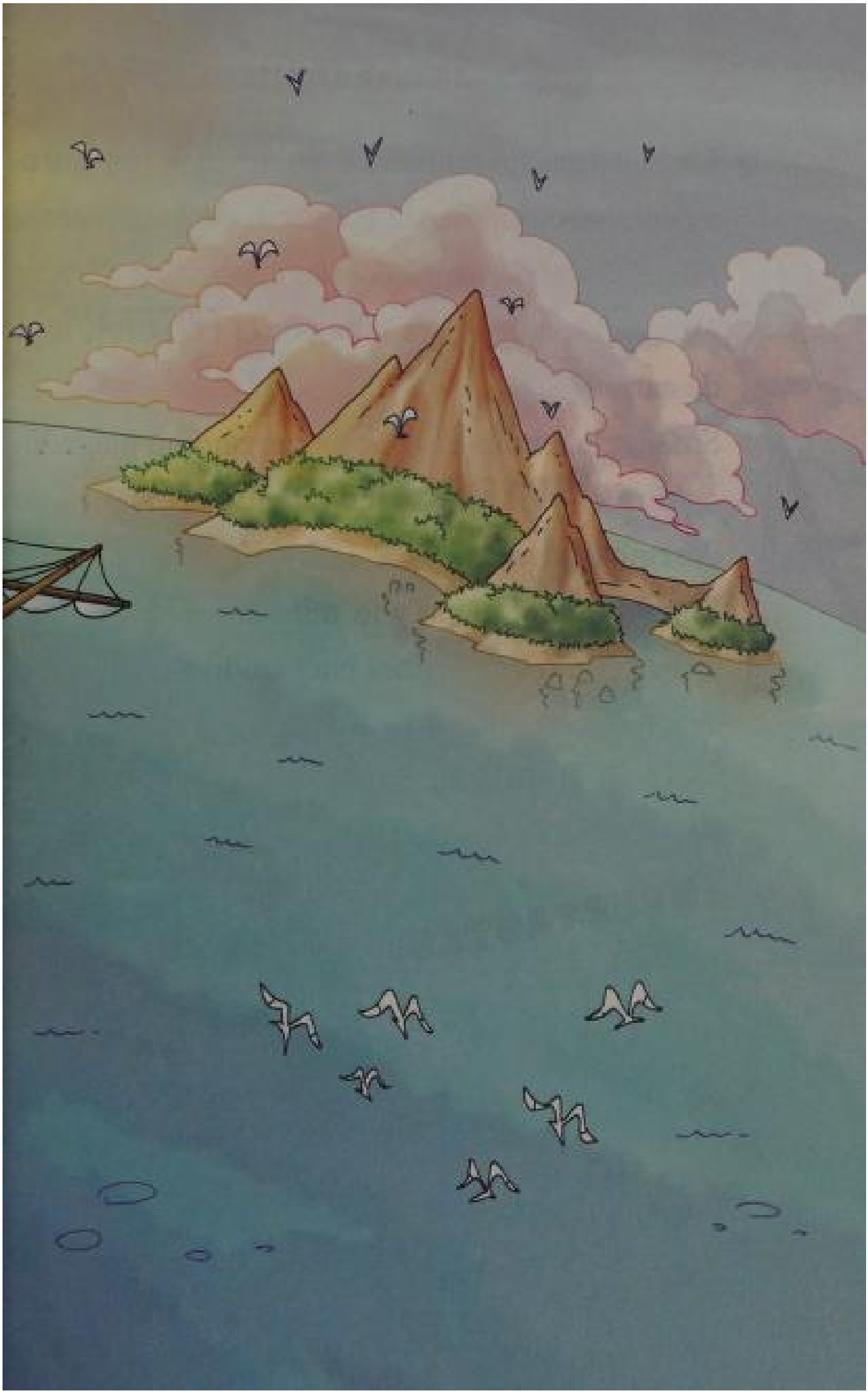
avanzando un paso—. Hace mucho tiempo hicimos provisión de agua para un barco en el que servía de COCINERO.

—Entonces conocerás su nombre —preguntó el capitán.

—¡Estamos LLEGANDO a la Isla del Esqueleto! —continuó Silver—. ¡Hace un tiempo era una verdadera cueva de piratas!







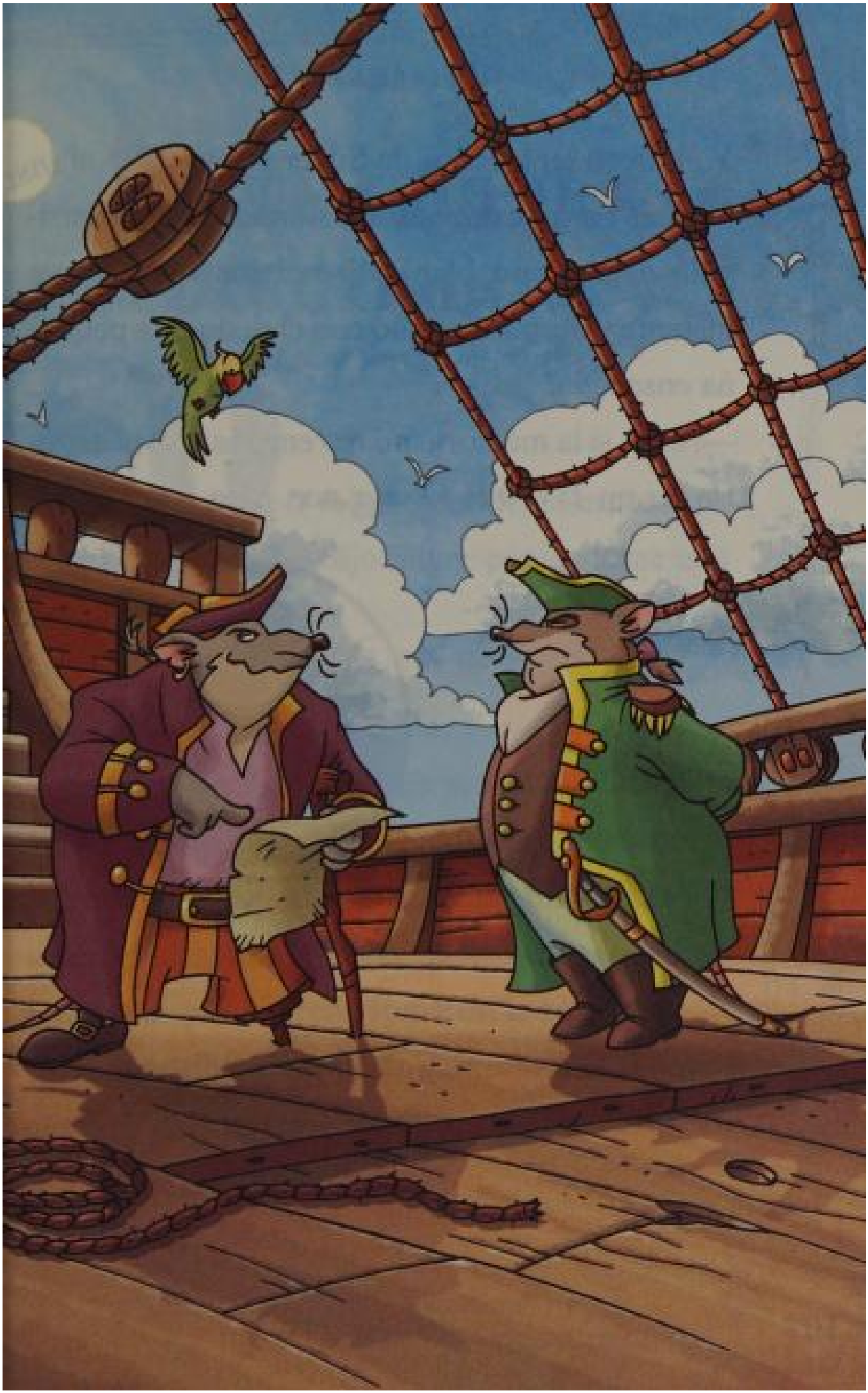
Las palabras de John el Largo me hicieron estremecer, pero por suerte conseguí controlarme: si Silver se daba cuenta de que conocía su SECRETO, ¡seguro que me pasaba por la TRITURADORA de carne!

Smollet le tendió a Silver un pergamino plegado:

—Mira el **MAPA** y dime dónde es mejor que desembarquemos.

Silver tomó el mapa y lo miró con **OJOS** que ardían como dos tizones encendidos.

—*¡Esta es sólo una copia del original...* —aclaró el Capitán Smollet—. ¡Faltan los detalles **IMPORTANTES**!

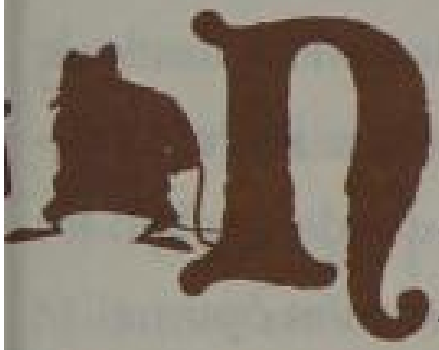


Y el fuego en los ojos de Silver se apagó al instá

John el Largo estaba desilusionado, pero consiguió disimularlo bien. Miró el mapa un breve instante y después señaló con el dedo una pequeña ensenada.

—Aquí, si la memoria no me engaña... éste debería ser un **buen lugar** para atracar.

Siete contra diecinueve



No veo la hora de desembarcar! —dijo Silver poniéndome una pata en el hombro.

Brrrrrrrrr. Un largo escalofrío me recorrió desde el cuello a la cola.

—En este momento querría ser un MUCHACHO como tú, querido Jim —continuó, mirando la isla con aire soñador—. Me gustaría tanto subirme a los árboles, zambullirme en las frescas aguas y caminar por la arena suave de la playa.

Yo quería liberarme de él para CORRER al encuentro del doctor Livesey y explicárselo todo.

Cuando Silver me despidió con una amigable **PALMADA** en el hombro, miré a mi alrededor en busca de un morro amigo.

¡Qué coincidencia! Justo en ese momento el doctor Livesey me estaba llamando desde la proa del barco. Quería que fuera a buscar algo bajo cubierta, donde estaban los alojamientos. ¡Era una ocasión óptima!

En cuanto lo alcancé le susurré, intentando pasar desapercibido:

—¡Debo darle una noticia **TERRIBLE**!

El doctor me miró con atención, luego se acercó al conde y al Capitán con aire indiferente. Los tres hablaron durante unos minutos, después el Capitán reclamó la **ATENCIÓN** de los marineros.

—¡Por fin hemos llegado! ¡Mañana desembarca-

remos en la isla! ¡Y para celebrarlo, el doctor Livesey, el conde Trelawney y yo comeremos algo juntos!

El conde alargó las patas hacia los ratones del puente.

—¡Y naturalmente habrá para todos!

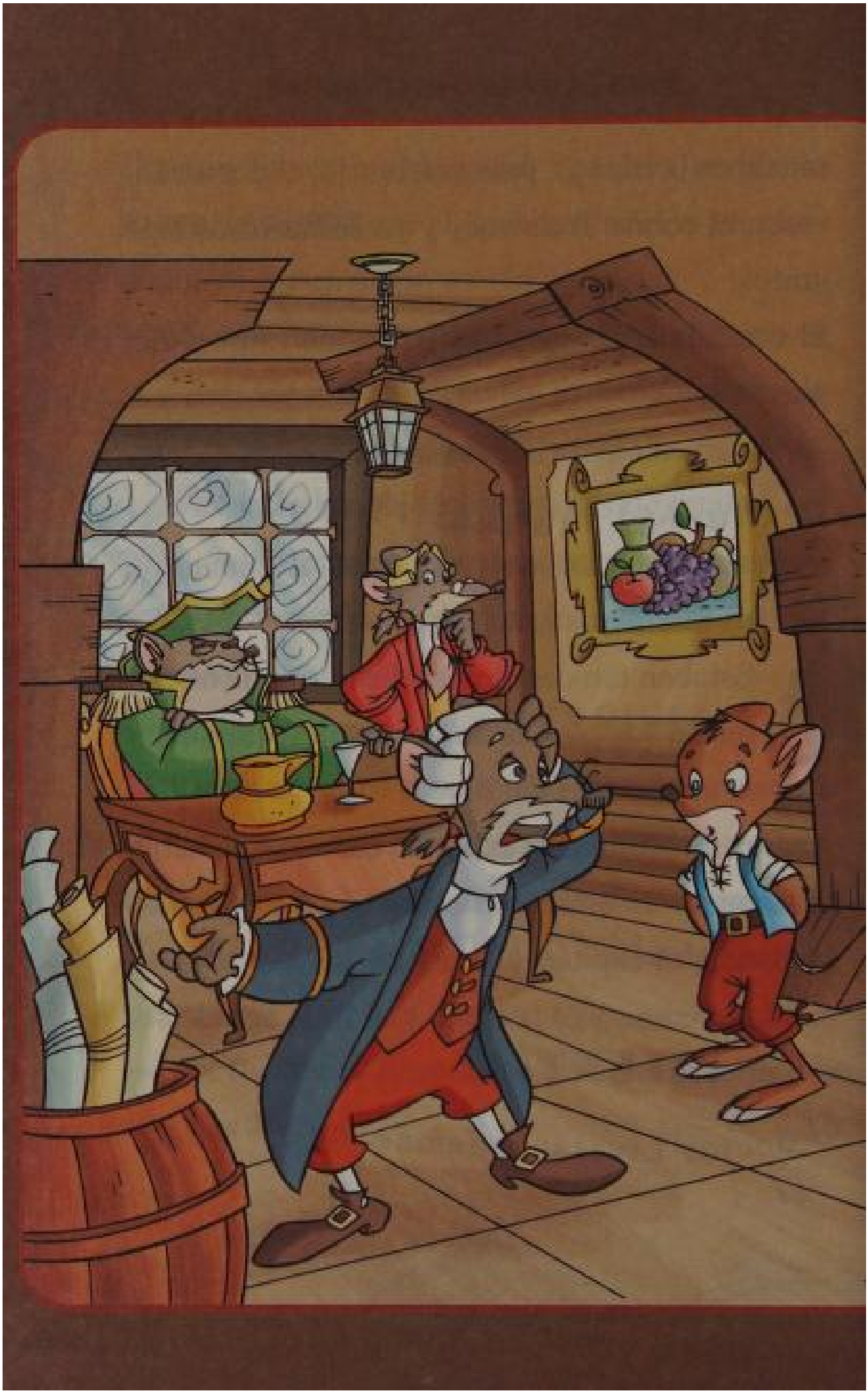
—¡Hurra! ¡Yahuu! ¡Yupy! ¡Viva!

Mientras nosotros descendíamos al camarote, los marineros gritaban de **ALEGRÍA**.

Estaban tan contentos y festivos que no parecían los piratas de poco antes, ¡tan decididos a apoderarse del barco!

Abajo en el camarote expliqué todo lo que había oído mientras estaba en el barril de manzanas. El conde, el capitán y el doctor me escucharon con la máxima seriedad, y al final agradecieron mi **VALENTÍA**.

El doctor Livesey, además, me abrazó.



—¡Querido muchacho, nos has salvado la vida! —exclamó emocionado—. Pero ahora debemos estudiar un plan... ¿Con cuántos marineros podemos contar?

El Capitán hizo un **RÁPIDO** cálculo.

—Sus tres sirvientes más nosotros, ¡somos siete! ¿**Siete** contra **DIECINUEVE**? ¡No era como para alegrarse!

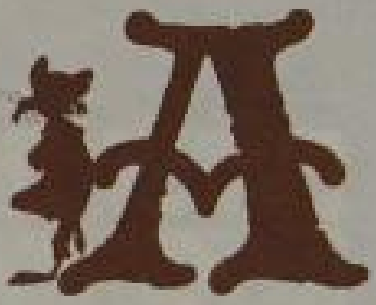
—Estoy seguro de que algún otro marinero estará de nuestra parte, pero aún no sabemos de quiénes se trata —continuó el Capitán.

—Jim nos ayudará —intervino el doctor—. Es un muchacho despierto y descubrirá quién nos es fiel.

—Bien. Fingiremos no saber nada —decidió el Capitán—. ¡Preparémonos para desembarcar!

—¡Perfecto! —concluyó el conde—. Primero encontramos el tesoro, después ya se verá.

¡La Isla del Esqueleto!



A la mañana siguiente, al despertar, estábamos cerquísima de la isla.

Salí de mi camarote a la carrera y de un par de saltos subí la escalera que llevaba al puente de mando. Los marineros miraban extasiados aquel pedazo de tierra en medio del mar: ¡La isla del Esqueleto! Yo también me acerqué y me coloqué al lado de O'Brian, un joven escocés de cabellos de color ZANAHORIA.

—Y a ti, grumete Hawkins, ¿qué te parece la isla? —me preguntó.

Tenía que admitir que el espectáculo era verdaderamente único: ¡ahora que estábamos más cerca se distinguían los distintos **tonos de verde** de las plantas y la arena parecía muy suave! Por un instante olvidé los peligros que nos esperaban.

¡Chaf, chaf, chaf, chaf!

Las olas del océano **chocaban** alegremente contra el casco del barco y contra la playa de la isla.

Observé las montañas: allá arriba estaba la llamada **¡CATALEJO!**

Aquel espectáculo me recordó el motivo de nuestro viaje: allí estaba enterrado el tesoro del que queríamos apoderarnos, ¡y por el que nos arriesgábamos a tener un feo final!

De repente, la isla no me gustaba ya tanto.

Íbamos en el baile y debíamos bailar. ¡Hasta el fin!

Una vez lanzada el ancla, el Capitán Smollet decidió concedernos a todos un día de **descanso**.

-El viaje ha sido largo -dijo-, así que quien quiera puede desembarcar en la isla para refrescarse. Volved a bordo al anochecer.

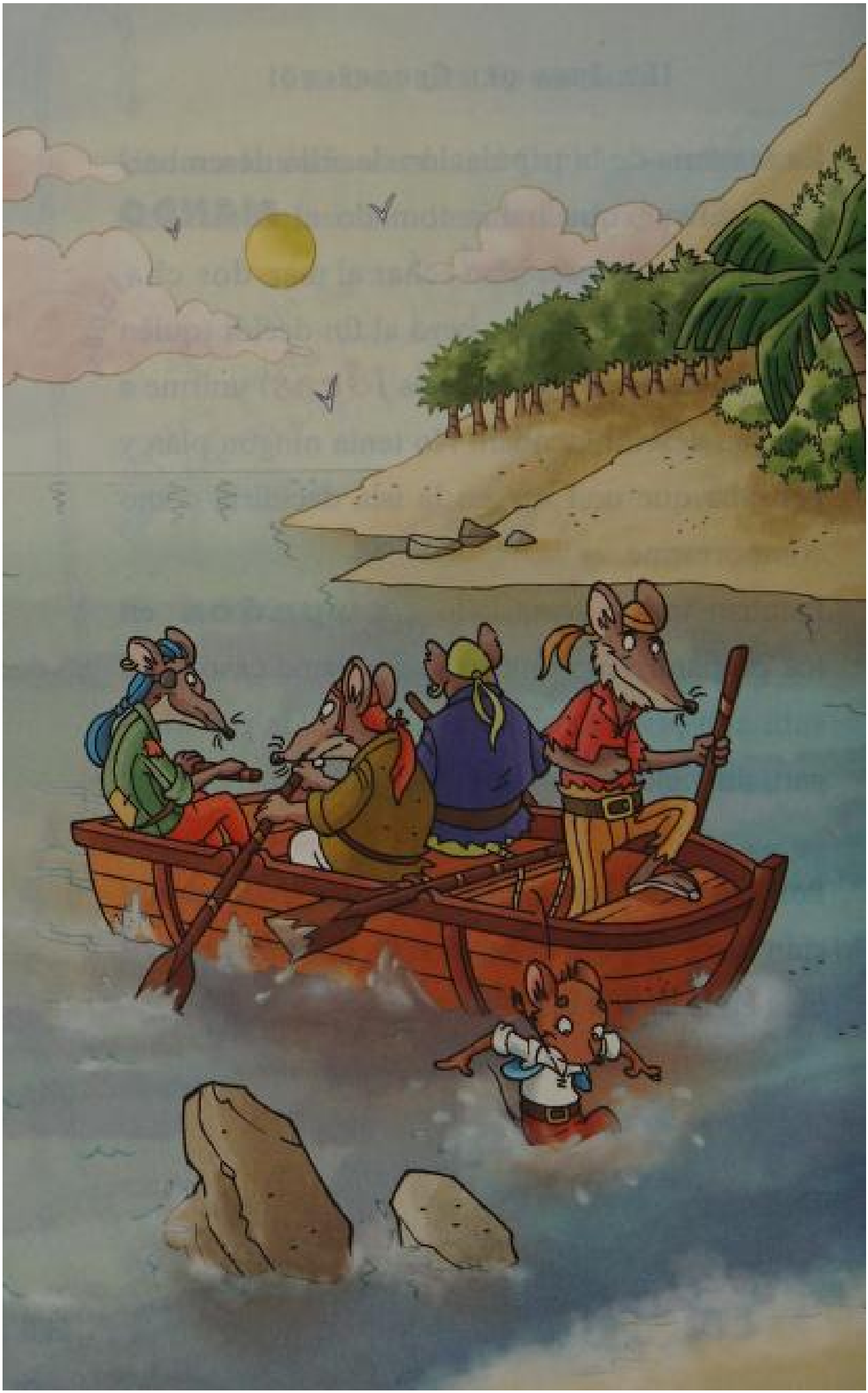
Los marineros acogieron la propuesta con gritos y cantos de **ALEGRÍA**.

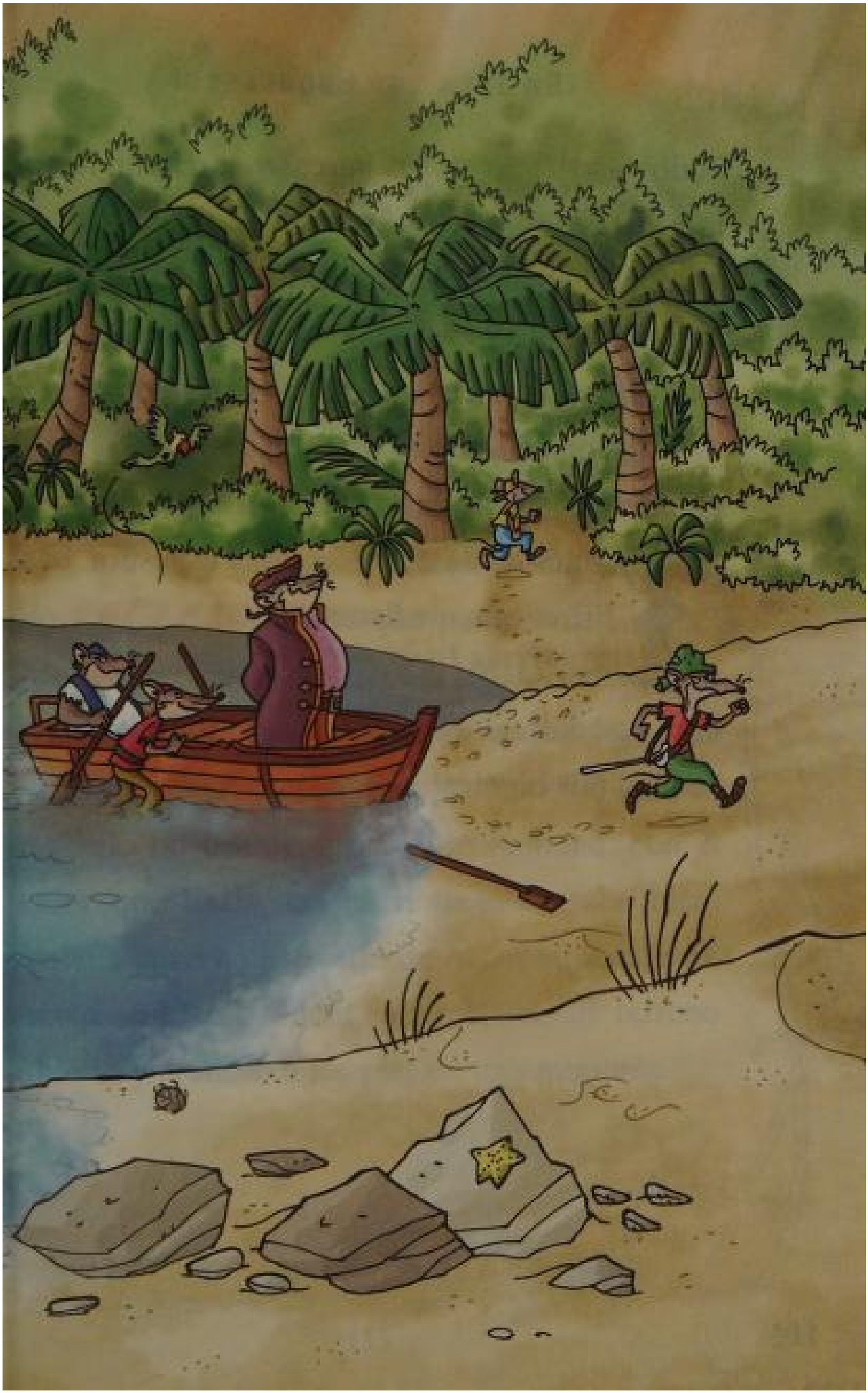
La mayoría de la tripulación decidió desembarcar y Silver, que había tomado el **MANDO** de las operaciones, hizo echar al mar dos chalupas. Yo no sabía qué hacer, pero al fin decidí (quién sabe por qué me vienen estas **ideas**) unirme a los que desembarcaban. No tenía ningún plan y pensaba que una vez en la isla decidiría cómo comportarme.

Estaban todos demasiado **ocupados** en los preparativos como para hacerme caso y así subí a la primera chalupa, la pilotada por Morgan, un viejo marinero con un solo ojo.

Como un escorpión y el calor era tremendo.

Por suerte, los marineros de las dos chalupas hacían carreras para llegar y en un pestañeo estuvimos en la **orilla**.





Todos saltaron de las barcas y corrieron hacia la playa.

Los que habían desembarcado primero se dirigían ya hacia la FLORESTA: quizá creían que iban directos hacia el tesoro. En la confusión general, también yo salté de la barca y me precipité hacia un bosquecillo cercano.

Antes de desaparecer en la espesura, oí a Silver que me llamaba:

—¡JIM! ¡JIM!

Pero yo continué corriendo, ¡siguiendo la dirección de mis bigotes!

¡LIBRE!

Había dejado a John el Largo con un palmo de narices: ¡había conseguido ESCAPARME sin que pudiera detenerme! Me sentía libre. ¡Libre! ¡¡¡LIBRE!!!

¡Alehop! Intenté atravesar un riachuelo de un salto y... ¡chaf! Acabé dentro de un CHARCO. Aquello no me desagradó. En realidad, con el calor que hacía, un buen baño sentaba bien. Volví a correr y, después de haber superado un bosquecillo de sauces, aparecí en un terreno abierto y arenoso a los pies de una montaña.

¡Voltereta! ¡Voltereta! ¡Voltereta!

¡Qué bonito es explorar una isla desierta!

¡Podía hacer **TODO** lo que quisiera!

—¡Eh! ¡Gaviotas! ¡Tordos! ¡Pinzones! —grité al cielo—. ¡Aquí sólo estamos nosotros!

Jugué al escondite entre los árboles y nadie me encontró, ¡porque estaba **solo**!

Y finalmente me detuve a recuperar el aliento. Corriendo y saltando había llegado a una altura desde la que podía ver buena parte de la isla. Los contornos de la montaña del **Catalejo** parecían temblar en el aire bochornoso.

¡CUIIIIIIK! ¡CUARACUAC!

Vi elevarse de los pantanos a una bandada de patos salvajes: ¡los PIRATAS debían de estar llegando allí!

Después oí voces y decidí esconderme.

Me acurruqué debajo de unas MATAS, bien escondido, y ESTIRÉ las orejas para oír mejor.

Desafortunadamente sólo conseguí distinguir la voz de Silver, seca y RABIOSA, pero ¡no entendía una palabra!

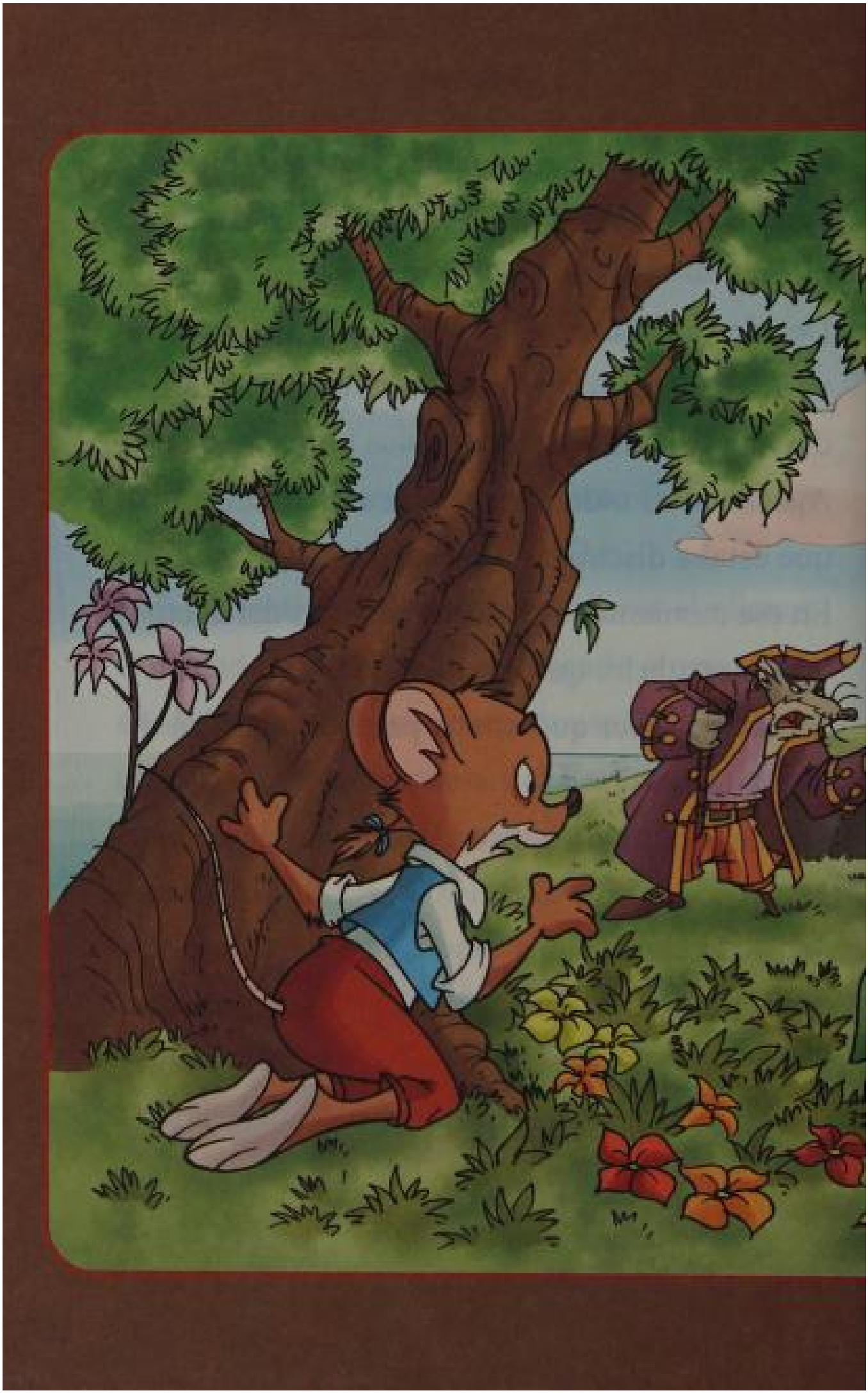
Aguzando el oído, finalmente me di cuenta de que estaba discutiendo con alguien.

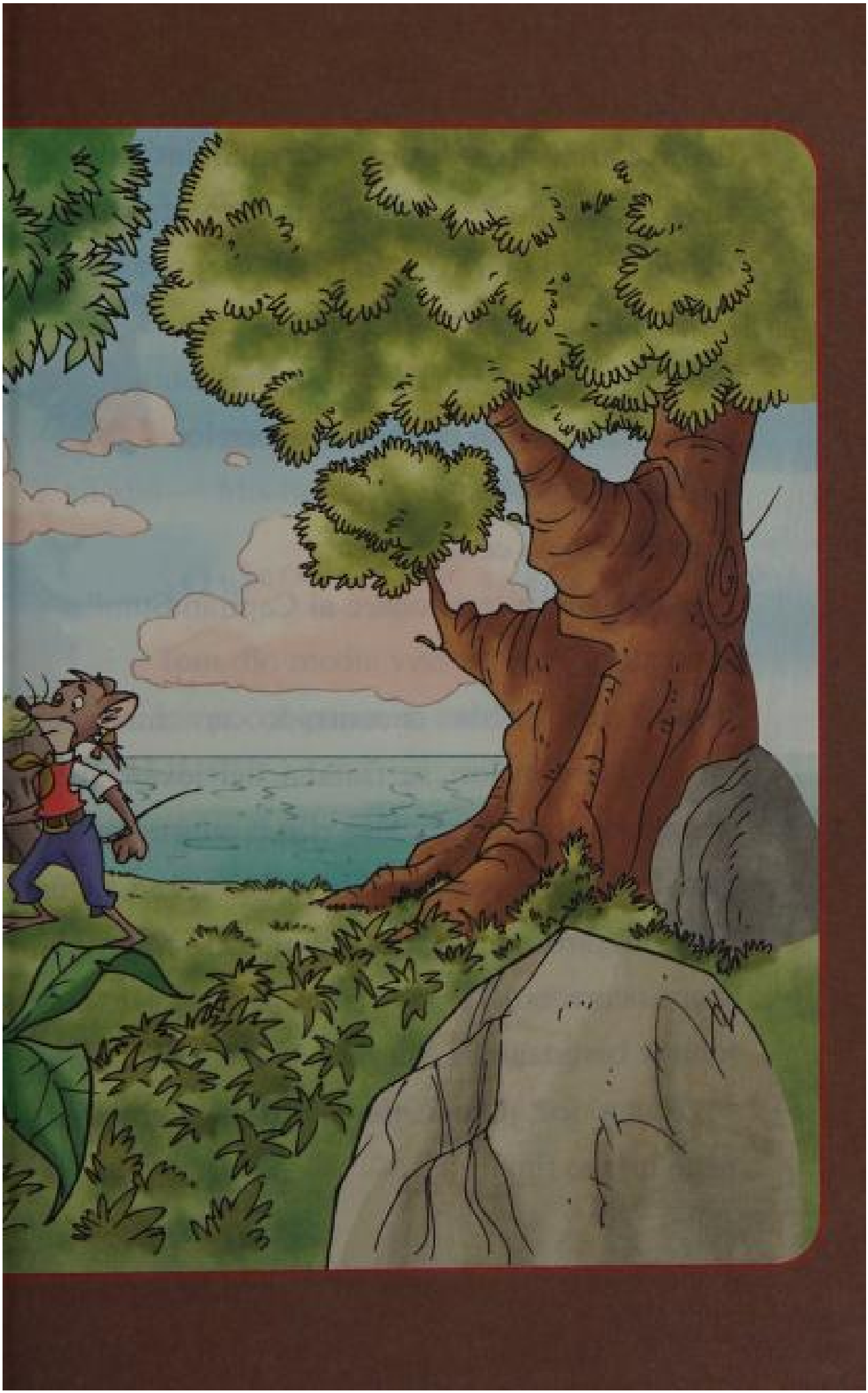
En ese momento recordé las palabras del doctor: '¡Jim descubrirá quién nos es fiel!'.

Tenía que saber qué estaba pasando más allá de los matojos!

En silencio, seguí la dirección de las voces...

... ¡y de golpe lo vi!





En un claro a poca distancia de mí, John Silver el Largo y un tipo de la tripulación se enfrentaban morro contra morro.

—¡Lo digo por ti! —gruñía John Silver con expresión feroz—. ¿Prefieres ser rico o tener que vértelas con los **tiburones**?

Pero el otro no cedía:

—¡No! ¡Nunca traicionaré al Capitán Smollet y al conde!

¡Finalmente había encontrado un marinero **fiel**! Miré mejor: se trataba del joven Tom, uno de los asignados a las velas.

Pasado un rato, se oyó ruido de lucha cerca y un grito desgarrador, seguido de un estruendo.

—¡¡¡Socorrooo!!!

John el Largo miró a Tom con **GÉLIDA** calma.

—¿Has oído? ¡Quien no está de nuestra parte tiene un feo final!

Evidentemente, en otro punto de la isla había otro marinero fiel al capitán... Pero quizá ya era demasiado **tarde** para él.

—¿Quién era? —preguntó Tom volviéndose hacia el punto de donde había llegado el grito.

—Alan —respondió Silver sin darle importancia. Y añadió—: Mis hombres se han ocupado de él.

¿Quieres que te suceda lo mismo?

Tom dio media vuelta para huir, pero a los pocos pasos se encontró frente a un **ACANTILADO**.

Debajo estaba el mar y detrás de él avanzaba Silver empuñando la muleta como una arma.

¡No había escapatoria para el pobre marinero! Me volví hacia otra parte para no asistir a aquella terrible escena. Reuní valor y cuando volví a mirar, vi un cuerpo tendido en el suelo y a Silver

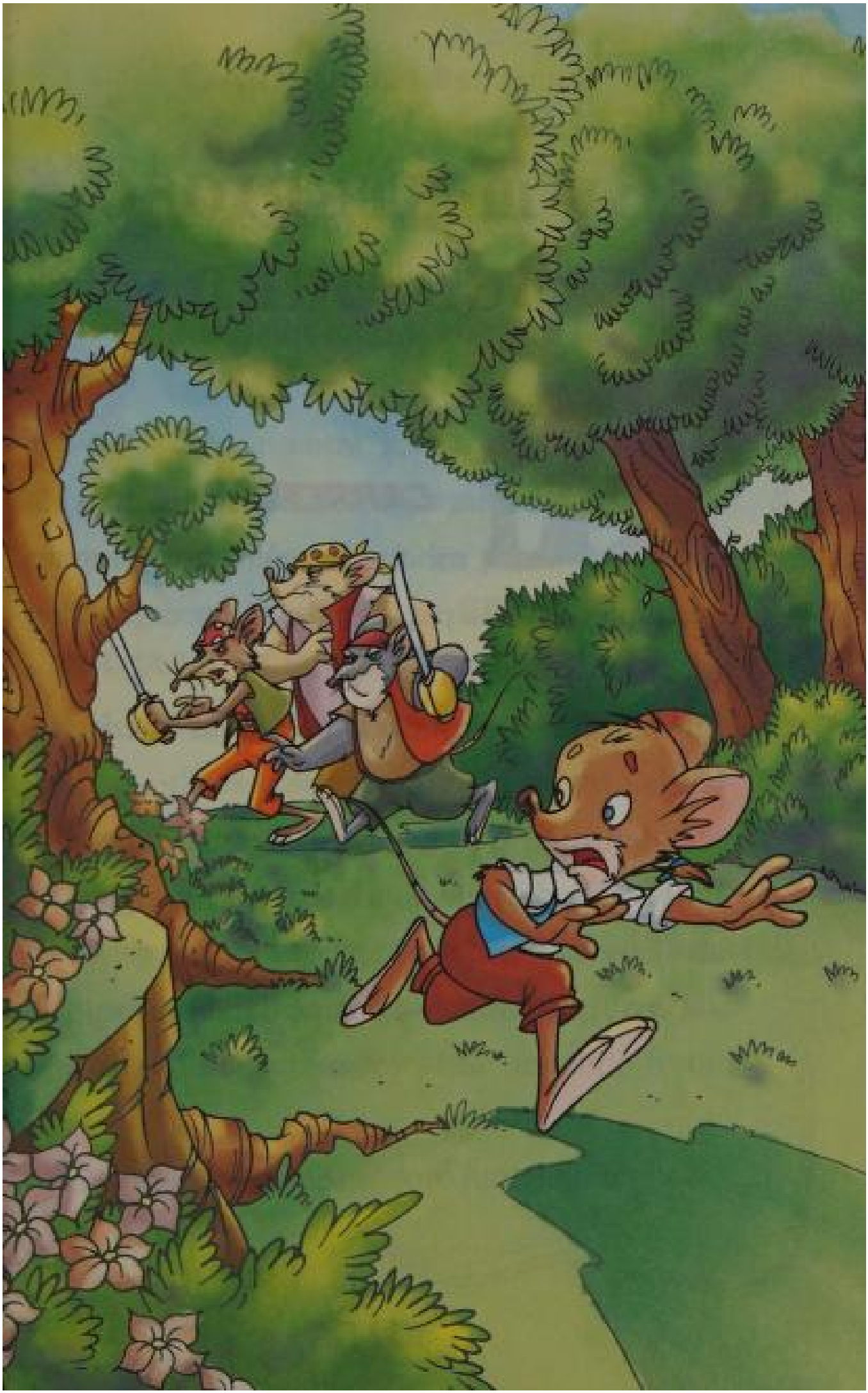
que se alejaba veloz y decidido silbando entre los dientes.

Era la señal para sus MALÉFICOS compadres.

¡¡¡Fiiiiiiiiiiiiiiiiiii!!! ¡¡¡Fiiiiiiiiiiiiiiiiiii!!!

¿¿¿Qué podía hacer???

Eché a CORRER lo más rápido que pude en dirección opuesta a la de los PIRATAS.



El misterioso Ben Gunn

La **CARRERA** nunca ha sido mi fuerte, pero ¡os aseguro que aquel día mis patas parecían las de una liebre!

En un pestañeo llegué a la parte más interior de la isla.

Me detuve... **ufff**... para retomar aliento... **ufff**... Y de repente vi algo (¿o a alguien?) arrojarse tras un árbol.

—Pero ¿qué pasa? —exclamé dando un salto atrás.

¿Quién (o qué) podía ser? La misteriosa figura zigzagueó de nuevo entre los árboles. Pensándolo bien, no me interesaba saber quién era. ¡No

quería quedarme en aquel lugar ni un segundo más! ¡Mejor, mucho mejor acabar entre las garras del pirata Silver que enfrentarme a aquella misteriosa criatura! Me di la vuelta para volver atrás, pero alguien (¿o algo?) me **CERRÓ** el paso.

—¡DÉJATE VER! —dije sacando del bolsillo mi honda e intentando reunir el coraje suficiente—. ¡Seas quien seas, Jim Hawkins te espera!

Siguieron algunos segundos de silencio absoluto. Después, de repente, el tipo **misterioso** saltó de detrás de un matojo y... ¡no podía creer lo que veían mis ojos! Se arrodilló frente a mí.

—¡Ten piedad! —me imploró juntando las patas.

—¡No le hagas daño al POBRE Ben Gunn!

Mudo de estupor, lo observé con atención. Era un tipo extraño, de aspecto desastrado, vestido con hojas de palma, harapos, trozos de vela, y todo ello atado con tiras de cuero.

—¿Y tú quién eres? ¿Un náufrago? —pregunté guardándome la honda en el cinturón.

—¡No! ¡Soy un pirata! Un pirata del Capitán Flint! —respondió alzándose.

—¿En serioooo? ¿Y qué haces en esta isla?

—Fui abandonado por mis compañeros —respondió—. Hace tres años los convencí para buscar el tesoro del Capitán, pero no lo conseguimos. Así que, para castigarme, me dejaron aquí, sólo con una hacha y un fusil.

—¿Quieres decir que el tesoro existe de verdad? —le interrumpí BRUSCAMENTE.

—¡Claro que existe! Y te aseguro que lo cambiaría inmediatamente por un trozo de queso. Hace tres años que no pruebo un trocito. ¿Por casualidad no puedes darme un poco?

—¡A bordo de nuestro velero lo hay en abundancia, pero por desgracia no sé cómo volver! —dije DESCONSOLADO.

—Eso no es un problema —respondió con expresión ASTUTA—. El viejo Ben Gunn tiene una bonita piragua escondida en una gruta, bajo la peña blanca.

Justo en aquel instante un bombazo ensordecedor rompió el silencio. ¡BOOOM!

¡Eran los cañones del *Hispaniola*!

¡La batalla había comenzado en la otra punta de la isla!

¡Vivos de milagro!

Caminé durante largo rato junto a mi compañero, que parecía conocer la isla como sus propios bolsillos. Y el ruido de la batalla cada vez era más fuerte. **¡Bang! ¡Boom! ¡Crack!**

En un momento dado, sin embargo, se hizo el silencio. El combate había terminado.

Ben Gunn y yo continuamos caminando, hasta que él señaló una bandera inglesa que ondeaba por encima de los árboles:

—Mira, Jim. Ésos deben de ser tus amigos.

—¡Eso espero, de otro modo estamos perdidos!

Nos encaramamos a un alto. Desde allí podíamos ver la bandera plantada sobre el techo de una cabaña circundada por una empalizada: ¡era el fuerte señalado en el **MAPA**!

En ese momento, Ben Gunn dijo que debía volver atrás: se uniría a nosotros unos días más tarde.

—Antes tengo que acabar algunas cosas —exclamó estrechándome la pata—. Pero si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

Lo despedí y me acerqué furtivamente al fuerte deslizándome dentro.

—¡Por mil ballenas! —gritó el conde Trelawney, echándose encima la taza de té hirviendo que estaba bebiendo.

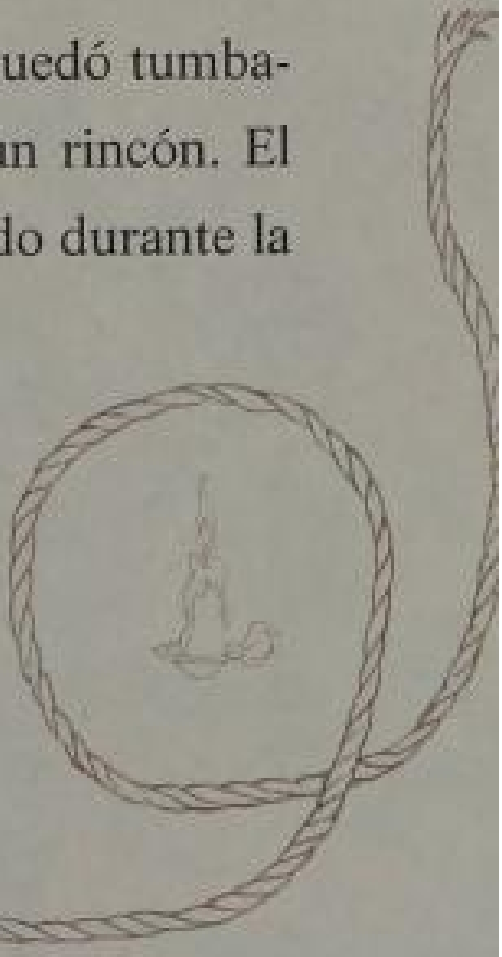
También el doctor tenía cara de haber visto a un **FANTASMA**. Después se recuperó del **ESTUPOR** y me vino al encuentro diciendo:

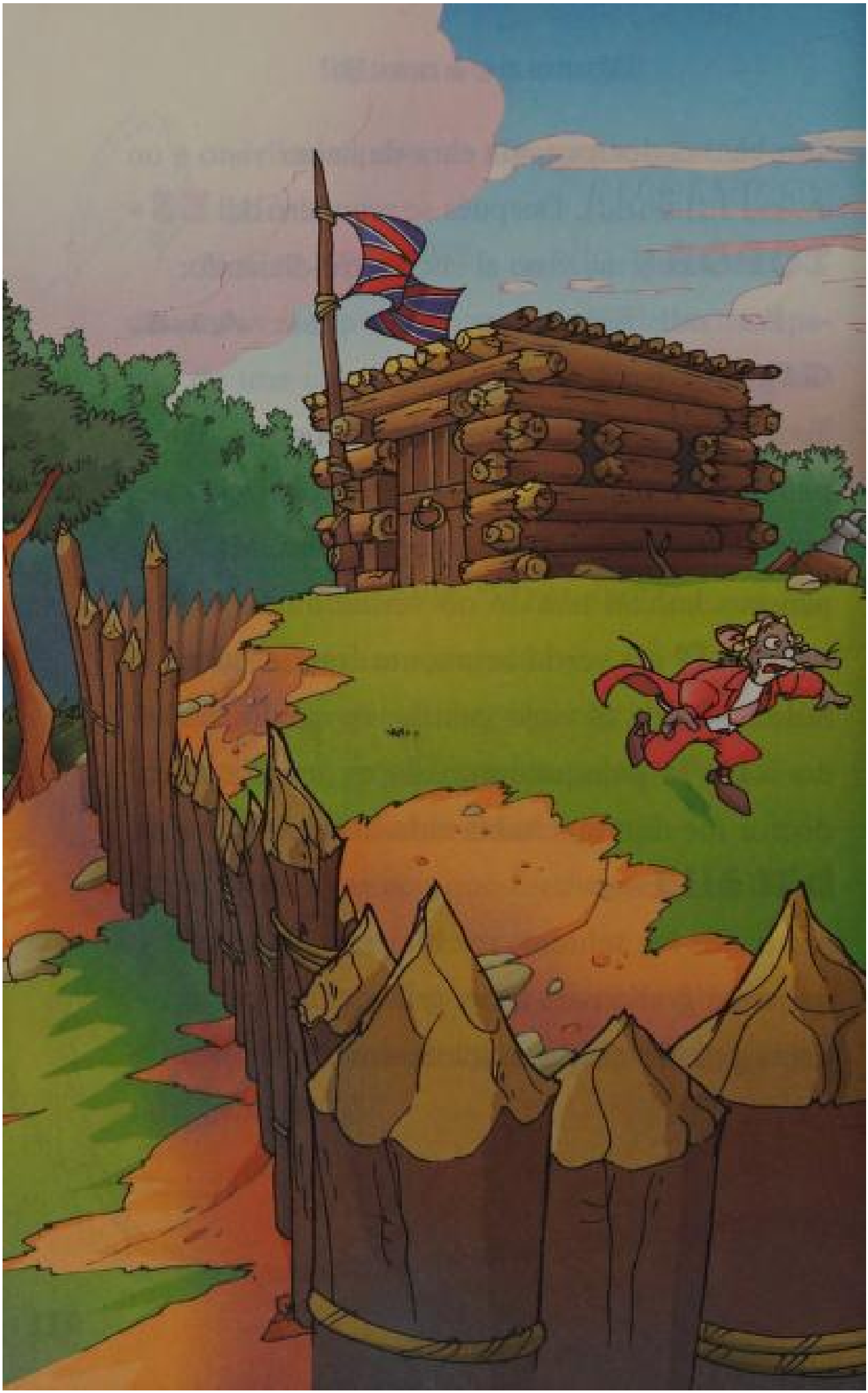
—¡Por mil filibusteros, Jim! ¡Qué **ALEGRÍA** verte!

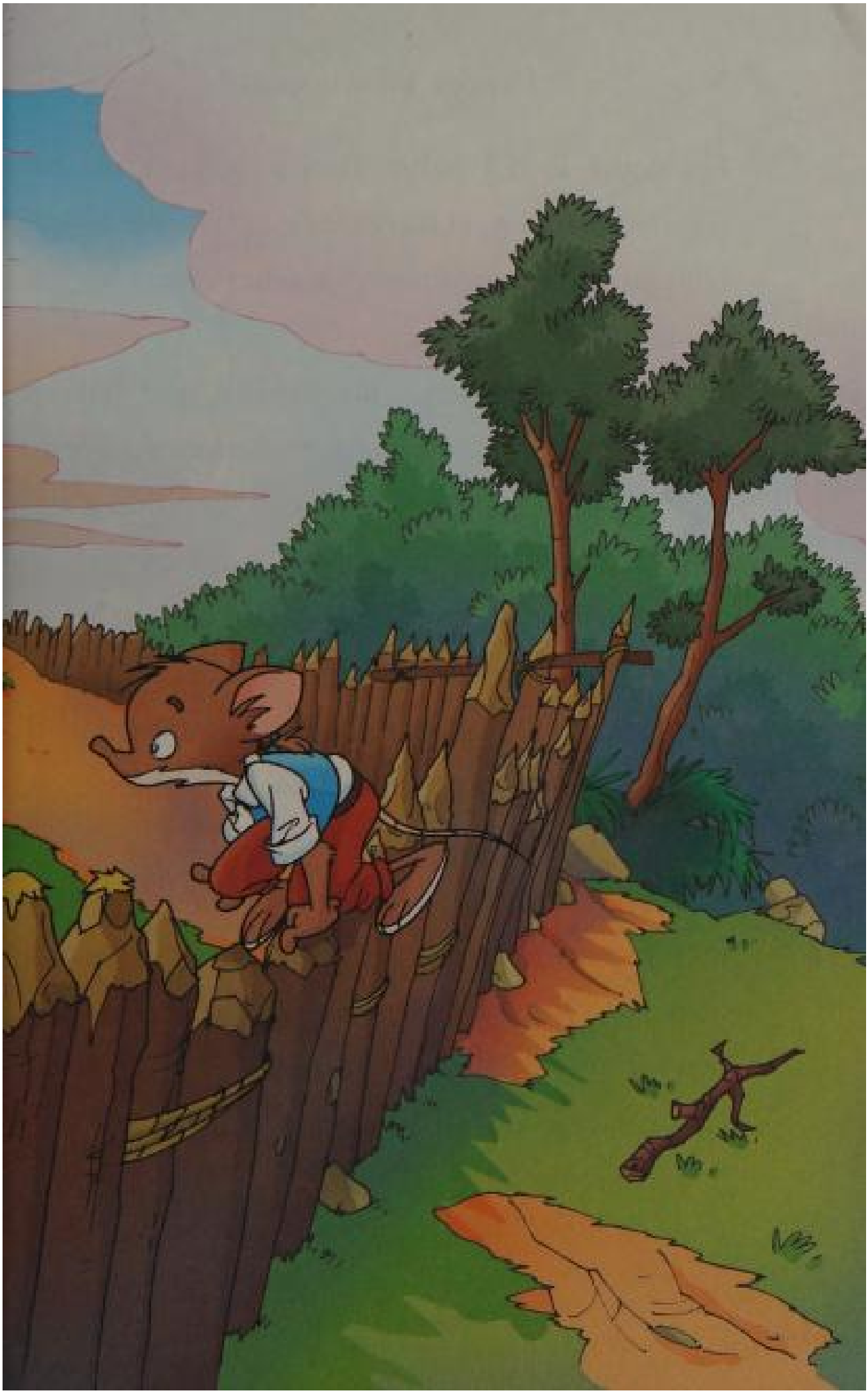
Todos corrieron a abrazarme: unos me daban palmadas en la espalda, otros, un pellizco en el morro, otros me abrazaban con fuerza. Mis compañeros habían temido no verme nunca más, y su **afecto** era verdaderamente conmovedor.

Sólo Redruth, el viejo guarda, se quedó tumbado sobre la paja amontonada en un rincón. El doctor me dijo que había sido herido durante la **batalla**.

Acabados los saludos, me hicieron un tercer grado para saber qué me había pasado después del desembarco.







Les conté lo del pobre Tom y después mi encuentro con Ben, el hombre de la isla. Pero también yo tenía curiosidad por saber cómo les había ido a ellos.

El DOCTOR Livesey me explicó que habían cargado provisiones y municiones a bordo de una chalupa y habían descendido a tierra para luego refugiarse en el fuerte.

Había sido una **gran** idea, porque en el barco Silver los habría tenido en un puño, mientras que el fuerte era más fácil de defender. Y además, allí al lado estaba el río, así que tendrían agua a su disposición.

—El problema, querido Jim —prosiguió el doctor después de haberme dado un trozo de queso—, es que no todos los piratas habían descen con Silver y, cuando han visto que nos largábamos con la COMIDA y las armas, ¡nos han disparado!

—¡Aquellos ratones **CARCELARIOS** la han emprendido a cañonazos! —intervino Trelawney—. ¡Estamos **VIVOS** de milagro!

—Desafortunadamente, la chalupa ha sido alcanzada y dos de los nuestros han sido **heridos** —añadió el doctor—. Y hemos perdido gran parte del armamento.

Aquella noche nos fuimos a acostar temprano: al día siguiente nos esperaba una **batalla** muy dura. Yo, además, estaba tan cansado que caí dormido en seguida.

Terribles **PESADILLAS** me persiguieron toda la noche.

Soñé con los piratas, Ben Gunn y el Hispaniola.

BANDERA BLANCA

A la mañana siguiente fui el último en despertarme.

Los demás se habían levantado al alba.

Oía un gran trasiego y muchas voces.

—¡Una bandera blanca! — GRITÓ uno de los nuestros.

—¡Atención, es Silver! —añadió otro.

Al oír ese nombre, salté fuera de la cama y corrí a una aspillera en la empalizada.

Allí estaba el protagonista de mis pesadillas: John Silver el Largo, que avanzaba riendo en la

gélida **NIEBLA** de la mañana, al lado de un PIRATA con un trapo blanco entre las manos.

—Yo me ocupo —susurró el capitán—. ¡Sospecho que es una trampa!

—¿Qué quieres, viejo bucanero? —le gritó desde una aspillera.

—¡Hablar! —gritó Silver. Y agitando el trapo añadió—: ¿Veis? ¡Vengo en son de paz!

Hummm... Hummm... Nos miramos dudosos.

—¡Sólo quiero llegar a un acuerdo! —continuó Silver deteniéndose.

El Capitán Smollet nos hizo señas de estuviéramos en guardia:

—Está bien, acércate. ¡Pero nada de tretas!

Ayudándose con la muleta, John saltó por enci-

ma de la empalizada como un lebrato. ¡Era verdaderamente ágil! Ahora, el capitán y el pirata se encontraban uno frente al otro.

—Estamos decididos a encontrar el **TESORO** —dijo Silver con atrevimiento—. Y si le tenéis apego a vuestro pellejo, dadnos el mapa. Así volveremos a casa todos sanos y salvos.

—SANOS Y SALVOS... ¡CRAAA! SANOS Y SALVOS... —le hizo eco el loro.

—¡Ni lo sueñes! Rendíos y cuando volvamos a Inglaterra tendréis un juicio justo —dijo el Capitán con voz HELADA.

Silver cambió de EXPRESIÓN. ¡Sus ojos parecían de fuego!

Se volvió para irse con sus ratones, pero antes nos miró una vez más:

—¡Si no os rendís dentro de una hora, ASALTARÉ el fuerte y os convertiré en picadillo!

Saltó la empalizada y desapareció entre los árboles. El Capitán dio la orden de prepararnos para el ataque.

—¡A sus puestos de combate! —tronó.

Los vigías volvieron en seguida hacia las aspilleras, mientras los demás comenzaban a cargar los mosquetes.

Alguien ENCENDIÓ el fuego.

El conde, que tenía una **PUNTERÍA** óptima, vigilaba el lado norte de la cabaña.

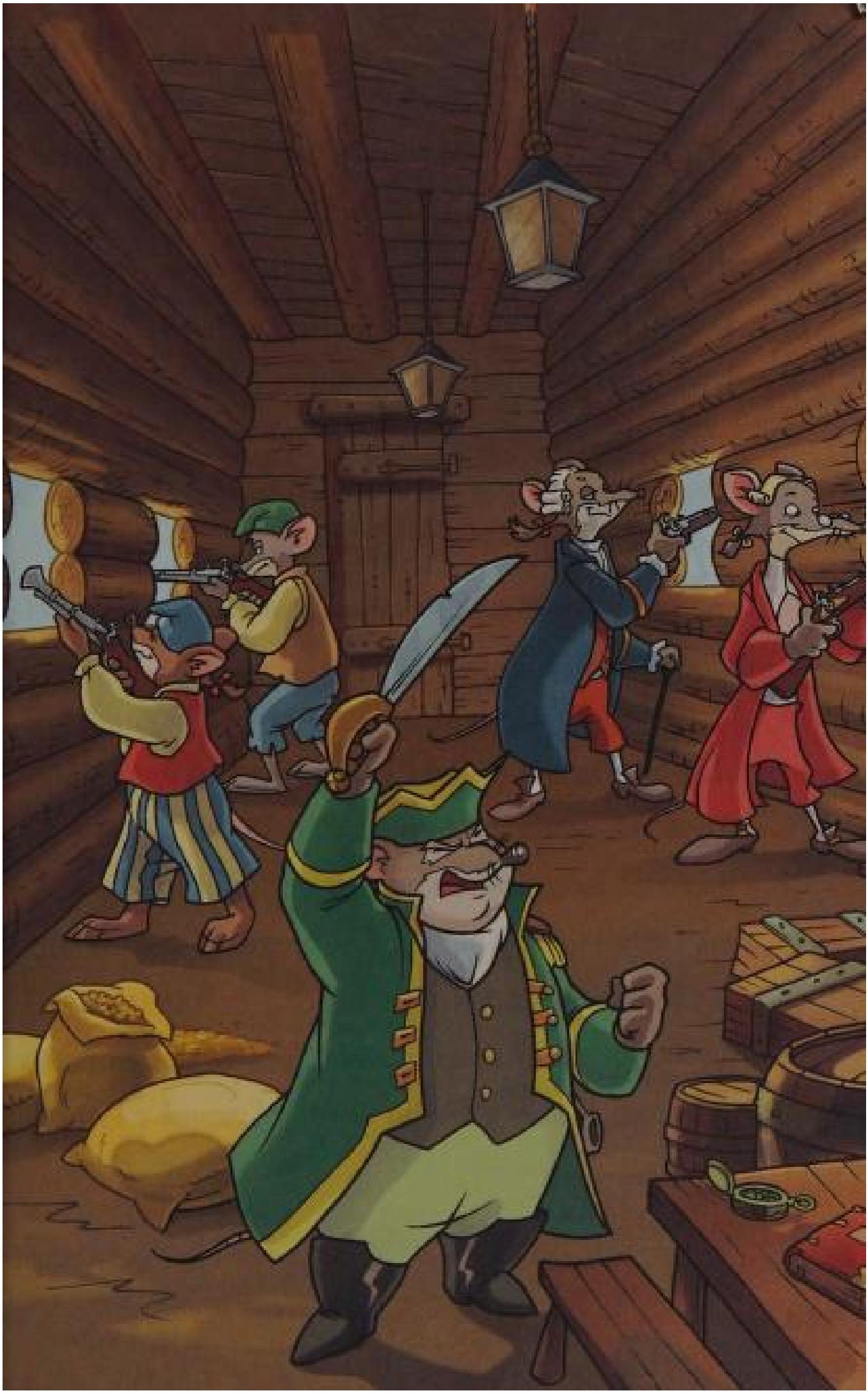
Todos estaban en sus puestos, con los fusiles al hombro.

Yo tenía el cometido de recargarlos.

¡Por mil filibusteros! ¡Esos truhanes lo pagarán caro!

—exclamó el doctor.

—¡Les daremos una buena lección! —añadió el Capitán.



—**¡Síííííí!** —gritamos a coro. Estábamos listos para la batalla, y si los piratas hubieran mostrado su feo morro... ¡se lo habríamos aplastado!

Una hora después aún no había pasado nada.

Estaba pensando en echarme una siestecita cuando de repente...

¡PAM! **¡PUM!** **¡PIM!** **¡PAM!**

¡Los piratas atacaron disparando a lo loco!

Joyce, el ayuda de cámara del conde, fue el primero de los nuestros en responder al fuego.

—¿Le has dado a alguien? —preguntó el Capitán.

—¡A nadie! —respondió Joyce.

La batalla no empezaba bien...

Todos persiguen a todos

Oía las balas silbar por encima de mi cabeza desde todos lados.

Por una aspillera vi a algunos piratas CORRER desde el follaje y escalar la empalizada.

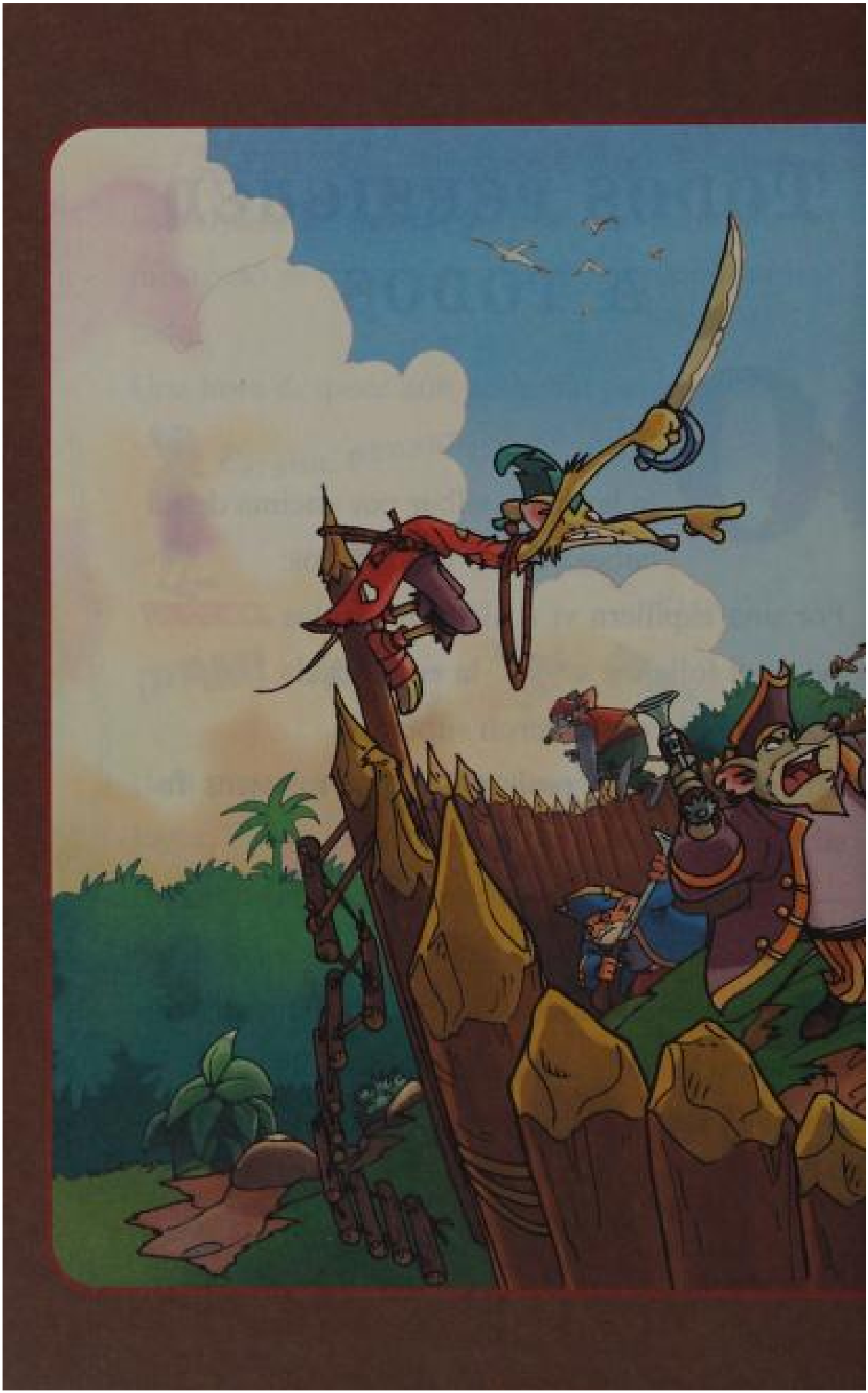
Sólo cuatro consiguieron superarla.

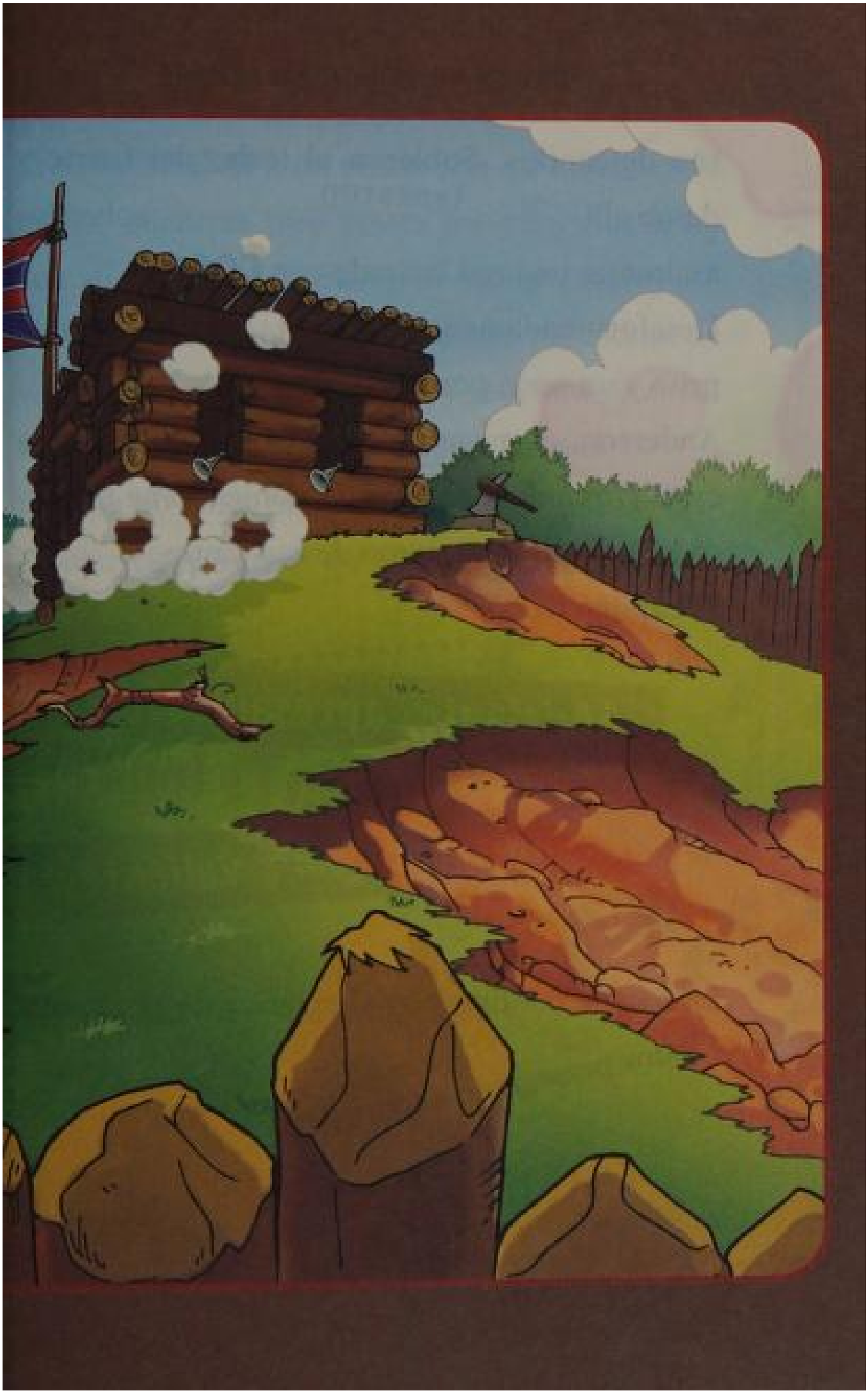
Los otros fueron rechazados por nuestros fusiles.

—¡Ay! ¡Uy! ¡oy! —gritaron escapando a todo correr.

Los cuatro que habían superado la empalizada corrieron hacia la cabaña gritando y disparando.

Hunter y Joyce, los sirvientes del conde, intenta-





ron detenerlos. Subieron al techo del fuerte y desde allí lanzaron sobre los asaltantes una red lastrada con **COCOS**.

Desafortunadamente, fallaron, un poco por la prisa y un poco por la inexperiencia.

Anderson, el mismo PIRATA bigotudo que en el *Hispaniola* se divertía poniéndome la zancadilla, incitaba al grupo de asaltantes.

El capitán tronó:

- ¡Adelante, apresadlos!

- ¡Todos fuera, mis valientes!

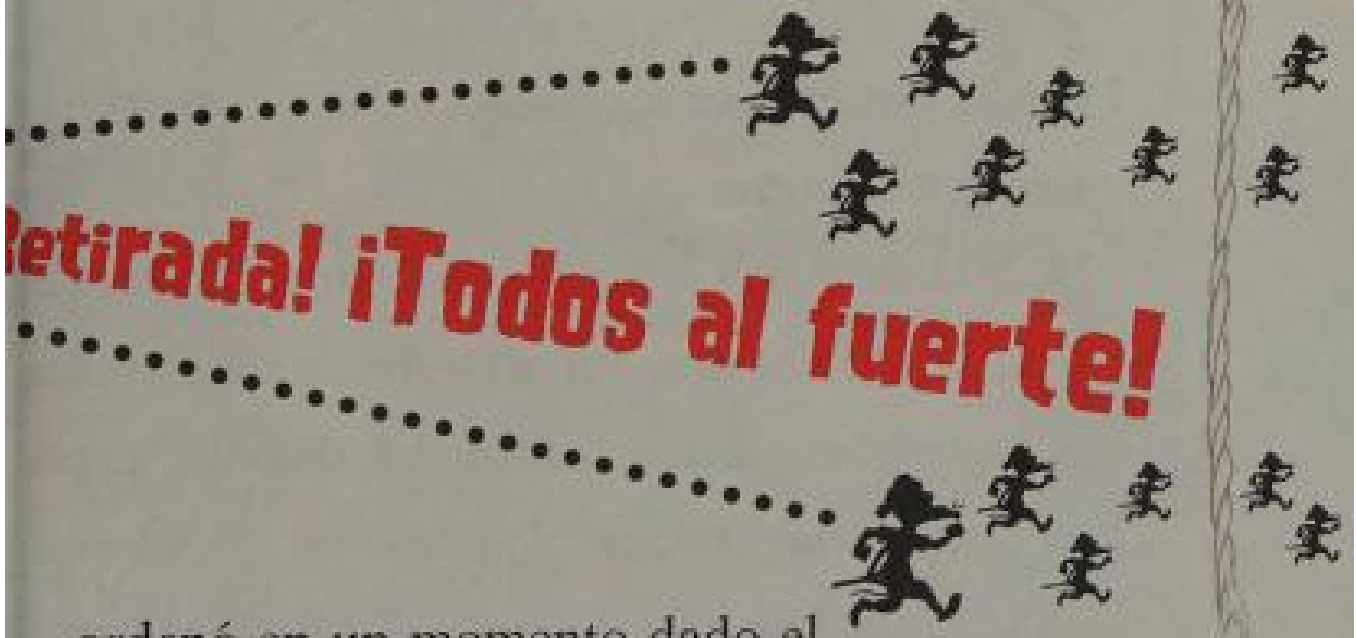
La batalla continuó en el exterior de la cabaña.

¡Todos perseguían a todos!

¡Yo PERSEGUÍA a un pirata con mi honda en la mano, mientras otro pirata me perseguía a mí con su sable en la mano; el doctor Livesey corría tras un bucanero colina abajo, parándose de vez en cuando para apuntar y recobrar el aliento, mientras otros dos lo perseguían a él!

Parecía no tener fin.

Se oían **disparos**, **gritos**, **golpes**...



¡Retirada! ¡Todos al fuerte!

—ordenó en un momento dado el Capitán Smollet.

Me precipité hacia el fuerte, pero fui obligado a pararme.

—¡Quieto ahí! —amenazaba Anderson intentando **CORTARME** el paso.

¡Alehop!

De una pirueta conseguí escabullirme, pero llegaban otros piratas.

'¡ES EL FIN!', pensé. Afortunadamente el conde no erró el tiro. Algunos de aquellos truhanes cayeron al suelo, mientras los demás escapaban como si tuvieran un demonio en los talones.

—¡Bien, ya han tenido suficiente! —exclamó *satisfecho* el Capitán estallando en una sonora carcajada.

¡JO! ¡JO! ¡JO! ¡JO! ¡JO!

¡QUÉ TIPO TAN VALIENTE!

Solo frente a la aventura

Como había dicho el Capitán Smollet, por ese día los amotinados habían tenido suficiente, y nosotros nos dedicamos a **CURARNOS**.

Algunos habían acabado con **moretones**, a otros les había ido peor. Pero por suerte estaba el doctor, ¡listo para desinfectar y vendar las **HERIDAS**!

Después de haber curado a todos, el doctor cuchicheó con el conde y el capitán.

PSSSS PSSSS PSSSS PSSSS

Después cogió el sombrero, el mosquete y el **MAPA** del tesoro, y salió en dirección al **pantano**.

—¿El doctor Livesey se ha vuelto loco? —preguntó el marinero Gray, que no entendía el motivo de su salida.

—¡En absoluto! Más bien ha ido en busca de un viejo amigo mío: ¡Ben Gunn! —respondí.

El sol iba tostando el fuerte y nuestros **PELLEJOS**. La cabaña estaba cada vez más caliente. Pensé en el doctor, que caminaba a la sombra de los pinos, en la frescura del bosque... ¡y decidí que no me quedaría en aquel lugar ni un minuto más!

Me metí en el bolsillo un poco de queso y galletas, cogí una pistola cargada, un cuchillo, y me deslicé fuera de la cabaña. Nadie me vio. Estaban todos **cansadísimos** después de la batalla.

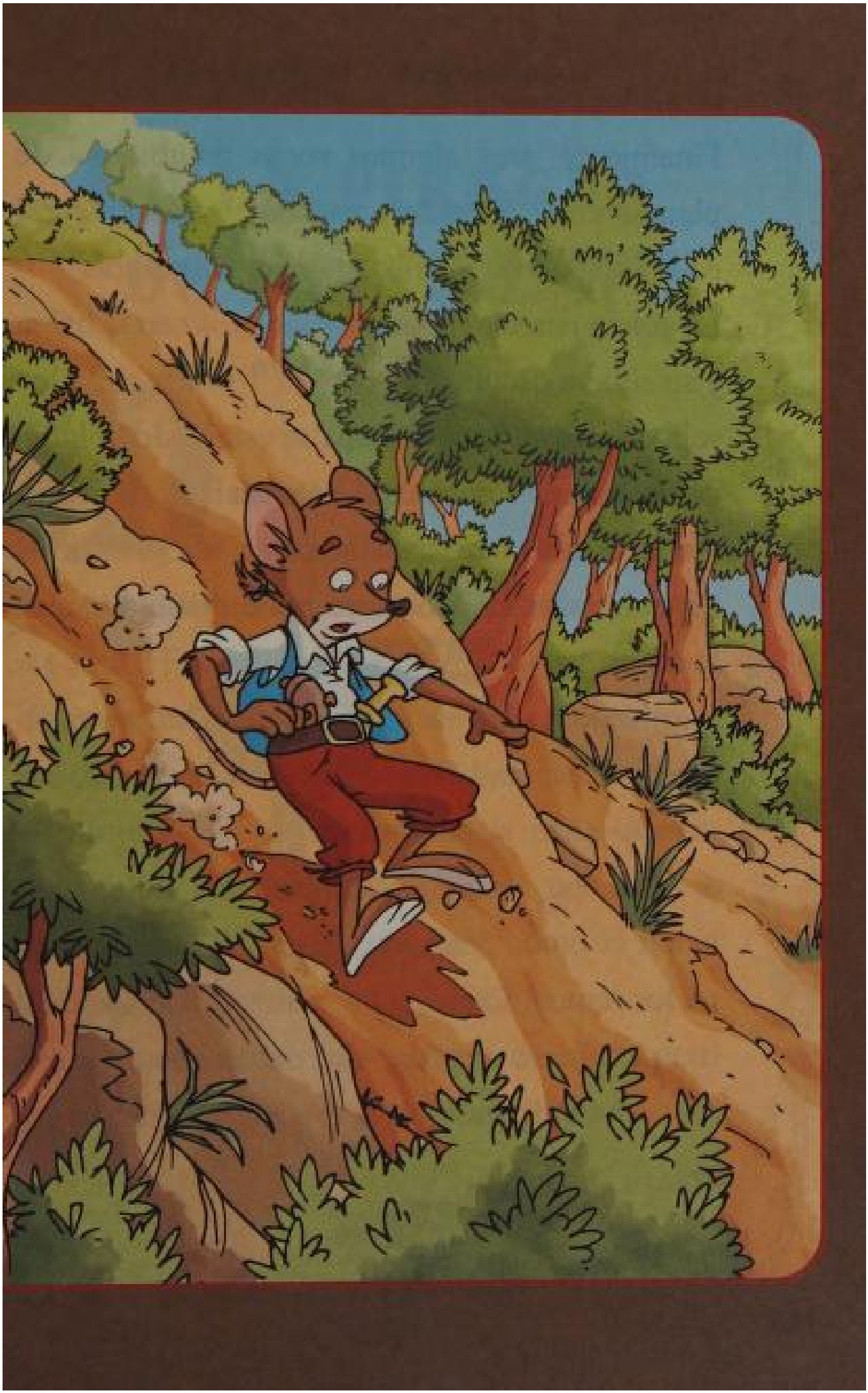
Debía encontrar la piragua de Ben Gunn bajo la peña blanca, así pillaría a los PIRATAS por sorpresa.

VAMOS VAMOS VAMOS

Corrí tan rápido como pude a lo largo de la montaña y alcancé el límite del bosque.

Desde allí empecé a descender hacia la orilla del mar a través de la espesa VEGETACIÓN. Quería llegar a la playa sin dejarme ver por los piratas que se encontraban en el *Hispaniola*, después cogería la barca de Ben Gunn y con ella intentaría alcanzar el barco.

Avanzar entre los matojos, las zarzas y los hierbajos no era fácil, así que me llevó una hora de camino. Después oí el sonido de la resaca y justo después, un soplo de aire fresco y salobre. ¡La orilla no podía estar l e j o s !



Finalmente, tras algunas rocas recubiertas de plantas ESPINOSAS, ¡estaba el océano! Azul e **INMENSO**. ¡Y allí estaba el *Hispaniola*!

La goleta parecía reposar *tranquila* en la bahía y su silueta oscura destacaba nítida en la luz roja del ocaso. Una chalupa se estaba descolgando del barco. Y dentro de ésta estaba... ¡John Silver el Largo!

En el hombro del cocinero pude distinguir a su loro.

—¡Por mil papagayos flacos! —chilló el animal.

¡A los remos! Craaa...

En la piragua de Ben Gunn

Mientras la chalupa de Silver alcanzaba la playa, yo me quedé escondido entre los matojos, a un paso de la arena. Esperé la oscuridad de la noche y después me arrastré fuera de mi escondrijo, y me dirigí hacia el final de la lengua de arena, en el punto donde se encontraba la peña blanca. ¡Escondida en una gruta encontré una especie de barquita, 'la bonita piragua', como la había llamado Ben Gunn!

Era pequeña como una cáscara de nuez, pero me pareció perfecta para mi objetivo.

'No será difícil de llevar',

pensé mientras daba el empujón inicial apoyando el remo contra la roca.

La oscuridad total no me ayudaba en absoluto. Sólo una pálida luz en lontananza me señalaba la posición del barco.

La corriente me empujaba hacia el *Hispaniola*, justo como había previsto.

Pero también me arriesgaba a que la corriente me lanzase contra la goleta, ¡y eso no lo había previsto! Ayudándome con el remo, conseguí no chocar contra el casco y poco después me di cuenta de que

las olas también podían arrastrarme más allá del ba

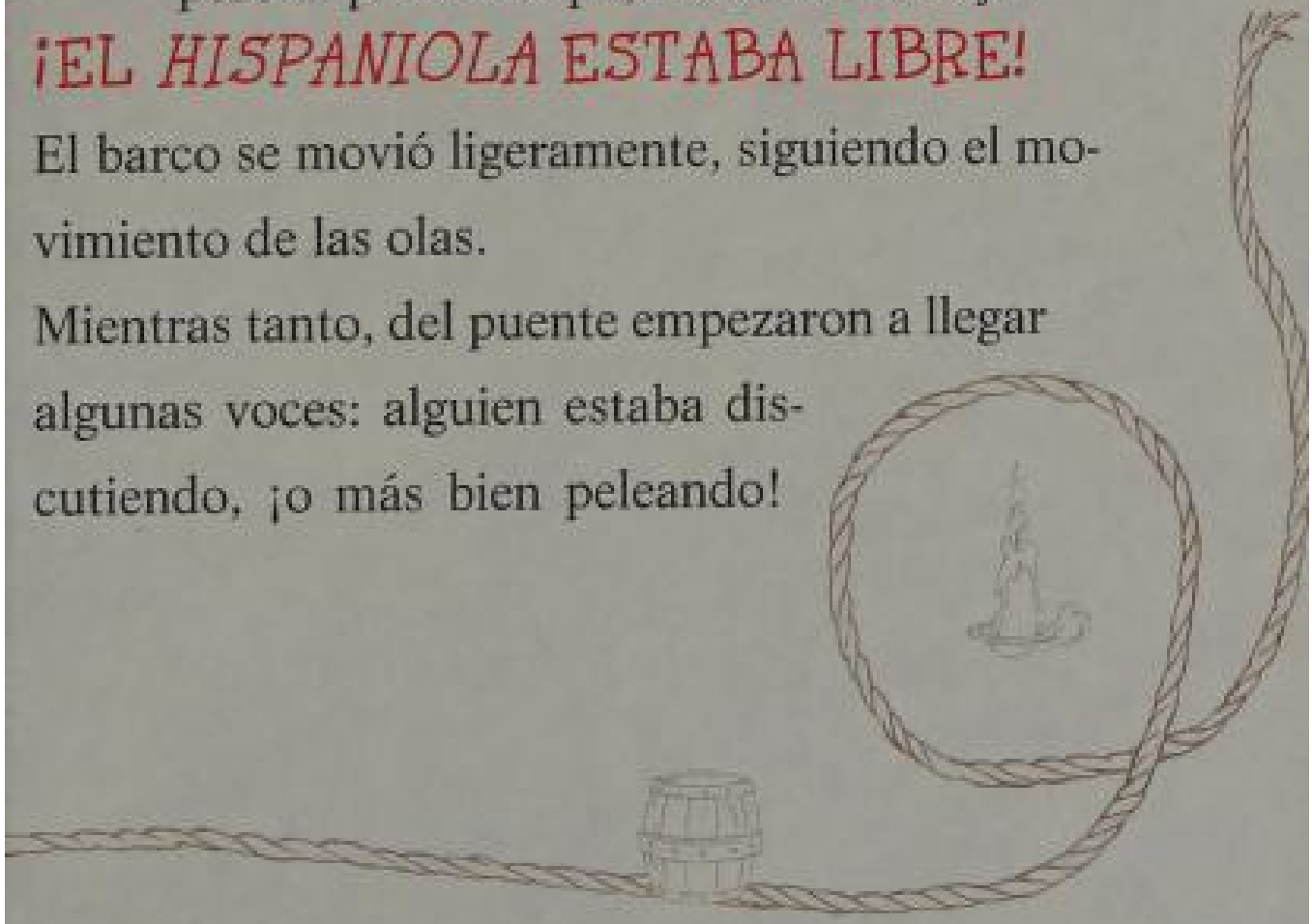
Entonces vi algo que sobresalía del agua: ¡era la soga del ancla!

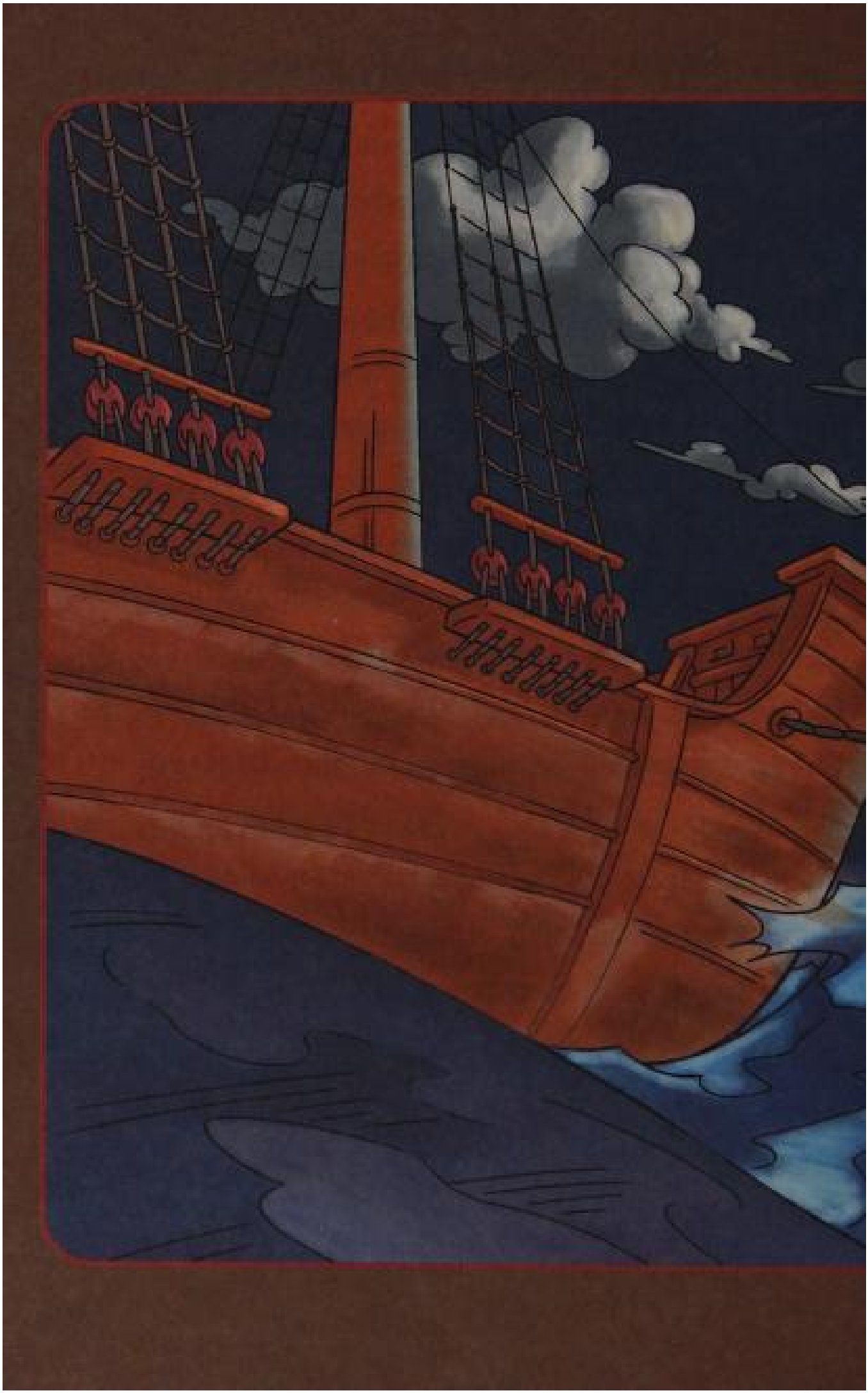
Me detuve a pensar unos instantes: quizá la **gruesa** cuerda podía serme útil. Si consiguiera **CORTARLA**, la corriente arrastraría al *Hispaniola* hacia la isla, justo a la bahía escondida que sólo Ben Gunn y yo conocíamos. Sin pensarlo dos veces me puse de pie en la piragua y, aferrándome a la CUERDA tensa, empecé a cortarla con el cuchillo. Fue más difícil de lo previsto porque la cuerda era muy gruesa, pero al poco tiempo, acabé mi trabajo.

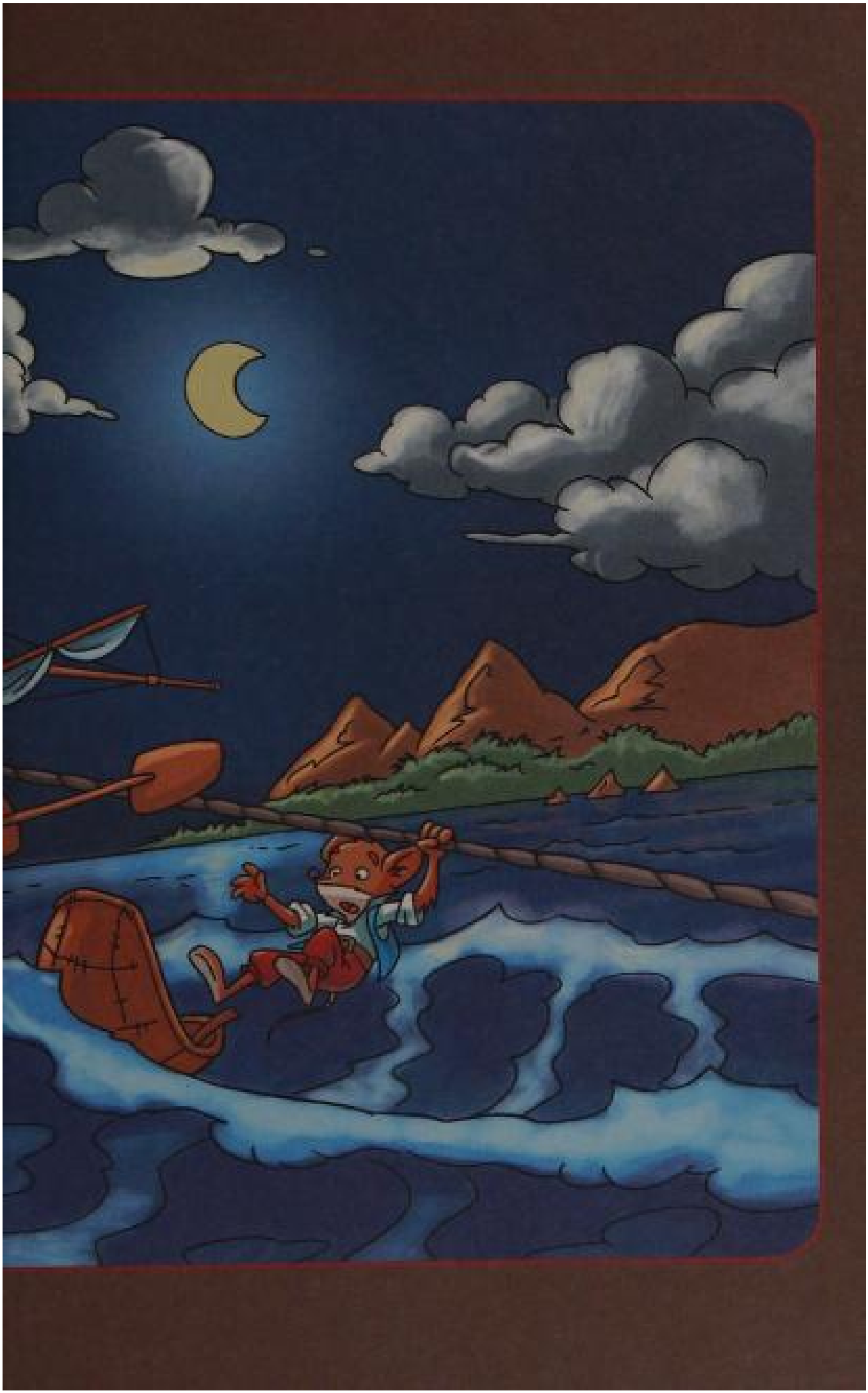
¡EL *HISPANIOLA* ESTABA LIBRE!

El barco se movió ligeramente, siguiendo el movimiento de las olas.

Mientras tanto, del puente empezaron a llegar algunas voces: alguien estaba discutiendo, ¡o más bien peleando!





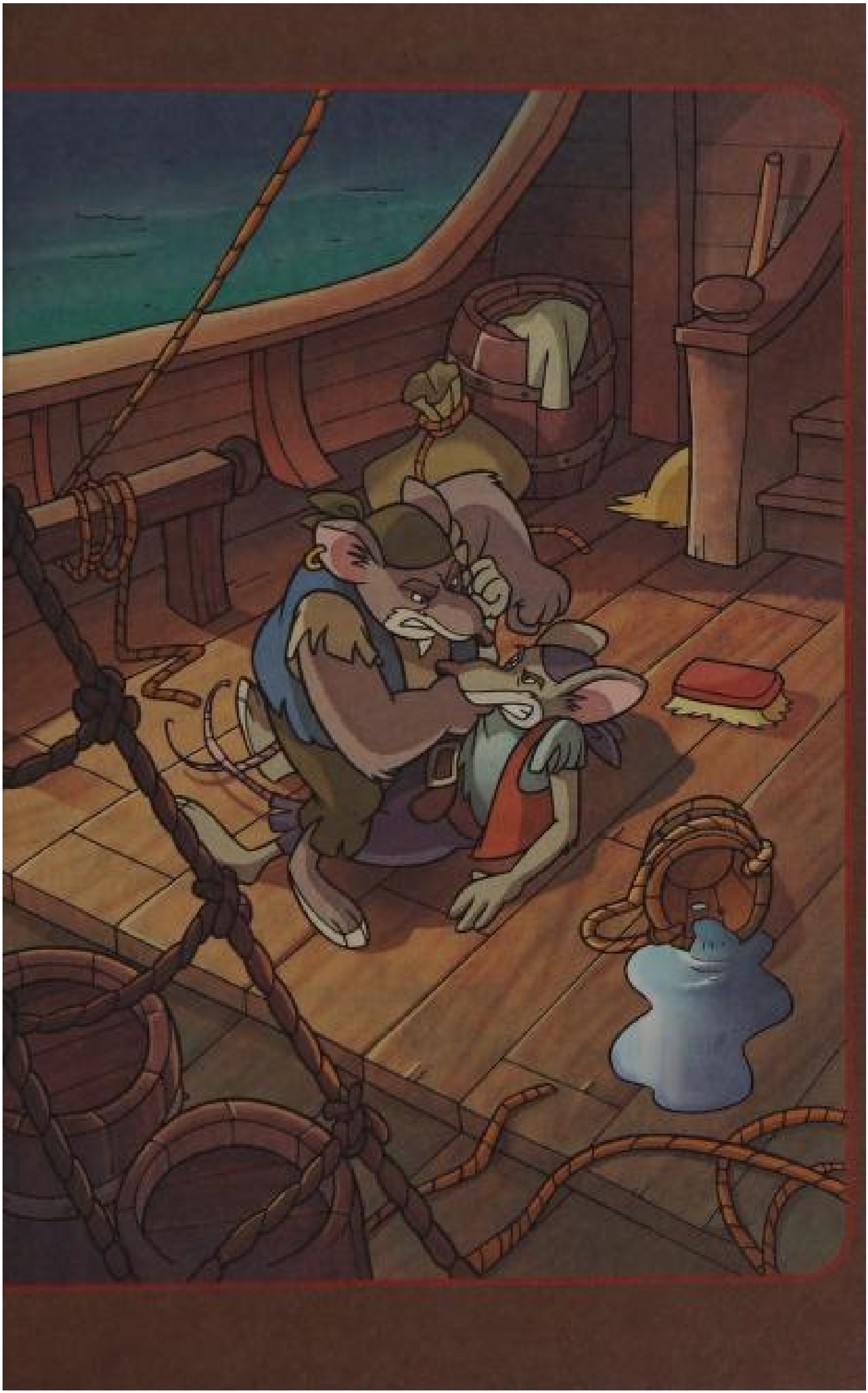


Remando con cautela, me acerqué a la cuerda que ahora pendía del barco. Tenía que subir por ella, lo justo para echar un vistazo y decidir qué hacer.

¡Uff! ¡Uff! Cansado, llegué a la altura del puente. A pesar de la oscuridad reconocí a Hands, con su *inseparable* aro en la oreja, y a O'Brian, que se **ZURRABAN**.

Desgraciadamente no conseguí ver nada más porque un **BRUSCO** viraje del barco me hizo caer sobre la piragua.

En seguida me di cuenta de que algo no iba bien. Contrariamente a lo previsto, el barco se estaba dirigiendo a mar abierto, lejos de la isla.



¡QUÉ DESASTRE!

pensé. '¡El *Hispaniola* está perdido, para siempre!'

Exhausto y **desmoralizado**, me dejé caer en la piragua. Las emociones de aquella noche me habían dejado sin energías, y al cabo de pocos segundos me dormí profundamente,

ACUNADO POR EL MOVIMIENTO DE LAS OLAS.

¡Yo soy el capitán del barco!

Cuando me desperté ya era de día. Me encontraba al otro lado de la isla, donde en lugar de **playa** había arrecifes. Demasiado altos para arribar, y entonces... **¡UUPS!**

Los arrecifes estaban repletos de enormes leones marinos. No me quedaba más remedio que dirigirme a lo largo de la costa y después alcanzar la bahía de la que había partido. Con unos golpes de remo me alejé de allí y empecé a cabalgar las enormes olas que me empujaban lejos... ¡demasiado lejos!

En un santiamén me encontré en mar abierto, lejísimos de la isla. El sol estaba alto y tenía una sed terrible. ¡Habría dado lo que fuera por un sorbo de agua! ¡Entonces, tras un rato, una visión! ¡Frente a mí apareció el *Hispaniola*! Apenas se **movía**, con las velas blancas aflojadas por la falta de viento.

Hice acopio de un poco de energía: en la nave encontraría algo para beber. Remé con las fuerzas que me quedaban, pero comprendí que no sería fácil subir a bordo. Las olas altísimas me alejaban y acercaban peligrosamente al casco. ¡Después, de repente, el golpe de suerte! Una ola me subió a la altura del puente y entonces... **¡Ooop!** Me lancé con todas las fuerzas y conseguí aferrarme a la baranda. ¡Justo a tiempo! ¡Porque pocos instantes después la piragua

fue embestida y **destruida** por el *Hispaniola*!

EL PUENTE ESTABA DESIERTO.

Había comida esparcida por todos lados y botellas rotas. Vi a O'Brian muerto, TIESO en el suelo, y poco más allá a Hands, que **roncaba** como un trombón. ¿Qué hacer?

—¡Tengo hambre! ¿Despertarlo o *tirarlo al mar*?

Hands se había despertado y me miraba con ojos nublados.

—¡Grumete, *tráeme* algo de comer!

Bajé al camarote: estaba todo patas arriba. La lucha entre los dos piratas debía de haber sido realmente **FURIOSA**.

De vuelta en el puente, bebí un trago de agua mientras Hands comía.

—¡Ahora yo soy el capitán del barco! —exclamé mientras descolgaba la bandera negra.

—Está bien. Como me has traído el queso te ayudaré a guiar la nave hacia el fuerte —me propuso Hands.

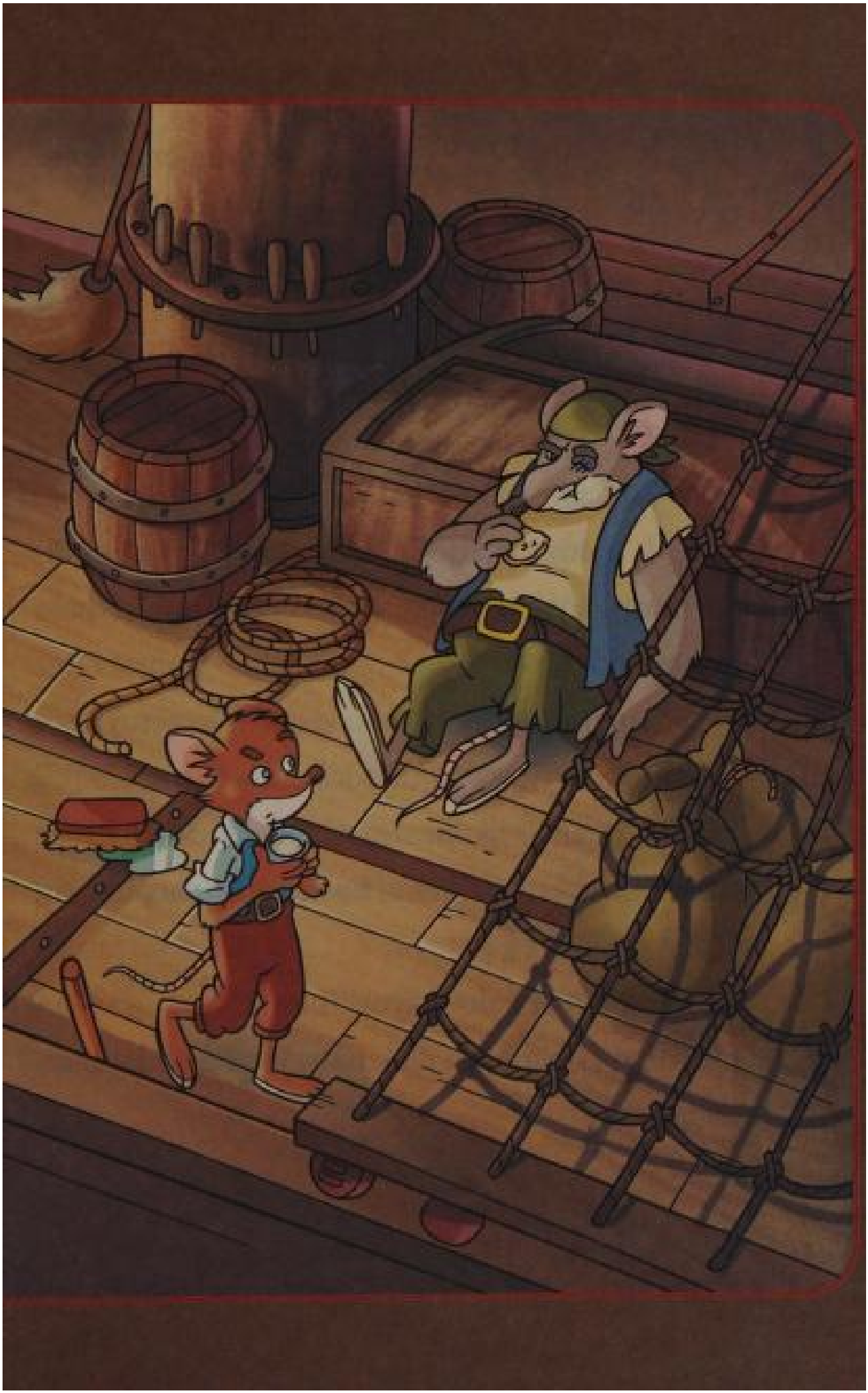
No me fiaba de él.

Pero necesitaba su ayuda.

Se puso al timón y la nave enfiló **VELOZ** hacia la bahía escondida.

—¡Tráeme más comida! —me pidió de nuevo con una extraña expresión.

En seguida me di cuenta de que se trataba de una trampa.



Fingí descender bajo cubierta, pero en cambio di la vuelta al puente y subí al castillo de proa. Hands, sin embargo, fue más pícaro y, cuando me volví, me atacó con un puñal.

'Esto es el fin', pensé.

Pero la suerte me ayudó una vez más: un repentino viraje del *Hispaniola* hizo perder el equilibrio al pirata. Pillé la ocasión al vuelo y me encaramé al palo mayor.

—¡Si intentas subir te dejo seco! ¡No estoy bromeando! —grité, apuntándolo con la pistola.

Hands intentó golpearme. Desesperado, hice fuego. Le acerté de lleno, haciéndolo caer al mar.

¡SPLASH!

Apoyado en el palo mayor di un suspiro de alivio mientras el barco se alejaba veloz hacia la ensenada.

¡En la trampa!

Estaba realmente satisfecho de mí mismo. Había derrotado a dos piratas de un solo golpe y ahora el *Hispaniola* estaba seguro en la bahía, listo para devolvernos a casa junto al **TESORO**.

Esperé a que oscureciera, después descendí del barco y subí la pendiente que llevaba al bosque. Ya imaginaba mi llegada al fuerte. Me llenarían de abrazos y felicitaciones. Estaba *felicísimo* y, caminando a través del bosque, llegué en seguida a la empalizada.

'Mejor ser prudente', pensé mientras me acercaba. 'En la oscuridad podrían confundirme con un PIRATA.'

—¡Roooonf... fiii! ¡Roooonf... fiii!

¡Qué concierto, chicos!

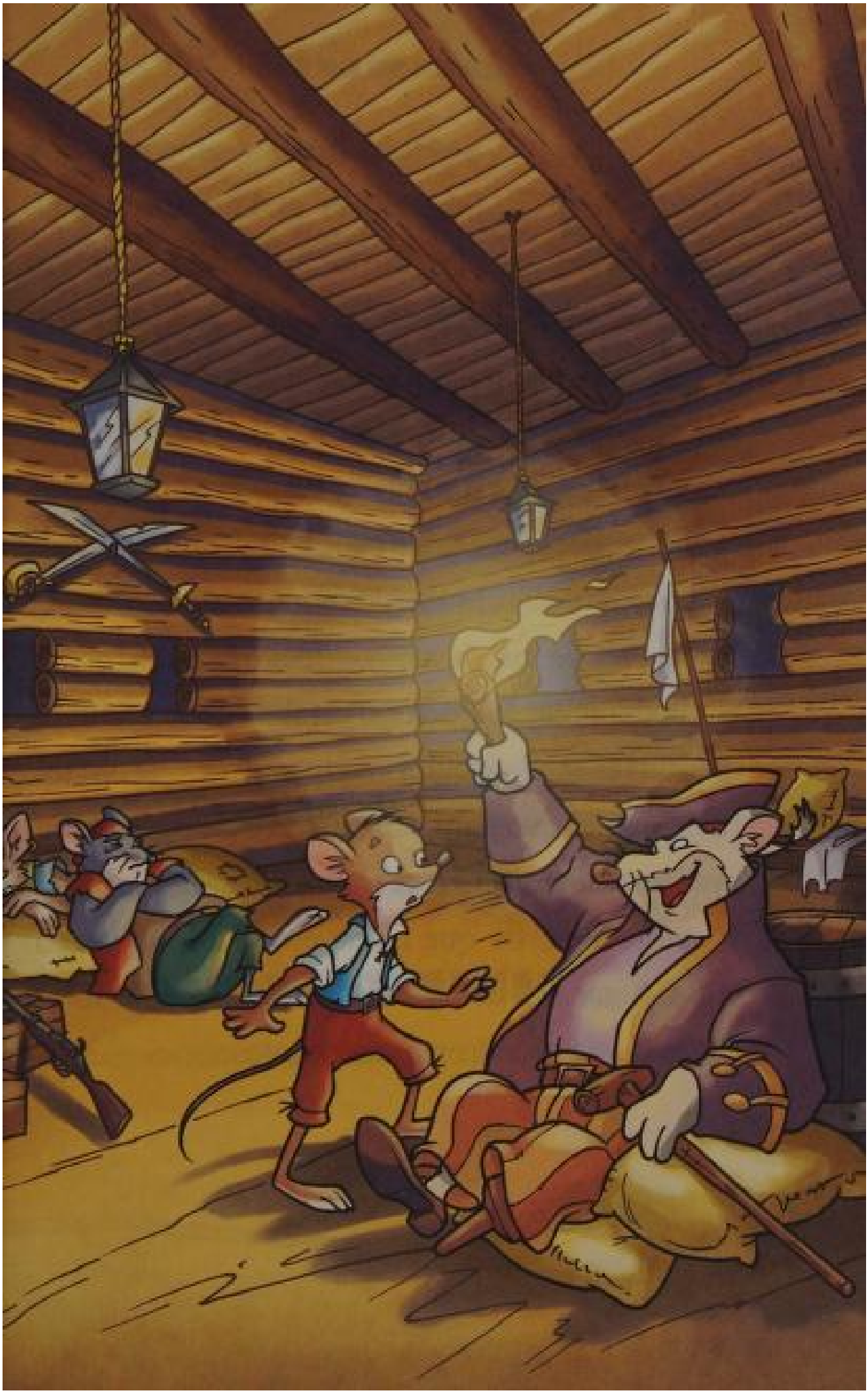
¡Dentro de la cabaña roncaban todos!

Me acerqué de puntillas, empujé la puerta y entré. De repente, el grito de un loro rompió el silencio, como el estallido de un cañonazo:

—¡Al abordaje! Craaa... ¡Al abordaje! Craaa... ¡Por mil papagayos flacos! ¡*Capitán Flint*! ¡El loro de Silver!

En ese instante, alguien me agarró de una pata y otro encendió una antorcha.

¡Había caído en la trampa!



—¡Hola, Jim! —me saludó John Silver el Largo con una sonrisa burlona. Estaba sentado en un saco y acariciaba a su loro.

—Lo siento, pero tus amigos ya no están.

Durante unos instantes temí lo PEOR, pero Silver se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—No te preocupes, JOVENCITO. Simplemente han aceptado mi proposición: su vida a cambio del fuerte, de los víveres y... ¡del **MAPA**!

No podía creer lo que oía, estaba convencido de que Silver me la estaba JUGANDO. Y mi rabia era tal que para vengarme decidí contar mi aventura nocturna en el *Hispaniola*.

Cuando supieron que había escondido el barco en un lugar SECRETO, los piratas se enfurecieron y me rodearon amenazantes.

Pero Silver se levantó de golpe y gritó:

—¡Quietos, panda de melones! ¡Dejadlo tranquilo!

Los PIRATAS enmudecieron al instante.

—¡El capitán soy yo! ¡Por eso se hace lo que yo digo! —añadió levantando la muleta como una arma—. ¡Y si alguno no está de acuerdo, que dé un paso adelante!

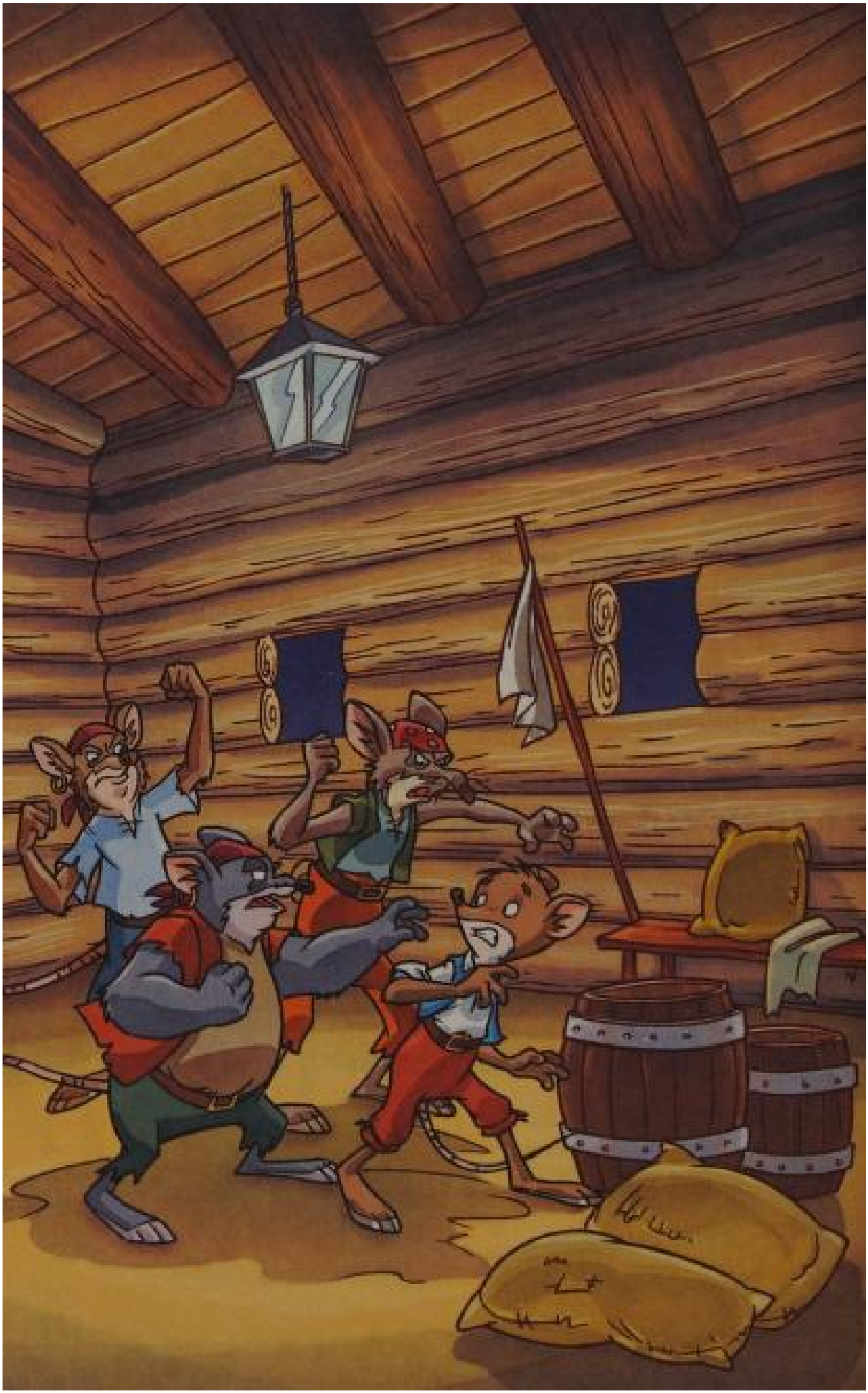
Durante unos minutos los piratas se quedaron *tranquilos*.

Luego decidieron reunirse fuera, cerca de la empalizada.

—¡Ya verás, Jim, como ahora me darán la MANCHA NEGRA! —dijo John Silver el Largo con tono grave—. Quieren arrebatarme el mando.

Lo miré **ATERRORIZADO**.

—¡Pues entonces es el fin para los dos!



—Fíate de mí. Aún tengo un as en la MANGA.

En ese instante los piratas entraron en la cabaña y le dieron un *papelito* a Silver.

—¡Bien! ¡La Mancha Negra! —dijo en tono sarcástico.

—Así es —dijo Morgan, que parecía el más decidido—. Nos has prometido el tesoro, pero hasta ahora no hemos visto ni su sombra. ¡Ni siquiera estamos seguros de que exista realmente!

En ese momento, Silver se sacó del bolsillo un pergamino plegado y en tono de desafío dijo:

—¿Ah, sí? Y entonces ¿qué me decís de esto?

El pacto con Silver

¡El mapa del tesoro!

Los piratas se quedaron con la boca abierta.

Tras un instante de estupor se lanzaron todos sobre el *pergamino*, tiraban de él, se lo pasaban de mano en mano. Parecían un banco de tiburones **hambrientos**.

—¡Es el mapa de Flint! —exclamó uno de ellos.

—¡Y mirad... ésta es su firma!

Las iniciales J. F.

—¿Y cómo nos llevamos el **TESORO** a casa sin el barco? —preguntó George.

SILVER DESATÓ TODA SU FURIA.

—¡Sois unos inútiles! Yo encuentro el **MAPA** y vosotros perdéis el *Hispaniola*! Pero ¿es que debo pensar yo en todo?

—¡Sois unos INÚTILES! ¡Por mil papagayos flacos! ¡Al abordaje! Craaa... —repitió el loro en su hombro.

—Además, me habéis dado la Mancha Negra... —continuó Silver con pena—. ¡Apañaos!

—¡No, Silver! ¡AYÚDANOS! ¡Sé siempre nuestro capitán! —De los bucaneros se alzó un coro de voces.

John el Largo se lo pensó un momento:

—Hummm... Hummm...

Después arrugó el papelito con la Mancha Negra y lo lanzó lejos.

—¡Está bien, panda de CATAPLASMAS! ¡Soy de nuevo vuestro comandante!

—¡Hurra! ¡Yahuu! ¡Yupy! ¡Viva!

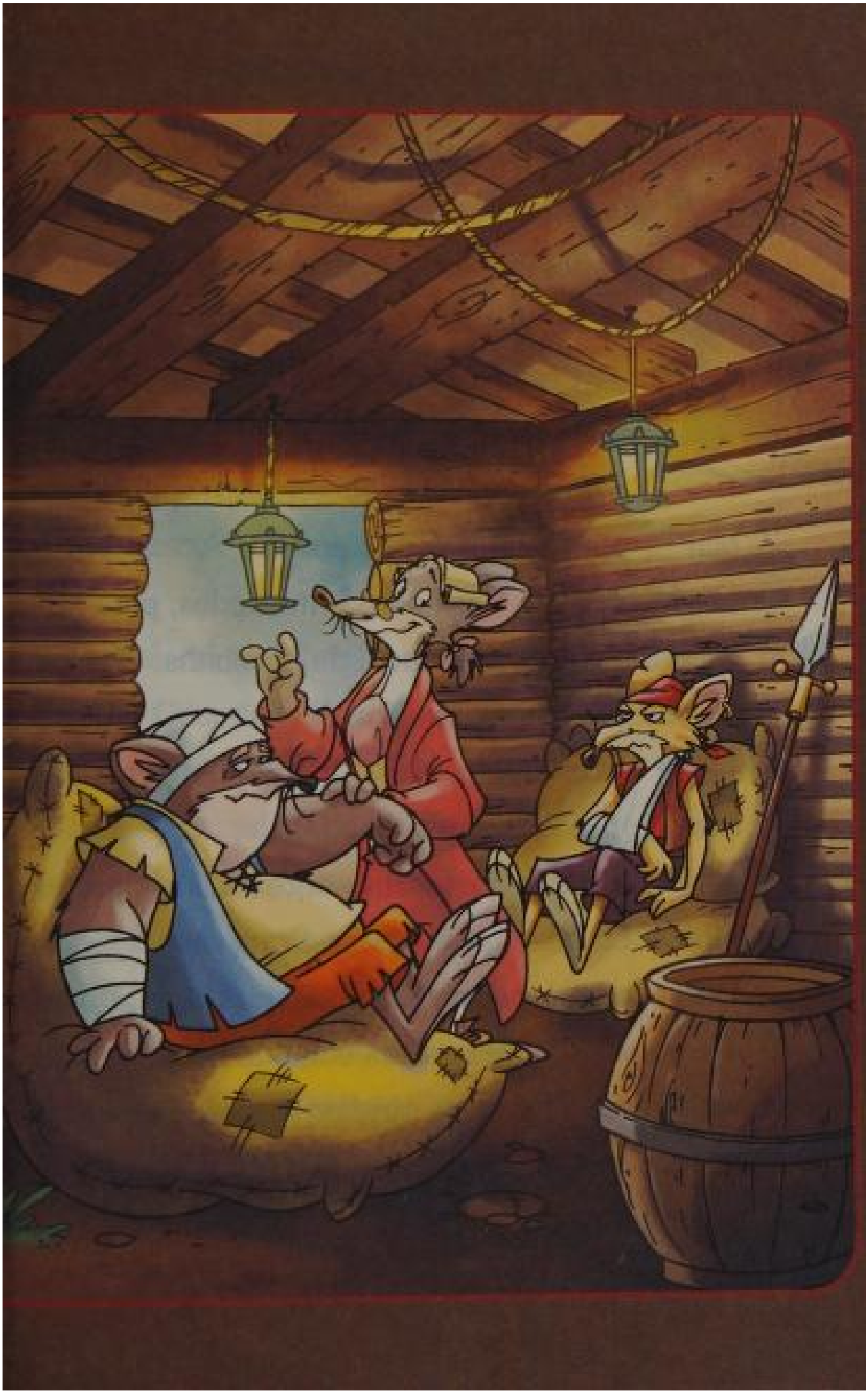
Los piratas lo celebraron toda la noche.

A la mañana siguiente nos despertó la voz cordial de Livesey desde la puerta de la cabaña.

Qué **ALEGRÍA** oír su voz.

—¡Buenos días, doctor! —respondió Silver de **ÓPTIMO** humor—. Tenemos una sorpresa para usted. Un huésped ha venido a nuestro encuentro.

El doctor me miró **ESTUPEFACTO**.



—¡Oh, por mil FILIBUSTEROS! El joven Hawkins siempre consigue sorprenderme. Después empezó a visitar a los **heridos** en la cabaña.

—¿Cómo va la herida, Morgan? —preguntó—. ¡Y tú, enséñame la lengua, Dick!

—Y ahora, si me lo permitís, quiero hablar con Jim a solas —dijo por fin.

Los PIRATAS estaban contrariados, pero Silver consintió. Desde fuera de la cabaña, oí a los piratas que la tomaban con él.

—¡Tú haces doble juego! ¡Estás de parte del enemigo!

—¡El **MAPA** lo tenemos nosotros! —gruñó John el Largo—. ¡Así que basta ya!

Después salió y se dirigió al doctor:

—El muchacho le contará cómo le he salvado la vida frente a los otros piratas. ¡Espero que usted lo recuerde si un día soy **ARRESTADO** y procesado!

Se alejó para dejarnos solos y volvió con sus compañeros, que estaban ENCENDIENDO el fuego.

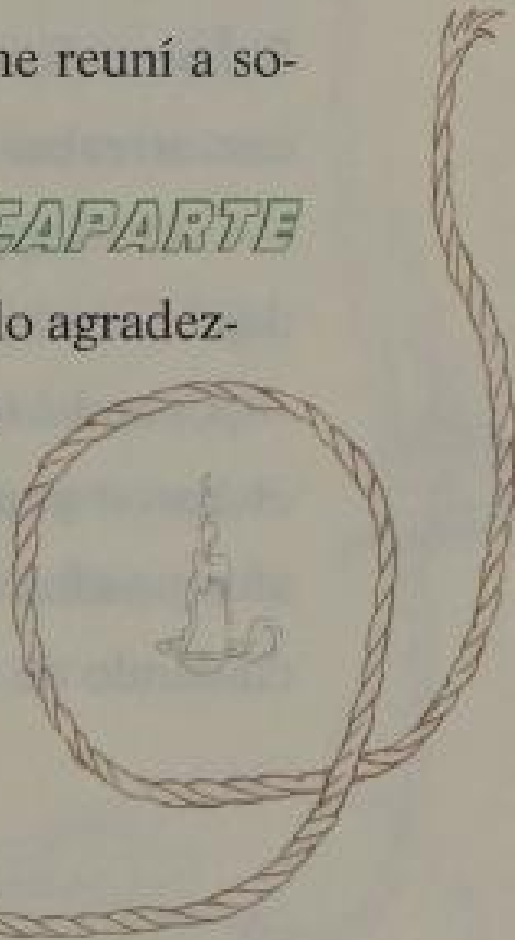
—¡Escapa conmigo, Jim! —fue lo primero que me dijo el doctor.

—No puedo —respondí—. ¡Le he dado mi palabra a Silver! Pero ¡he cogido el barco!

—¿El barco? —repitió el doctor INCRÉDULO.

Le conté mi aventura, y se quedó con la boca abierta. Cuando el doctor se fue, me reuní a solas con John Silver el Largo.

—Tenías la posibilidad de ESCAPARTE pero no lo has hecho —dijo—. ¡Te lo agradezco, los demás piratas me lo habrían hecho pasar muy mal! ¡Debemos estar unidos, Jim! ¡Sólo así conseguiremos salvar el pellejo!



¡QUINCE HOMBRES SOBRE EL COFRE DEL MUERTO!

Los piratas estaban emociona-dos con la idea de encontrar finalmente el tesoro.

Pensaban que la aventura ya llegaba a su fin.

El loro *Flint*, posado en el hombro de Silver, le canturreaba.

—Craaa... ¡Piratas tontos! Craaa... ¡Al abordaje! Craaa...

—¡Cuando tengamos el tesoro, encontraremos el barco y nos iremos! —dijo Silver—. ¡Sois afortunados de tener al viejo John el Largo cuidando de vosotros!

—¡Hurra! ¡Yahuu! ¡Yupy! ¡Viva!

—respondieron los bucaneros.

Silver los acalló con un gesto de la pata.

—Y el JOVEN Jim será nuestro salvoconducto. ¡Mientras lo tengamos como rehén, nadie le tocará un pelo!

—¡Hurra! ¡Yahuu! ¡Yupy! ¡Viva!

—repitieron los piratas.

Pero ¿podía fiarme realmente de Silver? ¿Y era verdad que mis compañeros les habían cedido el fuerte y el **MAPA** con tanta facilidad?

Seguí a los bucaneros en busca del tesoro. Pensándolo bien, qué extraño espectáculo: un muchacho prisionero de un grupo de marineros, armados hasta los dientes, algunos vendados y otros renqueantes.

Una vez en la playa, subimos a las chalupas.

¡Chaf! ¡Chaf! ¡Chaf! ¡Chaf!

Los piratas estudiaban el mapa, que no era muy claro. Decía así: *'Árbol alto. Ladera del Catalejo, después al Este-Sudeste. Isla del Esqueleto. Diez pasos'.*

Había un montón de árboles altos en la isla.

Pero ¿cuál era el del mapa?

¡REMAMOS hasta la playa del Catalejo y desde allí seguimos a pie!

Afrontar la subida fue agotador, pero lo peor llegó cuando tuvimos que atravesar el **pantano** y la maleza.

En un momento dado superamos una zona rocosa, tras la cual se extendía un bellísimo prado lleno de retamas.

Los piratas se dispersaron por aquí y por allá, en busca de un árbol que se correspondiera con la

descripción. Yo me quedé al lado de Silver y lo ayudé a no tropezar con la espesa vegetación.

—**¡UAAAARGH!**

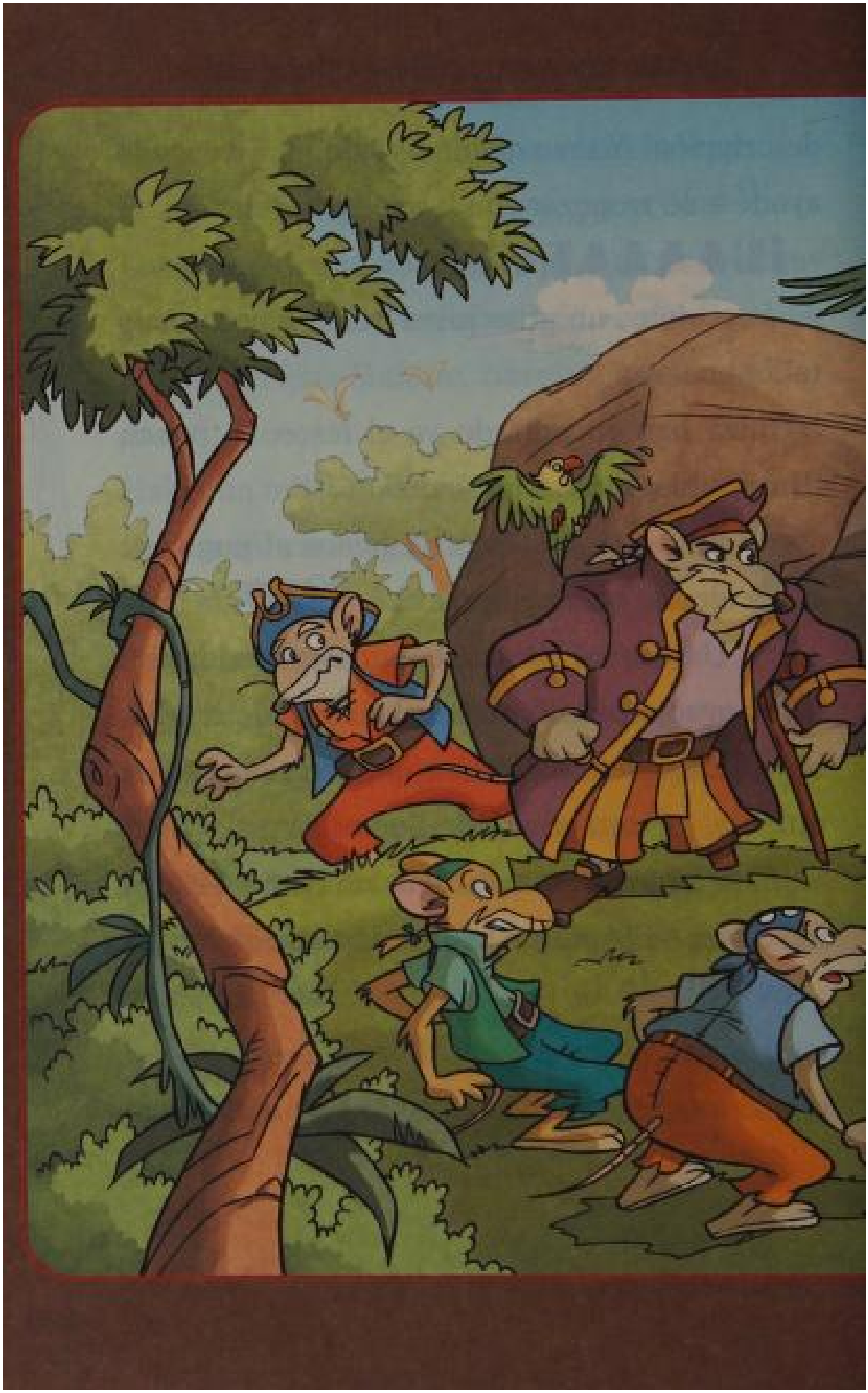
Al rato oímos un grito justo frente a nosotros y todos echaron a correr.

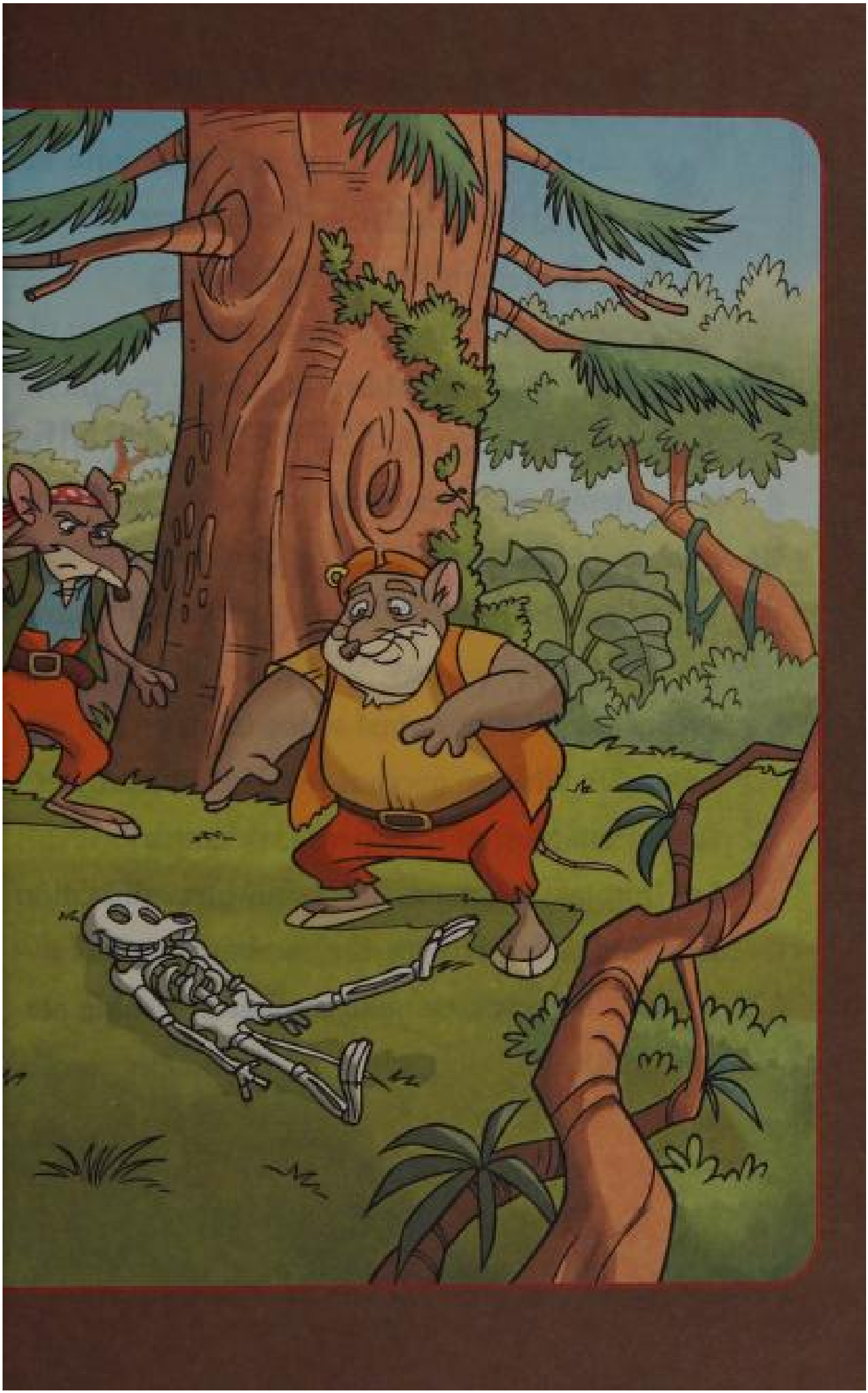
'¿Quizá han encontrado ya el tesoro?', pensé. '!Imposible, sería demasiado fácil!'

En pocos instantes llegamos al punto de donde había partido el **GRITO**.

Uno de los piratas se encontraba a los pies de un grueso pino y en el suelo, cerca de él... había un esqueleto de roedor que, con su pata izquierda, ¡apuntaba al Este-Sudeste!

—¡Esto es una bromo digna de Flint! —exclamó Silver—. ¡Apuesto lo que sea a que siguiendo dirección de la pata llegaremos al tesoro!





—¡Esperemos que no ande por aquí su FANTASMA! —dijo Morgan mirando temeroso a su alrededor.

—¿Os acordáis de lo que cantaba durante su último viaje? —apuntó Merry—. ¡Desde ese día no puedo oír la canción sin ESTREMECERME!

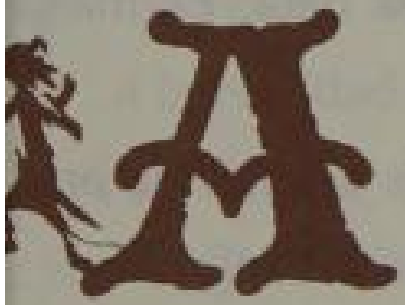
Y los demás entonaron en voz baja, como una especie de lamento:

—¡QUINCE HOMBRES, QUINCE HOMBRES
SOBRE EL COFRE DEL MUERTOOO!

—¡Basta ya de tonterías! —los interrumpió Silver—. De Flint no quedan ya ni los huesos y nosotros tenemos un tesoro que encontrar!

Los piratas retomaron el camino en dirección Este-Sudeste, pero ya no estaban tan **alegres** como antes: ¡el esqueleto los había aterrorizado!

¡Una voz espectral!



Ah, qué satisfacción alcanzar la cima! El paisaje cortaba la respiración: debajo de nosotros, el océano y enfrente, el Catalejo.

Allí abajo todo estaba en silencio, a excepción del zumbido de los insectos y la resaca del mar. Silver comprobó la brújula. Después me señaló un PICO a un lado de la montaña.

—Ése debe de ser el lado del Catalejo. ¡Metámonos algo en el estómago y continuemos! —gritó a los compañeros.

Pero después de haber sido sorprendidos por la siniestra señal dejada por Flint, los PIRATAS no tenían muchas ganas de comer.

Además, ahora hablaban en voz baja. Es más, susurraban.

¡De golpe, de la espesura de los árboles de enfrente llegó una voz que nos heló la sangre!

—¡QUINCE HOMBRES, QUINCE HOMBRES SOBRE EL COFRE DEL MUERTOOO!

Los piratas palidecieron.

Algunos se abrazaron temblando. Morgan se lanzó al suelo.

—¡Es la voz de Flint! —gritó aterrorizado—. ¡La he reconocido!

La canción se interrumpió tan de repente como había comenzado. En el bosque se hizo un silencio ESPECTRAL.

—¡Al abordaje! ¡Por mil papagayos flacos! Craaa... —el grito del loro nos hizo volver a la realidad.

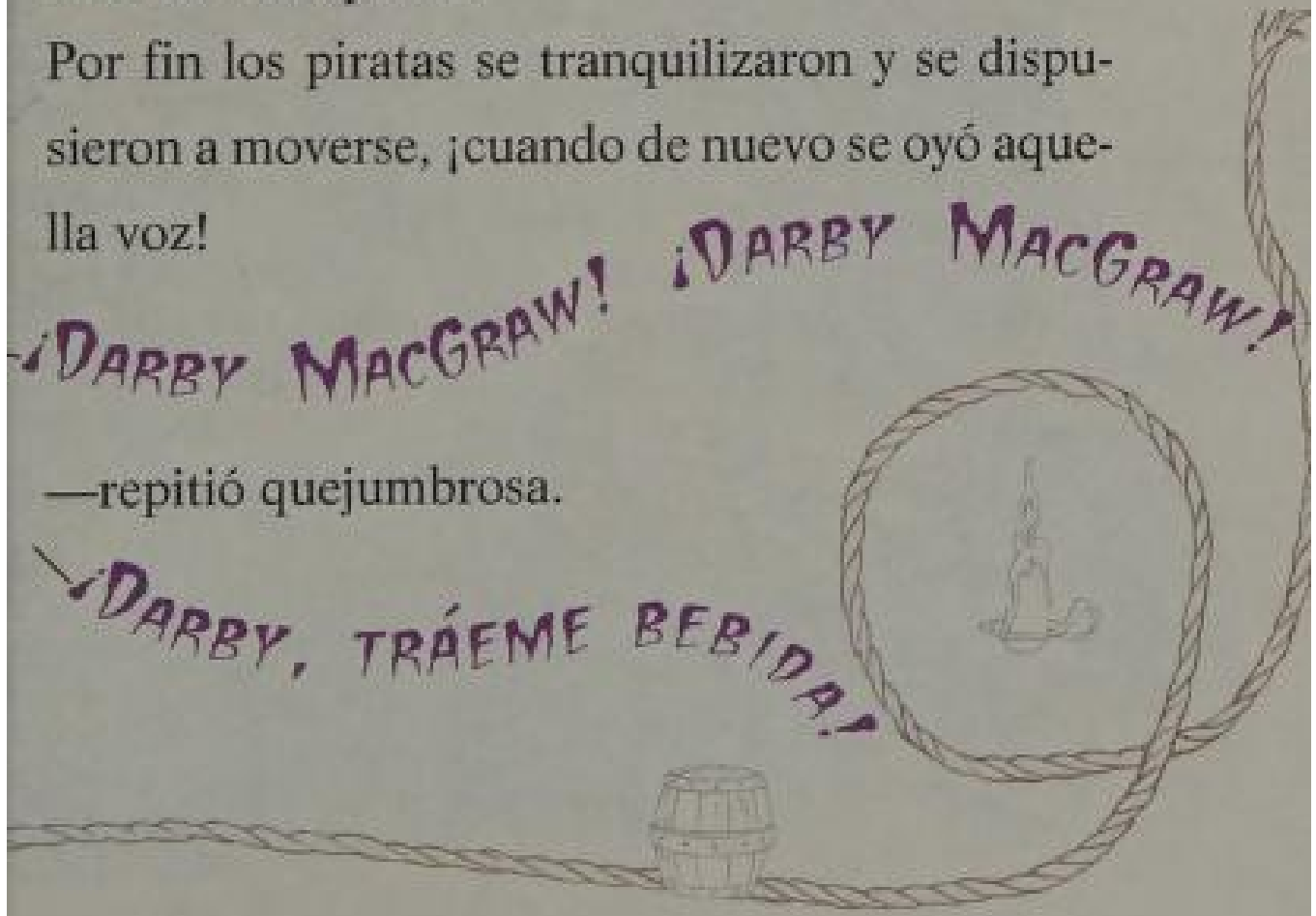
—¡VALOR, COBARDES! —tronó Silver—. ¡Parecéis una panda de bebés! ¿¿Os asusta una voz?! ¡Eso era un ratón de carne y hueso, no un espíritu!

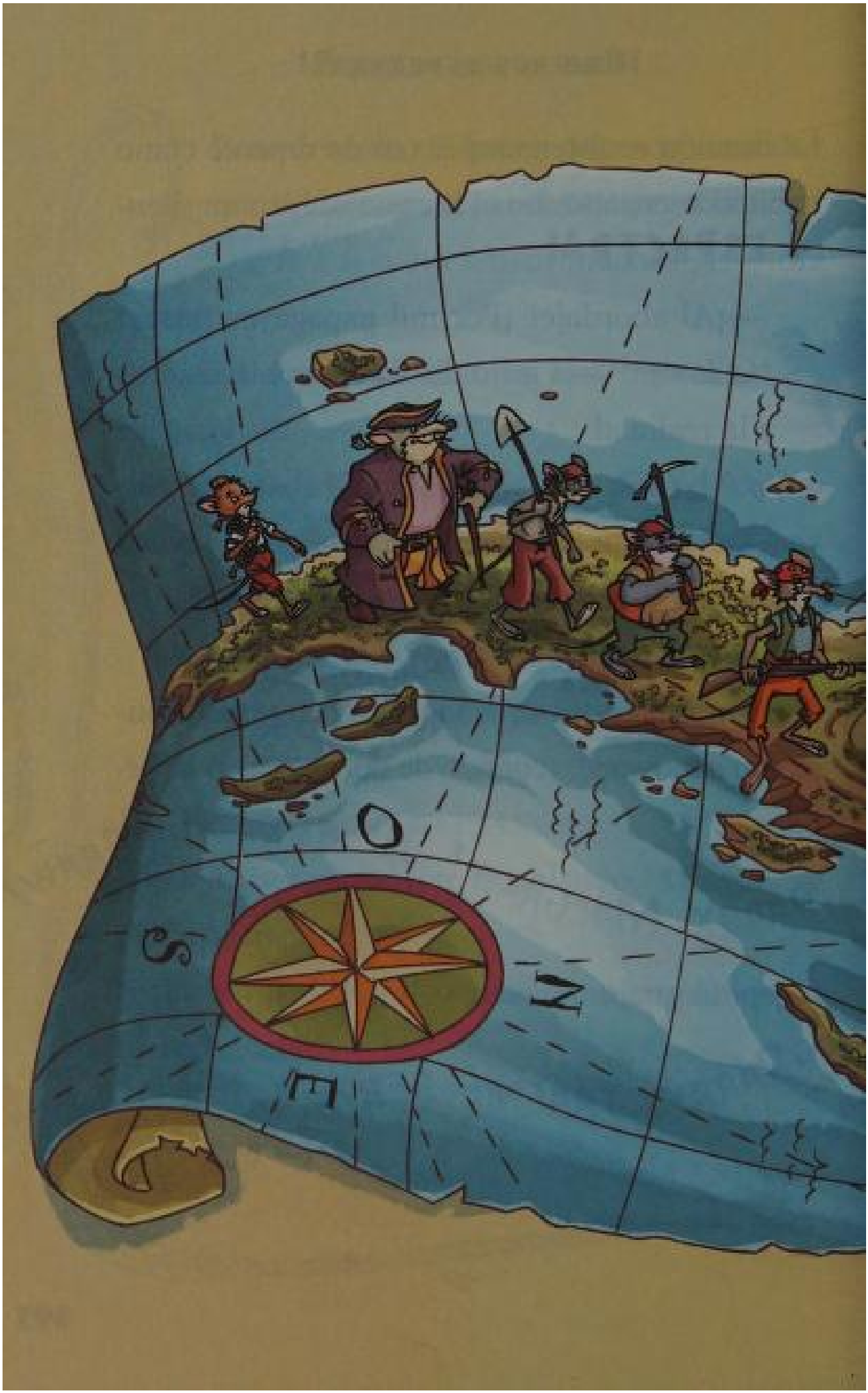
Por fin los piratas se tranquilizaron y se dispusieron a moverse, ¡cuando de nuevo se oyó aquella voz!

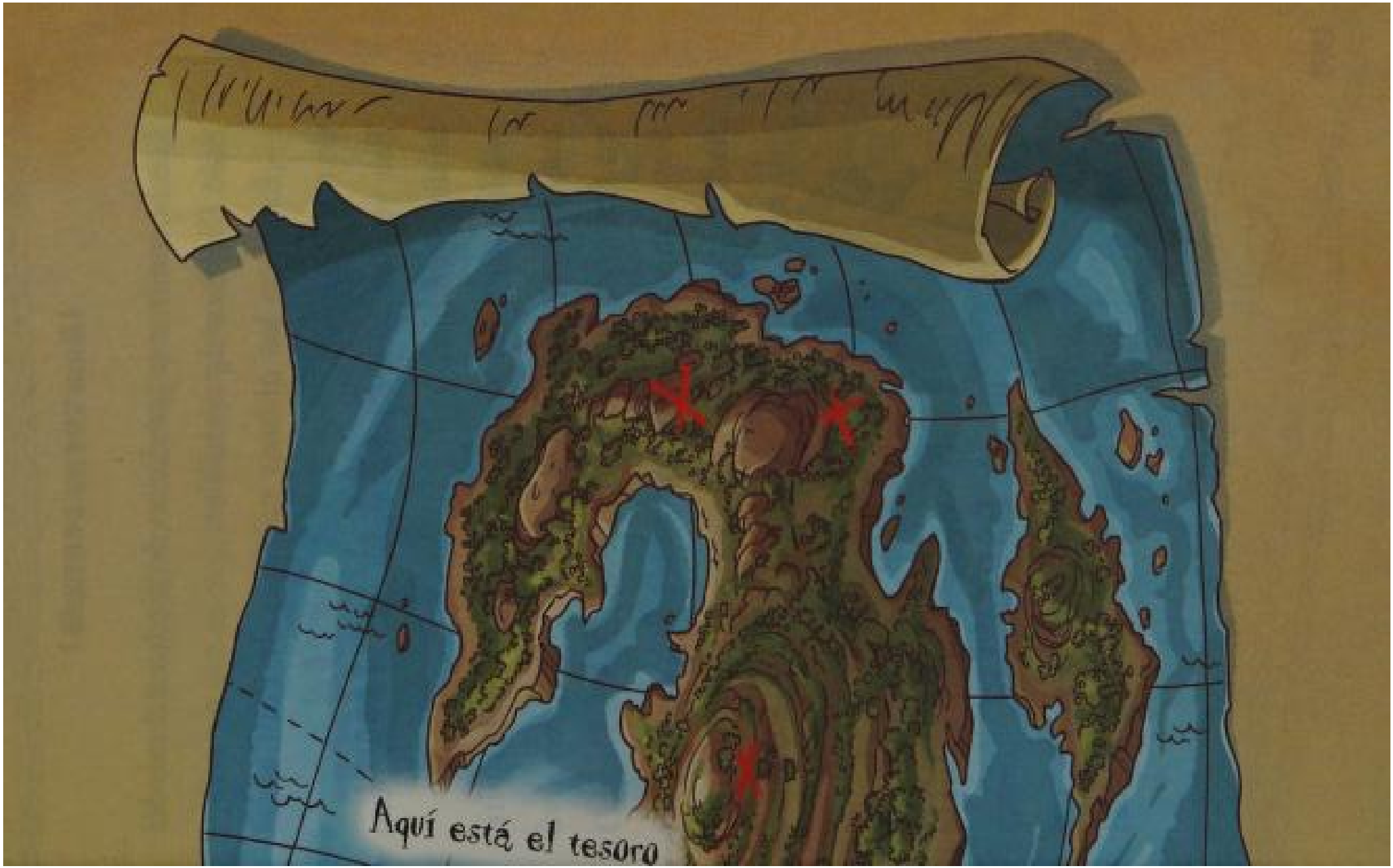
¡DARBY MACGRAW! ¡DARBY MACGRAW!

—repitió quejumbrosa.

¡DARBY, TRÁEME BEBIDA!




O
S
N
E


Aquí está el tesoro

Los bucaneros se quedaron de piedra del miedo. Sólo Dick consiguió hablar:

—¡Ésas son las últimas palabras de Flint antes de morir!

Esa vez también Silver estaba **ASUSTADO**, pero lo disimuló bien.

—Sólo nosotros conocemos a Darby y las últimas palabras de Flint, es verdad. Pero ¡no será un fantasma el que me aleje del **TESORO**! Sus compañeros no eran tan valientes y confiados.

—¡Cállate, John! —exclamó Merry—. ¡O enojarás al ESPECTRO!

—Pero ¡qué ESPECTRO ni qué ESPECTRO! —replicó Silver enfadado—. ¡No me diréis que creéis en esas cosas!

Después se quedó en silencio y por fin exclamó:
—Ésa no era la voz de Flint... parecía más bien la de...

¡EXACTO!
¡ERA BEN GUNN!

—Pero ¡también Ben Gunn debe de ser ya un FANTASMA! —dijo alguien.
—¡Ben Gunn no importa nada! ¡Nunca ha importado nada! —rugió Silver—. ¡Ni como ratón ni como fantasma!

La expresión feroz de John el Largo convenció incluso a los más **MIEDOSOS**.

Todos se cargaron los utensilios a la espalda y retomaron la búsqueda del tesoro.

El tesoro del Capitán Flint

Finalmente llegamos a la ladera del **Catalejo**. ¡Allí estaba el ÁRBOL alto! ¡No, demasiado bajo! ¡Entonces aquel otro! Tampoco, demasiado delgado.

—Es éste, seguro —declaró Silver señalando uno enorme. El tronco parecía el campanario de Bristol y su **SOMBRA** habría podido cubrir toda la ADMIRAL BENBOW.

Los **OJOS** de los marineros empezaron a brillar: en alguna parte de allí alrededor estaba sepultado el tesoro.

Miré a Silver: ¡parecía que llevara escrito en la frente **ORO** en letras mayúsculas!

Estaba seguro de que traicionaría nuestro pacto: una vez encontrado el tesoro me dejaría en manos de los PIRATAS.

¡Mi pellejo nunca había corrido tanto peligro!

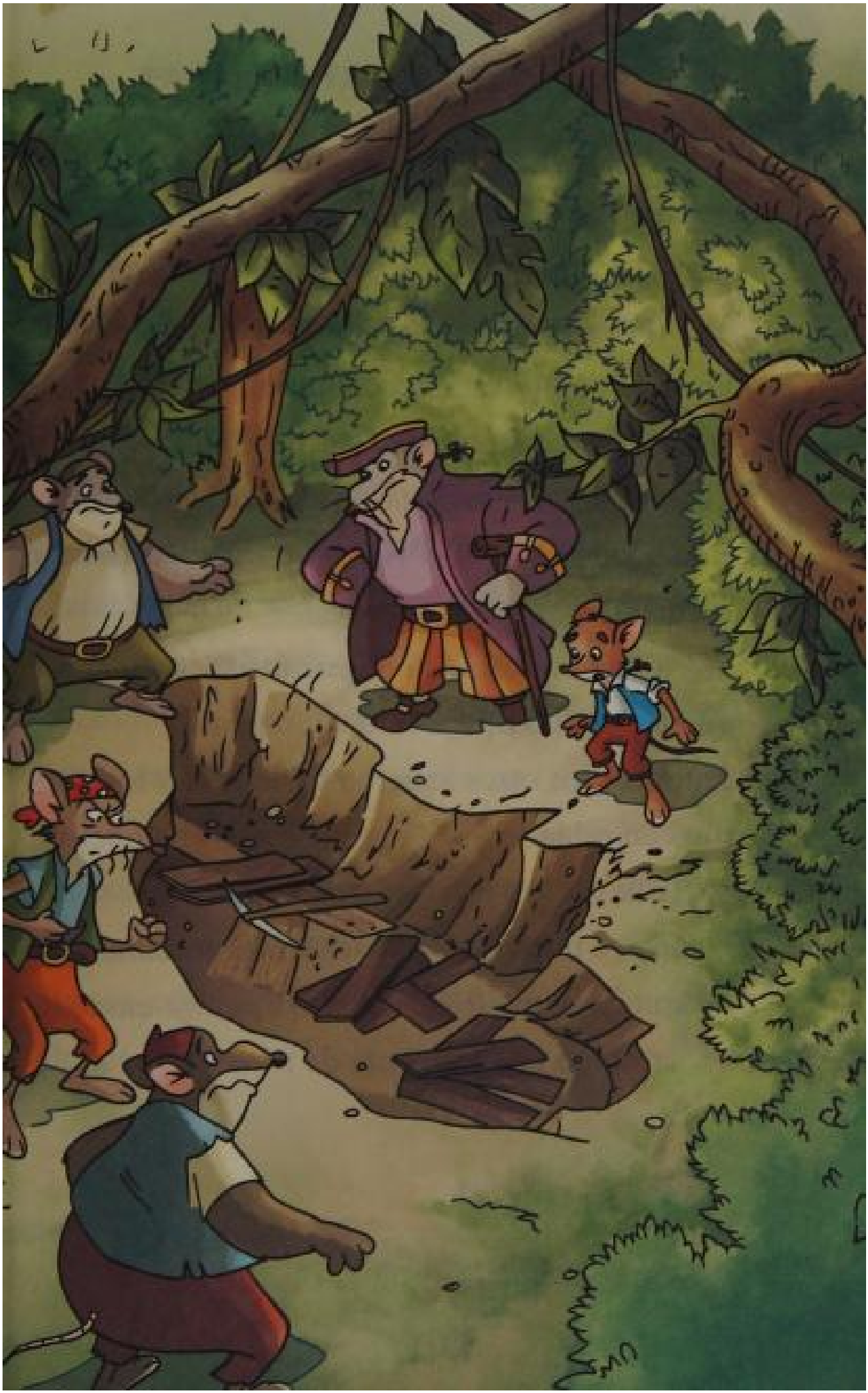
Los piratas empezaron a correr hacia un punto preciso. También Silver aceleró el paso tirando de mí para que lo siguiera.

Nos detuvimos de golpe cerca de los bucaneros, frente a una **GRAN** fosa.

Dentro había un pico roto y viejas cajas destrozadas. En una de ellas se leía aún un nombre: 'WALRUS'.

¡Era el nombre del viejo barco de Flint!

Evidentemente alguien había pasado ya por allí y se había llevado el tesoro.



Silver fue el primero en volver a moverse y, sin hacerse notar por los otros, hizo que me desplazara a lo largo del borde de la fosa.

¡HOP! ¡HOP! ¡HOP! ¡HOP! ¡HOP! ¡HOP!

En un instante estábamos en la parte opuesta, con los demás frente a nosotros.

Los piratas se precipitaron dentro del agujero, empezaron a EXCAVAR con las uñas, las patas y los dientes.

—¡No encontraréis ni siquiera una corteza de queso! —gritó Silver en ese momento.

Entonces los otros salieron de la fosa y lo miraron con rabia.

—¡Tú lo sabías, traidor!

Estaban a punto de echársele encima cuando del bosque llegó un ESTRUENDO ensordecedor, como una tormenta de truenos.

Una lluvia de proyectiles se abatió sobre los piratas. Todos echaron a **CORRER** a lo loco para no resultar heridos, pero era del todo inútil, porque del otro lado, Silver también había empezado a disparar.

Los piratas huían desordenadamente.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Salvemos el pellejo!

El doctor Livesey, el conde Trelawney y Ben Gunn salieron del bosquecillo y los persiguieron. También Silver participó en la persecución, saltando con una sola pata y con el loro *Flint* chillando en su hombro.

—¡Al abordaje! Craaa...

En pocos minutos no hubo ni sombra de los piratas, y así el conde pudo explicarnos con calma cómo habían ido las cosas.

Para empezar, nos dijo que Ben Gunn había sido extraordinariamente listo. Durante su larga permanencia en la isla había encontrado el tesoro y después lo había trasladado a otro escondrijo. Por eso el doctor les había dado el **MAPA** a los piratas: ¡no servía de nada!

Recuperadas las barcas, fuimos todos a la gruta donde se encontraba el tesoro, y donde nos esperaban Gray y el Capitán Smollet.

El tesoro de Flint era verdaderamente enorme: monedas de **ORO** y de *plata* inglesas, francesas, españolas y portuguesas, doblones, guineas y cequíes. Tardamos días en cargarlo en el *Hispaniola*. Y cuando estuvo todo listo, nos preparamos para zarpar hacia Inglaterra.

¡Rumbo a casa!

En el puente de proa del *Hispaniola*, observaba el horizonte frente a mí. ¡Una ligera BRISA me despeinaba y yo me sentía el ratón más feliz del universo!

—¡Levad el ancla! —grité con todas mis fuerzas—. ¡¡¡Rumbo a casa!!!

¡Los demás me miraron estupefactos y después estallaron en risas!

Tras unos días de navegación nos detuvimos en un puerto para contratar a una nueva tripulación.

El conde Trelawney, el doctor y yo bajamos a tierra.

—Jim, ahora que eres un verdadero lobo de mar —dijo el conde—, ¿qué piensas hacer?

¡A decir verdad, no tenía ni idea!

Sólo estaba seguro de una cosa: ¡nunca volvería a aquella isla, ni por todos los tesoros del universo, ni siquiera si me lo pidiera el mismísimo rey de Inglaterra en persona!

John Silver el Largo, en cambio, sabía perfectamente qué hacer de sí mismo y de su propia vida. De hecho, durante nuestra parada en el puerto, ¡aquel viejo zorro había puesto en práctica su plan y se había *Volatilizado*!

Ben Gunn dijo que no había podido hacer nada para detenerlo. Silver había sido demasiado rápido y ASTUTO.

—Naturalmente no se ha ido con las manos vacías. ¡se ha llevado un buen saco de monedas!

—Menos mal —dijo el DOCTOR—, al menos nos hemos librado de él.

Miré hacia el mar y vi una chalupa que se alejaba con Silver a bordo.

En aquellos momentos ya sólo era un puntito en el horizonte.

No sabía si estar contento o triste por su partida, pero en mi corazón sabía que nunca encontraría a nadie como John Silver el Largo, **EL TIPO CON UNA UNA SOLA PATA**.

Retorno a la posada

Pasados unos meses, volvimos a casa, cada uno con su parte del tesoro. El doctor Livesey quiere abrir un modernísimo hospital para ratones necesitados. El conde Trelawney tiene intención de hacerse armador: construirá barcos *bellísimos* que surcarán los océanos de todo el mundo.

¿Y Ben Gunn?

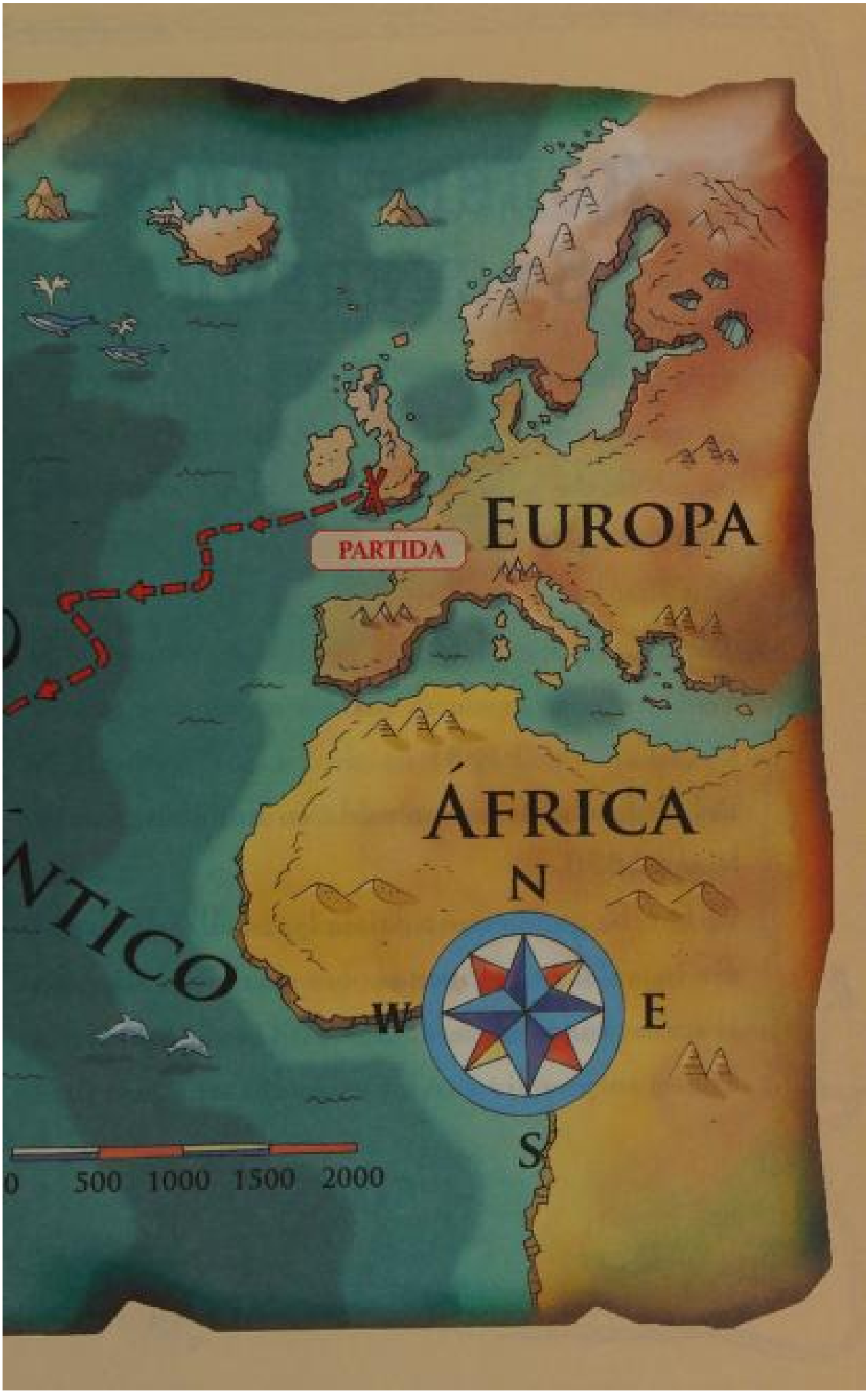
Su parte del tesoro ha tenido el mismo fin que el pirata Silver: ¡Volatilizada!

¡Evaporada en pocos días! ¡Puff! ¡Volatilizada! ¡Toda gastada en queso! En cuanto a mí, creo que me quedaré en la ADMIRAL BENBOW (para ALEGRÍA de mi madre), pero sobre todo, creo que nunca olvidaré esta increíble aventura.

¿Cómo podría?

Desde que volvimos, cada noche me despierto con un sobresalto y me parece oír una voz que grita:

AMÉRICA
OCÉANO PACÍFICO
LLEGADA


EUROPA
PARTIDA
ÁFRICA
N
W
E
S
NTICO
0 500 1000 1500 2000

Robert Louis Stevenson

Robert Louis Stevenson nació en Edimburgo en el lejano 1850.

Su familia quería que siguiese las huellas de su padre ingeniero o, al menos, que se hiciera abogado al acabar sus estudios de leyes. En cambio, el joven Robert sorprendió a todos y decidió ser... ¡escritor!

A causa de algunos problemas pulmonares, en 1874, Stevenson fue obligado a llevar a cabo una serie de viajes a Francia para curarse.

Allí conoció y se enamoró de Fanny Osbourne. Después de casarse volvieron a Edimburgo para vivir allí. Unos años después, Stevenson obtuvo un gran éxito con la publicación de *La isla del tesoro*, en 1883, y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, unos años más tarde.

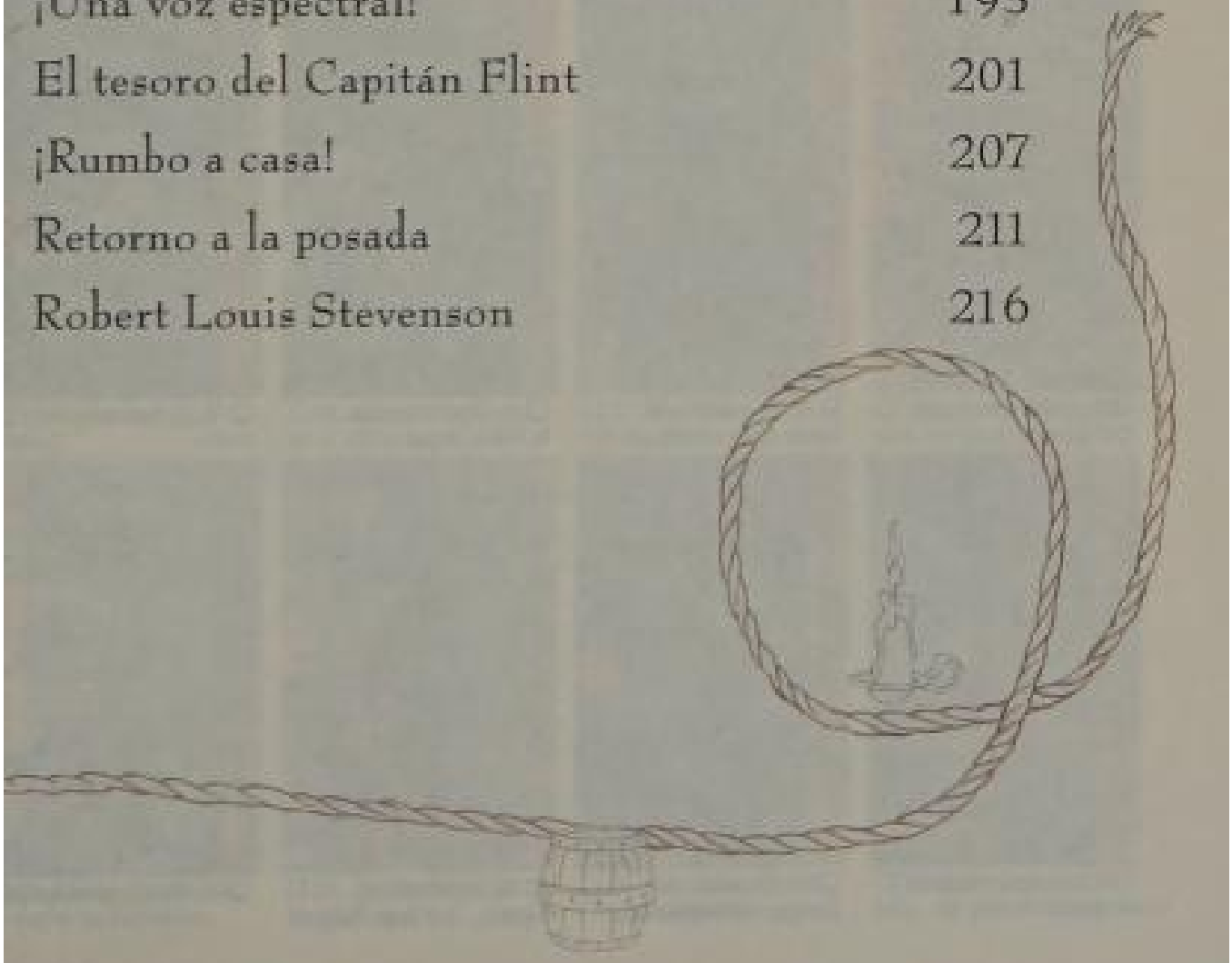
No obstante, su enfermedad y su amor por la aventura lo empujaron a partir de nuevo. Tras una breve etapa en Nueva York, en 1891 llegó a la isla de Samoa, donde se estableció junto con toda su familia.

Finalmente feliz, pudo disfrutar de sus últimos años de vida dedicándose a su gran pasión por la escritura hasta 1894, año de su muerte.

Índice

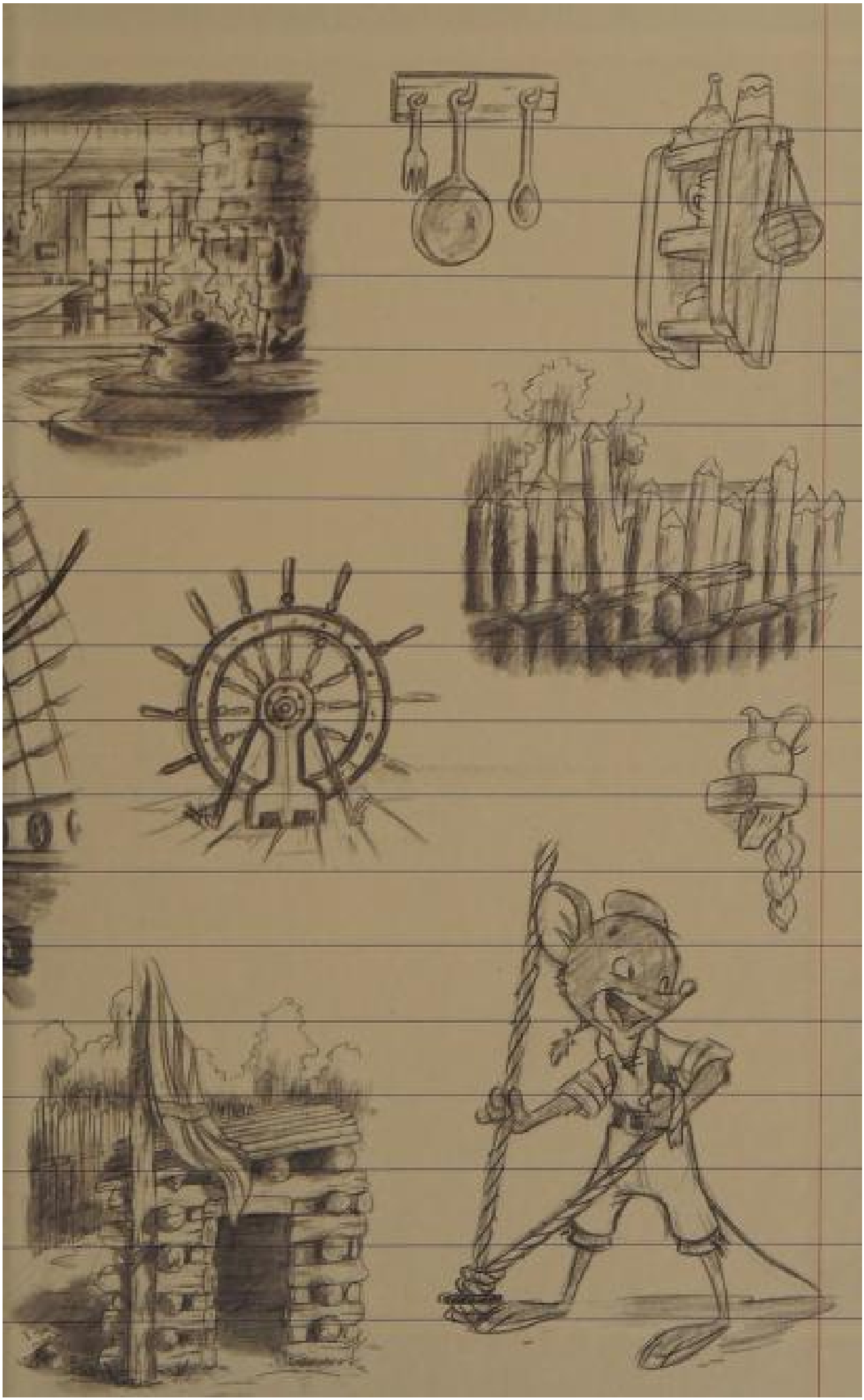
El huésped indeseado	7
¡Perro Negro ha llegado!	13
¡Llévame con el Capitán en seguida!	20
¡El baúl del Capitán!	25
La larga noche de los piratas	33
¡Estamos a salvo!	40
El final de Pew	49
¡El mapa del tesoro!	55
John Silver el Largo	61
Un encuentro difícil	69
¡Por fin zarpamos!	76
¡Patatas, patatas y más patatas!	80
¡Amotinamiento!	87
¡¡¡Tierraaa!!!	95
Siete contra diecinueve	103
¡La Isla del Esqueleto!	108
¡Libre!	115

El misterioso Ben Gunn 124
¡Vivos de milagro! 129
Bandera blanca 137
Todos persiguen a todos 145
Solo frente a la aventura 153
En la piragua de Ben Gunn 159
¡Yo soy el capitán del barco! 167
¡En la trampa! 173
El pacto con Silver 180
¡Quince hombres sobre el cofre del muerto! 186
¡Una voz espectral! 193
El tesoro del Capitán Flint 201
¡Rumbo a casa! 207
Retorno a la posada 211
Robert Louis Stevenson 216



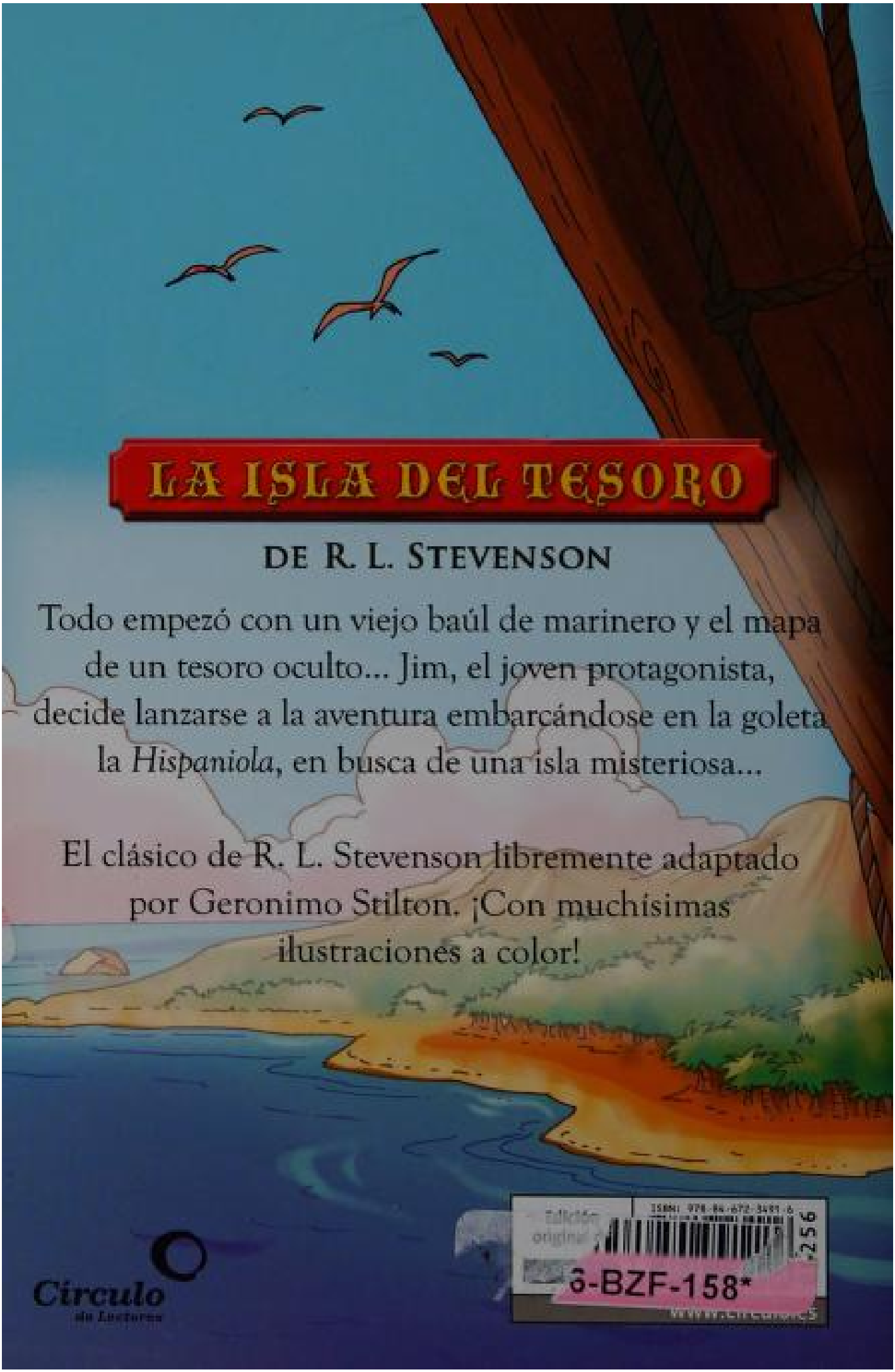
Queridos amigos roedores,
hasta el próximo libro.
Otro libro morrocotudo
palabra de Stilton, de...

Geronimo Stilton



Geronimo Stilton

Nacido en Ratonia (Isla de los Ratones), Geronimo Stilton es el director de *El Eco del Roedor*, el diario más famoso de la isla. Ha escrito un montón de libros.
En su tiempo libre, Stilton colecciona cortezas de parmesano del Renacimiento, pero sobre todo adora escribir y explicar historias llenas de aventuras y diversión.



LA ISLA DEL TESORO

DE R. L. STEVENSON

Todo empezó con un viejo baúl de marinero y el mapa de un tesoro oculto... Jim, el joven protagonista, decide lanzarse a la aventura embarcándose en la goleta la *Hispaniola*, en busca de una isla misteriosa...

El clásico de R. L. Stevenson libremente adaptado por Geronimo Stilton. ¡Con muchísimas ilustraciones a color!

ISBN: 978-84-672-3491-6
Edición original
256
6-BZF-158*
www.circulo.es

Círculo de Lectores